Schiller

María Estuardo

ARGUMENTO

María Estuardo, prisionera en el castillo de Fotheringhay, y confiada a la custodia de sir Paulet, aparece, desde la segunda escena de este primer acto, vejada y perseguida inicuamente por las órdenes severas de su ambiciosa, hipócrita y celosa hermana. Pero Mortimer, sobrino de su guardián y carcelero, celebra con ella una entrevista secreta, entregándole una carta de su tío el Cardenal de Guisa, en la cual le dice que puede fiarse del portador de ella. Mortimer, en efecto, le asegura que ha abjurado de la secta protestante y es católico ferviente, y que trabaja con otros cómplices en allegar medios para libertarla, indicando al mismo tiempo que está enamorado de ella, pero de un modo embozado.
María, a su vez, le da otra carta con un retrato para Leicester, el favorito de su rival, Isabel de Inglaterra.

Burleigh, lord gran Tesorero, y enemigo encarnizado de la Reina de Escocia, se presenta en seguida a anunciarle que el Tribunal que la juzga, la ha declarado culpable, discutiendo con ella, así sobre la competencia e imparcialidad de sus jueces, como sobre los cargos en que se funda la sentencia. Burleigh lleva la peor parte que esta disputa. Después, cuando se queda solo con sir Paulet, llega hasta el extremo de insinuarle que sería una acción grata a la reina Isabel la muerte, por medio de un crimen, de su aborrecida y desdichada hermana. Sir, Paulet, sin embargo, se niega rotundamente a obedecerlo, y se muestra decidido, mientras María se encuentre bajo su guarda, a defenderla de sus enemigos, no de los mandatos de la justicia legal y pública.

En el acto segundo consiguen los Embajadores de Francia que la reina Isabel, sin hacerles una pro-mesa formal de casamiento con Monsieur el hermano del Rey, les entregue, sin embargo, una sortija para él, dejándoles entrever la posibilidad de que se realice tan fausto suceso. Celebrase después un Consejo entre, Isabel, Burleigh, lord Talbot y Leicester, para decidir de la suerte de María. El primero opina que se ejecute la sentencia de muerte; el segundo, que se le perdone; y el tercero, que se le deje la vida, suspendiendo el cumplimiento de la sentencia. La Reina no acepta ninguna de estas opiniones, reservándose estudiarlas y resolver lo más conveniente. Acabado el Consejo, sir Paulet presenta a su Soberana a su sobrino Mortimer, y ella, con infernal astucia, le indica la necesidad en que se encuentra, para vivir tranquila, de ordenarle la muerte de María. Mortimer, que ha comprendido los términos ambiguos del mandato de la Reina, le asegura que María sucumbirá a sus manos. Su tío sir Paulet, que ha sospechado el objeto de esta entrevista, exhorta a Mortimer, a desconfiar de las palabras de Isabel, y a desobedecerla, Leicester y Mortimer conferencian también al cabo, confesando aquel a éste que acari-cia el proyecto de librar a María y casarse con ella, Mortimer se empeña en salvarla cuanto antes, a lo cual se opone Leicester, reprobando el empleo de medios violentos. La Reina se presenta a su vez a la conclusión de esta entrevista, y condesciende con Leicester en ver, como por casualidad, a María, para gozarse en su triunfo sobre ella, así por su mayor belleza, como por su poder y buena fama.

María Estuardo, en el acto tercero, disfruta en el parque de Fotheringhay de la libertad inesperada de andar por el campo y respirar el aire libre. Sir Paulet le avisa que no tardará en ver a su hermana, la Reina, y, en efecto, llega ésta poco después, y celebra con ella una entrevista, cuyo éxito es desastroso, a causa del orgullo y de los insultos de Isabel, que acaban al fin con la humildad y la resignación de María, separándose ambas más enemigas que antes. Mortimer se presenta en seguida, da cuenta a la Reina de Escocia de su comisión para Leicester, le declara su amor, delirante, y faltándole l respeto, y le dice, por, último, que la libertará aquella misma noche. Pero de repente se difunde la noticia de que han intentado asesinar a la Reina; y Okelly, cómplice de Mortimer en la conjuración para salvar a María, llega al mismo tiempo, y exhorta a Mortimer, a la huída, porque se ha errado el golpe y todo se ha descubierto.

El Embajador de Francia, averiguada su complicidad en la tentativa de asesinato contra Isabel, es obligado a retirarse de Inglaterra en el acto cuarto. Leicester, humillado por Burleigh, a causa del desenlace de la entrevista de las dos Reinas, y temeroso de sus consecuencias, sabe por Mortimer que se conocen ya sus relaciones con María, y que una carta de ésta para él se halla en poder de Burleigh. Para salir del apuro, vende primero a Mortimer, y hace que lo prendan sus guardias, forzándolo a suicidarse. Discúlpase entonces con Isabel, prevenida en contra suya por Burleigh y enterada de todo, convenciéndola de que es inocente, y que su objeto no había sido otro que intrigar en favor de ella y en perjuicio de su enemiga, y llevando su bajeza hasta el extremo de aceptar con Burleigh el triste cargo de presidir a la ejecución de la sentencia que la condena a muerte. El pueblo inglés se amotina, y pide también la decapitación de la Reina de Escocia; y ni el Conde de Shrewsbury, ni las dudas y remordimientos de su conciencia, apartan a Isabel de su propósito de firmar la orden de ejecución, como lo hace, aunque siendo hasta el fin hipócrita y disimulada con el desdichado Davison, su secretario, que le suplica se muestre clara y explícita en sus órdenes.

En el quinto y último acto, María, después de despedirse de sus servidores, encuentra entre ellos a Melvil, su antiguo mayordomo, ahora sacerdote, que le revela su carácter sagrado, y la confiesa, y absuelve. Llegan después los que han de llevarla al suplicio, y Leicester entre ellos, a quien indica su anterior inclinación. Leicester se queda solo, no

queriendo ser testigo de su muerte, y maldiciéndose; pero para mayor tormento suyo, la presencia involuntariamente.

Isabel, inquieta hasta el extremo, porque ignora si se ha ejecutado o no la sentencia, de decapitación de su hermana, recibe al Conde Shrewsbury a hora desusada, que tras la pretensión de que se practiquen nuevas diligencias en el proceso de María, a consecuencia de una visita que ha hecho a los secretarios de aquella, presos en la Torre de Londres, y en virtud de cuyo testimonio había sido condenada su Reina.

Isabel accede a su ruego; pide a Davison, la or-den de la ejecución, fingiendo que se la había entregado para que la guardase; y al responderle que la había puesto en manos de Burleigh, lo llena de improperios, y lo amenaza con la muerte. Destierra en seguida a Burleigh por su precipitación, al presentarse y felicitarla por la muerte de María, abandonándola Talbot o Shrewsbury, su gran Canciller, profundamente indignado, al mismo tiempo que llega a su conocimiento la noticia de la ida de Leicester a Francia.

PERSONAJES

ISABEL, Reina de Inglaterra.MARÍA ESTUARDO, Reina de Escocia, prisionera enInglaterra.ROBERTO DUDLEY, Conde de Leicester.JORGE TALBOT, Conde de Shrewsbury.GUILLERMO CECIL, Barón de Burleigh, Tesoreromayor.
EL CONDE DE KENT.GUILLERMO DAVISON, Secretario de Estado.AMIAS PAULET, caballero, encargado de la guarda deMaría.MORTIMER, su sobrino.EL CONDE DE ALBAESPINA, Embajador deFrancia.EL CONDE DE BELLIEVRE, Enviado extraordinario de Francia.OKELLY, amigo de Mortimer.DRUGEON DRURY, segundo guardián de María.MELVIL, Superintendente de su casa.BURGOYN, su médico.ANA KENNEDY, su nodriza.MARGARITA KURL, su camarista.
Et Sheriff del Condado.Un Oficial de Guardias de Corps.Señores ingleses y franceses.Guardas.Servidores de la Reina de Inglaterra.Criados y criadas de la Reina de Escocia.

ACTO PRIMERO

Castillo de Fotheringhay. Un aposento.

ESCENA PRIMERA

ANA KENNEDY, nodriza de la Reina de Escocia, disputando vivamente con PAULET, que se dispone a abrir un armario. DRUGEON DRURY, segundo carcelero, con una palanqueta de hierro.

ANA.- ¿Qué hacéis, señor? ¡Qué nueva insolencia...! ¡No toquéis a ese armario!

PAULET.- ¿De dónde provienen esas alhajas? Del superior para sobornar con ellas al jardinero... ¡Malditas sean las astucias mujeriles! A pesar de mi vigilancia y de mis pesquisas eficaces, todavía objetos preciosos, todavía tesoros ocultos! (Fracturando el armario.) ¡En donde se guardaba eso, ha de haber otras cosas!

ANA.- ¡Fuera, atrevido! ¡Aquí están los secretos de la señora!

PAULET.- Precisamente lo que yo busco. (Sacando unos papeles.)

ANA.- Papeles sin importancia, ensayos caligráficos para distraerse en esta triste cárcel.

PAULET.- En el ocio es cuando nos tienta el diablo.

ANA.- Escritos en francés.

PAULET.- Tanto peor. Es el idioma de los enemigos de Inglaterra.

ANA.- Cartas en proyecto a la Reina de Inglaterra.

PAULET.- Que yo le entregaré... ¡Hola! ¿Qué brilla aquí? (Abre un resorte secreto, y saca una alhaja de un cajón oculto) Una diadema real, de ricas piedras, adornada con las

lises de Francia. (La entrega a su acompañante.) ¡Guárdala Drury! ¡Ponla con lo demás! (Vase Drury.)

ANA.- ¡La injuria y la violencia es nuestro patrimonio.

PAULET.- Cuánto posee, es un arma en sus manos.

ANA.- ¡Sed señor compasivo! No os llevéis su última joya. La desdichada se recrea tan sólo con ese recuerdo de su antigua grandeza, ya que todo nos lo habéis arrebatado.

PAULET.- Hállase en buenas manos. Concienzudamente se devolverá a su tiempo.

ANA.- ¿Quién creerá, observando estas paredes desnudas, que habita aquí una Reina? ¿En dónde está el solio que cubre su trono? ¿Ha de hollar también su pie, acostumbrado a las alfombras, este suelo duro? Grosero estaño... que avergonzaría a la esposa del noble más insignificante... figura sólo en su mesa.

PAULET.- Así trataba ella a su esposo Sterlyn, mientras bebía en copas del oro con su amante.

ANA.- Ni aun espejo tenemos.

PAULET.- Mientras pueda mirar su imagen vana, no dejará de abrigar osadas esperanzas.

ANA.- Faltan libros, para solaz del ánimo.

PAULET.- Se le ha dejado la Biblia para mejorar su corazón.

ANA.- Hasta nos han quitado el laúd.

PAULET.- Porque se acompañaba con él en sus cantos amorosos.

ANA.- ¡Tal es la suerte reservada a la que se crió siempre con delicadeza, reina desde su cuna, y viviendo entre todo linaje de placeres, en la corte voluptuosa de los Médicis! Basta que se le haya arrebatado su poder; pero ¿privarla de sus recreos más humildes? En las grandes adversidades toda alma noble aprende a conocerse mejor; pero es triste sufrimiento carecer hasta de las más insignificantes distracciones humanas.

PAULET.- Sólo ayudan a fomentar la vanidad, cuando lo conveniente es reflexionar y arrepentirse. Quien vive entre los deleites y los vicios, ha de expiarlos luego con la humillación y la miseria.

ANA.- Si en su más tierna juventud ha sido frágil, ha de pedirle cuenta Dios y su conciencia. En Inglaterra nadie tiene derecho de juzgarla.

PAULET.- En donde delinquió, será juzgada.

ANA.- Lazos harto apretados la sujetan. ¡Delincuente ella!

PAULET.- Sin embargo, a pesar de esos lazos férreos, ha sabido extender fuera su brazo, encender en el reino, la guerra civil, y armar contra nuestra Soberana, a quien Dios guarda, puñales asesinos.

Desde esta mansión, ¿no indujo al malvado Parry y a Babington a cometer el más infame regicidio? Estas rejas, ¿le impidieron seducir el noble corazón de Norfolk? Por ella ha caído bajo el hacha del verdugo la mejor cabeza de estas islas... Tan ejemplar castigo, ¿ha escarmentado a tantos otros insensatos que por ella se han precipitado a porfía en el abismo? Por su causa, llenan nuevas víctimas los cadalsos; y esto no ha de terminar hasta que ella, la más culpable, sea también sacrificada... ¡Maldito sea el día en que esta Helena arribó a las costas hospitalarias de Inglaterra!

ANA.- ¿Qué Inglaterra le dispensó hospitalidad? ¡Desdichada! Desde el día, en que sentó su planta en este país, suplicante, desterrada, implorando el socorro de su parienta, está presa, contra el derecho de gentes y lo que exige la dignidad real, y obligada a pasar en una cárcel los años floridos de la juventud... Y, siendo reina, después de sufrirlo todo, las penas más amargas de la cárcel, igual a vulgares delincuentes, ha de comparecer en los estrados de un tribunal, y ser acusada vergonzosamente de un crimen capital.

PAULET.- Como asesino llegó a este país, expulsada por su pueblo, privada del trono, por haberlo manchado con horribles maldades. Vino, después de conspirar contra la dicha de Inglaterra, a traernos los tiempos sanguinarios de la española María, a hacernos católicos, a vendernos a Francia. ¿Por qué se ha opuesto a suscribir al tratado de Edimburgo, a renunciar a sus pretensiones a Inglaterra, y abrir con un solo rasgo de pluma las puertas de su prisión? Prefiere verse encarcelada, y los malos tratamientos, a privarse del vano brillo de su título. Y ¿por qué lo hace? Porque confía en las intrigas, en las artes perversas de las conspiraciones, y conquistar con ellas, desde su cárcel, toda esta Isla.

ANA.- Os burláis, señor... A la aspereza añadís la más irrisoria mofa. ¿Cómo había de acariciar tales ilusiones, viviendo aquí encerrada, cuando ni llega hasta ella consuelo alguno, ni voz alguna amiga de su cara patria, no habiendo visto en muy largo tiempo otro rostro humano que el sombrío de su carcelero, y guardándola nuevos cerrojos, desde el día en que vuestro feroz pariente se ha convertido también para ella en nuevo carcelero?

PAULET.- No hay reja que preserve de sus astucias. ¿Tengo acaso seguridad, cuando duermo, de que no se han de limar estos hierros, de que no se horaden este suelo y estas paredes, y de que no triunfen al cabo los traidores? ¡Cargo ominoso es el mío! He de precaverme contra pérfidas astucias. El temor me impide dormir tranquilo; y, de noche, como alma atormentada por el remordimiento, he de vagar por todas partes, para cerciorarme de la eficacia de los cerrojos y de la fidelidad de los centinelas, y, temblando, levantarme por la mañana, temiendo la realización de mis sospechas. Sin embargo, por fortuna para mí, creo que esto acabará pronto. Preferiría vigilar a todos los condenados al infierno, y no a esta Reina artificiosa.

ANA.- ¡Hela ahí!

PAULET- ¡El crucifijo en la mano, y el orgullo y la voluptuosidad en el corazón!

ESCENA II

MARÍA, con un velo, y un crucifijo en la mano, Y LOS MISMOS

ANA. (Corriendo a su encuentro.)- ¡Oh Reina! Nos ultrajan; la crueldad y la tiranía no conocen freno, y a cada instante nuevos sufrimientos e injurias se acumulan sobre vuestra cabeza coronada.

MARÍA.- Tranquilízate. ¿Qué ha sucedido?

ANA.- ¡Mirad! Vuestro armario ha sido destrozado; vuestros papeles, vuestro único tesoro, que salvamos con tanto trabajo, el último resto de vuestras joyas nupciales de Francia, están en sus manos. No poseéis ya prenda alguna real. Os lo han robado todo.

MARÍA.- ¡Sosiégate, Ana! Mi título de reina no depende de esas bagatelas. Es posible que nos traten con bajeza, no humillarnos. He aprendido a padecer mucho en Inglaterra, y ya esto no me extraña. Os habéis apropiado, caballero, lo que yo misma pensaba entregaros hoy. Entre esos papeles hay una carta para mi hermana la Reina de Inglaterra. Dad-me vuestra palabra de honor de que se la daréis en su propia mano, y no al desleal Burleigh.

PAULET.- Lo reflexionaré.

MARÍA.- Pondré en vuestro conocimiento su contenido, caballero. Pido un gran favor en esa carta... tener con ella una conferencia, puesto que jamás la han visto mis ojos... Se me ha llevado ante un tribunal de hombres, que no debo calificar de iguales a mí, y a quienes no puedo conceder confianza. Isabel es de mi familia, de mi sexo y de mi rango... Sólo a ella, mi hermana, reina y mujer, puedo confiarme.

PAULET.- Con frecuencia, señora, habéis fiado vuestro honor y vuestro destino de otros hombres, que merecían menos vuestra estimación.

MARÍA.- Pido también otra gracia, que la humanidad no rehusará. Tiempo ha que, en mi prisión, me veo privada de los consuelos de la Iglesia y del benéfico influjo de los Sacramentos, y la que me ha arrebatado la corona y la libertad, y amenaza arrancarme la vida, no querrá cerrarme también las puertas del cielo.

PAULET.- El capellán del castillo accederá a vuestros deseos...

MARÍA. (Interrumpiéndolo con viveza.)- ¡No quiero a ese capellán! Pido un sacerdote de mi religión. Pi-do asimismo, un escribiente y un notario, para disponer mi testamento. Las penas, las miserias de esta cárcel socavan mi vida.. ¡Mis días están contados, según sospecho, y me considero como próxima a la muerte.

PAULET.- ¡Hacéis bien! Son ideas muy apropiadas a vuestra situación..

MARÍA.- ¿Qué sé yo si alguna mano osada no abreviará el efecto prolongado de mi martirio? Quiero extender un testamento, y disponer de lo mío.

PAULET.- Libre sois de hacerlo. La Reina de Inglaterra no se enriquecerá con vuestros despojos.

MARÍA.- Me han separado de mis camaristas, y servidores... ¿En dónde están? ¿Qué es de ellos? No puedo privarme de sus servicios; pero me tranquilizaré, si averiguo que no sufren dolores ni miseria.

PAULET.- Se les cuida. (Hace ademán de irse)

MARÍA.- ¿Os vais, caballero? ¿Me dejáis de nuevo sin aliviar mi angustiado corazón, lleno de temor, de los tormentos de la incertidumbre? Me veo, gracias a la vigilancia de vuestros espías, aislada en el mundo; ninguna noticia llega hasta mí, atravesando las paredes de mi prisión, y mi destino está entre las manos de mis enemigos. Un mes largo ha trascurrido ya en tan aflictiva situación, desde que los cuarenta comisarios me sorprendieron en este castillo, instalando en él un tribunal con una precipitación inexplicable, sin prepararme, sin abogado, contra toda justicia, obligándome a declarar con arreglo un interrogatorio artificioso y severo, cuando yo estaba confusa y admirada, y en la imposibilidad de reunir mis recuerdos... Como fantasmas entraron y desaparecieron. Desde entonces, nadie me habla, y procuro en vano leer en vuestras miradas si han triunfado mi inocencia y el celo de mis amigos, a los pérfidos designios de mis enemigos. Romped al cabo el silencio... Que yo sepa de vuestros labios lo que he de esperar o he de temer.

PAULET. (Después de una pausa.)-Arreglad vuestras cuentas con el cielo.

MARÍA.- Confío en su gracia, caballero... y en la justicia rigurosa de mis jueces en la tierra.

PAULET.- Serán justos, no lo dudéis.

MARÍA.- ¿Se ha fallado mi proceso?

PAULET.- No lo sé.

MARÍA.- ¿Me han condenado?

PAULET.- Nada sé, señora.

MARÍA.- La precipitación es preferida aquí. ¿Me sorprenderá acaso, el verdugo, como los jueces?

PAULET.- Creedlo siempre así, y os encontrará mejor dispuesta que ellos.

MARÍA.- Nada me extrañará, caballero. De to-do es capaz cl tribunal de Westminster, dócil a las sugestiones, llenos de odio, de Burleigh, y al celo de Halton. Tampoco ignoro hasta dónde puede llegar la Reina de Inglaterra.

PAULET.- Los Monarcas de Inglaterra sólo atienden a su conciencia y a su Parlamento. Lo que acuerde la justicia, lo ejecutará el poder, sin miedo alguno, a la faz del mundo.

ESCENA III

Los mismos; MORTIMER sobrino de PAULET se presenta, y, sin reparar en la Reina, habla con su tío.

MORTIMER.- Os buscan, tío. (Aléjase; la Reina lo observa descontenta, y se vuelve hacia Paulet, que hace ademán de seguirlo.)

MARÍA.- ¡Oíd, caballero, otra súplica! Si tenéis algo que decirme... Mucha es mi paciencia con vos, por respeto a vuestra edad; pero me es intolerable la insolencia de ese joven: libradme, pues, de su grosería.

PAULET.- Lo que en él os repugna, lo realza a mis ojos. No es, de seguro, de esos débiles insensatos, a quienes enternecen las lágrimas falaces de las mujeres... Ha viajado, viene de París y Reims, y regresa con su mismo corazón de rancio inglés. ¡Con él son vanas vuestras artes! (Vase)

ESCENA IV

MARÍA y ANA.

ANA.- ¿Que así se atreva ese descomedido a hablarnos cara a cara? ¡Oh, es cosa terrible!

MARÍA. (Absorbida en sus reflexiones)- En nuestros días afortunados, prestamos atento oído a los aduladores. Justo es que hoy, buena Ana, oigamos la voz austera de la verdad.

ANA.- ¿Cómo? ¿Tan humilde, tan resignada, querida señora? Antes os mostrabais alegre y solías consolarme, y yo os reconvenía, más bien por vuestra frivolidad, que por vuestra tristeza.

MARÍA.- La conozco... Es el espectro ensangrentado de Darnley, que se levanta colérico de la tumba, y que no sosegará hasta colmar la medida de mis desdichas.

ANA.- ¡Qué idea!

MARÍA.- Lo has olvidado, Ana... pero yo tengo buena memoria... Hoy es el día aniversario de esa calamidad, y por eso lo consagro al ayuno y a la penitencia.

ANA.- Dejad en paz ese alma en pena. Lo habéis expiado largos años con vuestro arrepentimiento, con desdichas y graves dolores. La iglesia, que puede absolver los pecados, y el cielo, junta-mente, os perdonaron ya.

MARÍA.- Destilando sangre reciente, surge de su tumba mal resguardada esa falta, perdonada ha largo tiempo. Ni la campana de la misa, ni la absolución venerada del sacerdote pueden devolver a su sepulcro el espectro del esposo asesinado.

ANA.- ¡V.M. no lo asesinó! Otros lo mataron.

MARÍA.- Pero yo lo supe, lo consentí y lo atraje con halagos a las asechanzas de la muerte.

ANA.- La juventud excusa vuestra falta; ¡vuestra edad era entonces tan tierna!

MARÍA.- ¡Tan tierna!... y, sin embargo, eché ese peso sobre una vida que comenzaba en sus albores.

ANA.- Injurias mortales os excitaron a cometer esa acción, y la insolencia de vuestro esposo, a quien vuestro amor arrancó de la oscuridad como por milagro, y lo elevasteis al trono, después de atravesar vuestro aposento nupcial, haciéndolo dueño de vuestra persona, llena de encantos, y de vuestra corona patrimonial. ¿Debía olvidar jamás que su destino brillante era la obra de vuestro generoso amor? Ultrajó a V.M. con sospechas ofensivas, injurió con su grosería vuestra ternura, y se hizo antipático a su esposa. Desvanecióse el hechizo que os sedujera, y colérica, evitasteis los abrazos de ese infame, y lo despreciasteis... Y él... ¿intentó siquiera recobrar vuestro cariño? ¿Os pidió perdón? ¿Se arrojó a vuestros pies prometiendo enmienda? Os desafió cruel... Hechura vuestra, quiso ser vuestro Rey, e hizo matar en vuestra presencia a vuestro favorito, el bello cantor Rizzo... Vengasteis con sangre otro crimen sangriento.

MARÍA.- Y será vengado por una sentencia de muerte. Por consolarme, me condenas.
ANA.-Cuando se cometió ese delito no erais ya la misma, no os pertenecíais. Una pasión loca y ciega, os arrastraba, encadenándoos a ese horrible seductor, a ese desdichado Bothwell, Este hombre atroz os dominaba por el terror de su imperiosa voluntad, y os había extraviado, inspirándoos el delirio por el empleo de hechizos y artes diabólicas.
MARÍA.- Sus artes no fueron otras que su energía varonil y mi debilidad.
ANA.- ¡No, os digo! Había quedado en su auxilio a todos los espíritus infernales enlazando en sus vínculos vuestra alma inocente. Vuestros oídos se habían cerrado a todos los avisos de la amistad; vuestros ojos no veían ya las manifestaciones de la decencia. Habíais renunciado a vuestra púdica reserva ante los hombres; en vuestras mejillas, en otro tiempo mansión de rubor y de la vergüenza, sólo brillaba el ardor de las pasiones. Tirasteis el velo del misterio; el libertinaje violento de ese hombre había triunfado de vuestra timidez, y con osada frente, ofrecíais en espectáculo vuestra propia afrenta. Permitíais que la espada real de Escocia fuese llevada por este hombre, por este asesino, acompañándole las maldiciones del pueblo, en triunfo delante de V.M., y que vuestros soldados cercasen en armas el Parlamento, y allí, en el templo de la justicia, y en virtud de una indigna farsa, obligasteis a los jueces a absolver al reo. Fuisteis aún más allá... Dios...
MARÍA.- ¡Acaba, pues! Y le di mi mano ante el altar.
ANA.- ¡Oh! ¡Que un silencio eterno, oculte esa acción! Es horrible, repugnante, propia sólo de una mujer perdida... Sin embargo, V.M. no lo es... Lo sé bien, porque os he criado desde vuestra infancia. Vuestro corazón es débil e inclinado al pudor... La ligereza es sólo vuestra falta. Lo repito; hay espíritus infernales, que se insinúan en los corazones confiados, por un momento, que mueven sus cuerdas más horribles, huyen después al Averno y graban su estigma en horrenda mancha. Desde ese hecho, que ha llenado de luto vuestra vida, no habéis cometido acto alguno censurable, y yo soy testigo de vuestra enmienda. ¡Animaos, pues! ¡Reconciliaos con vuestra conciencia! Si tenéis algunos escrúpulos, en Inglaterra no habéis delinquido; ni Isabel ni el Parlamento de Inglaterra son vuestros jueces. Estáis aquí bajo la opresión de la fuerza. Presentaos ante este tribunal incompetente con todo el valor del justo.
MARÍA.- ¿Quién viene? (Mortimer se presenta en la puerta)
ANA.- ¡Es el sobrino! ¡Entrad!

ESCENA V

Los mismos, y MORTIMER, que entra con temor.
MORTIMER. (A la nodriza)- ¡Alejaos, y haced centinela en la puerta. Tengo que hablar con la Reina.
MARIA. (Con firmeza.)- ¡Quédate, Ana!
MORTIMER.- ¡Nada temáis, señora! ¡Conocedme mejor! (Dale una carta.)
MARIA. (Que la mira, y retrocede admirada.)- ¡Ah! ¿Qué es esto?
MORTIMER. (A Ana.) ¡Idos, Ana, y cuidad de que mi tío no nos sorprenda!
MARÍA. (A Ana, que vacila, e interroga con sus ojos a la Reina) ¡Vete, Vete! Haz lo que te dicen. (Ana se aleja admirada.)

ESCENA VI

MORTIMER y MARÍA.
MARÍA.- ¡De mi tío, del Cardenal de Lorena, de Francia! (Lee) «Fiaos de sir Mortimer, portador de ésta, vuestro amigo más fiel de Inglaterra.» (Mirando a Mortimer sorprendida.) ¿Es posible? ¿No es una ilusión que, me engaña? ¿Tan cerca de mí un amigo, y me creía abandonada de todos?... ¿Y lo sois vos, sobrino de mi carcelero, mi enemigo más encarnizado?

MORTIMER. (Echándose a sus pies.)-Perdonadme, oh Reina, que haya tomado esta odiosa máscara; me ha costado terrible lucha, pero a ello debo también el haberme proporcionado el medio de acercarme a V.M., para ayudar a salvaros.

MARÍA.- ¡Levantaos!... Me sorprendéis, caballero... No puedo pasar tan pronto de reina del dolor a la de la esperanza... Hablad... Explicadme esta dicha, para que yo la crea.

MORTIMER. (Levantándose.)- El tiempo huye. Pronto vendrá aquí mi tío, acompañado de un hombre odioso. Antes que os sobrecojan con su horrible comisión, oíd cómo el cielo se dispone a libertaros.

MARÍA.- Un milagro de su omnipotencia.

MORTIMER.- Dadme permiso para que yo comience a hablaros de mí.

MARÍA.- ¡Hablad, caballero!

MORTIMER.- Contaba yo veinte años, señora, y había recibido una educación austera, y mamado con la leche el odio al Papa, cuando una inclinación irresistible me arrastró al Continente. Dejé tras de mí las predicaciones sombrías de los puritanos; al abandonar mi patria, atravesé con celeridad a Fran-cia, y visité ansioso la famosa Italia.

Era entonces la época de una gran fiesta de la Iglesia; los caminos, llenos por todas partes de peregrinos; todas las imágenes de los santos estaban coronadas de flores, como si la humanidad se dirigiese al cielo... La corriente de esta muchedumbre piadosa me llevó consigo a Roma...

¿Qué sentí yo, oh Reina, cuando mis ojos contemplaron las soberbias columnas y los arcos de triunfo, la maravillosa magnificencia del Coliseo, y las sublimes creaciones de arte, en un mundo de ideales portentos? Nunca había sentido en mí la influencia de las artes. La religión, que me enseñaron, detestaba los placeres de la imaginación y todo tipo simbólico, y admite solo palabras abstractas. ¿Cuál no fue, pues, mi conmoción, cuando entré en la Iglesia, y escuché música celestial, vi imágenes numerosas en techos y paredes, representando al Ser Supremo y Todopoderoso, que parecían moverse con deleite de todo mi ser, cuando contemplé esos cuadros divinos, la Salutación del Ángel, el Nacimiento del Señor, la Santa Madre de Dios, la Santísima Trinidad, la brillante Transfiguración... cuando vi al Papa celebrar la misa, con tanta pompa, y bendecir a los pueblos? ¡Oh! ¿Cómo compararles el resplandor del oro y de las alhajas, con que se adornan los reyes de la tierra? Sólo él es divino. Verdadero es su imperio y el cielo su palacio, porque cuanto allí se encuentra no pertenece a este mundo.

MARIA.- ¡Oh! ¡Tened compasión de mí! ¡No más! No ofrezcáis a mis miradas ese cuadro lozano de la vida... soy desdichada, y estoy presa.

MORTIMER.- ¡Yo lo estuve también, oh Reina! Pero mi cárcel se abrió, y mi espíritu se vio libre y se conoció a sí mismo, y saludó el día feliz de la vida. Juré odiar a la Biblia, entendida de un modo estrecho y sombrío, ceñir mi frente de frescas guirnaldas, y contento yo, asociarme a los que lo estuvieren. Muchos nobles escoceses y joviales franceses se juntaron conmigo, y me llevaron a visitar a vuestro noble tío, el Cardenal de Guisa. ¡Qué hombre! ¡Qué aplomo, qué capacidad, qué varonil grandeza la suya!... ¡Cómo parece nacido para dominar a los demás! ¡Modelo de real sacerdote, Príncipe de la iglesia, superior a todos!

MARÍA.- Ya que habéis visto el rostro de este hombre, amado, a quien tanto estimo, que me educó en mi tierna juventud, habladme de él. ¿Se acuerda de mí? ¿La dicha lo favorece? ¿La vida le es grata? ¿Es todavía su grandeza una roca para la Iglesia?

MORTIMER.- Su amabilidad conmigo fue tan grande, que se dignó explicarme misterios sublimes, y disipar mis dudas. Me demostró que las cavilosidades de la razón extravían siempre a la humanidad; que sus ojos han de ver lo que su corazón ha de aceptar; que una cabeza visible es un bien para la Iglesia; y que un espíritu de verdad ha

presidido en las sesiones de los Santos Padres; los sueños de mi niñez se desvanecieron ante sus raciocinios victoriosos y sus exhortaciones elocuentes. Volví a ingresar, pues, en el seno de la Iglesia, y abjuré mis errores en sus manos.

MARÍA.- ¿Sois, por tanto, una de tantos millares, que, en virtud del poder celestial de sus discursos, como los del sublime Predicador de la Montaña, han sido persuadidos, y agraciados con la salud eterna?

MORTIMER.- Después, cuando los deberes de su cargo lo llamaron a Francia, me envió a Reims, en donde la Sociedad de Jesús, ocupada en sus actos piadosos, educa sacerdotes para la iglesia de Inglaterra. Allí encontré al noble escocés Margán, y a vuestro fiel Lessley, el sabio Obispo de Ross, que entierra de Francia, pasan los días tristes del destierro... Me uní íntimamente a estos eclesiásticos venerables, y afirmé mi fe... Un día, hallándome en el aposento del Obispo, llamó mi atención un retrato de mujer, de maravillosos y seductores encantos; hizo en mi alma poderosa impresión, y no pudiendo dominarla, la contemplaba extasiado. Díjome entonces el Obispo: «Con sobrado motivo contempláis conmovido esa imagen. Es la mujer más bella que existe, y la más desdichada, porque sufre por nuestra fe, y es vuestra patria el lugar de su martirio.»

MARÍA.- ¡Qué lealtad! No; no lo he perdido todo, puesto que, en mi desventura, conservo, tan verdadero amigo.

MORTIMER.- Me pintó con elocuencia irresistible vuestros sufrimientos, y la crueldad sanguinaria de vuestros enemigos. Me dijo también cuál era vuestra alcurnia, y que descendíais de la antigua familia de Tudor, y que, en su consecuencia, erais la Reina legítima de Inglaterra, no esa bastarda, engendrada en lecho adúltero, y a la que su mismo padre Enrique rechazó como ilegítima. No queriendo yo fiarme de un solo testimonio, consulté a jurisconsultos, estudié los libros genealógicos, y todos los datos que recogí confirmaron la legalidad de vuestros títulos. Sé también que vuestro derecho irrecusable a la corona de Inglaterra es vuestro mayor crimen, que este reino es propiedad vuestra, este mismo reino en donde, a pesar de vuestra inocencia, estáis prisionera.

MARÍA.- ¡Oh! ¡Fatal derecho el mío! Es la única fuente de todas mis desventuras.

MORTIMER.- Por este tiempo supe que habíais abandonado el castillo de Talbot, y os habían confiado a la custodia de mi tío... La mano maravillosa de la Providencia se mostraba para mí en este nuevo arreglo. La voz clara del destino era para mí, y llamaba mi ayuda en favor vuestro. Mis amigos fueron de la misma opinión, y el Cardenal me dio sus consejos, y me enseñó el arte difícil del disimulo. Formé el plan con rapidez, y regresé a mi patria, a donde llegué, como sabéis, hace diez días. (Se detiene.) ¡Yo os vi, oh Reina! A V.M. en persona, no a vuestro retrato... ¡Oh! ¡Qué tesoro encierra este castillo! No es cárcel, sino una mansión celestial, más esplendente que la corte de la Reina... ¡Bienaventurado aquel, a quien es permitido respirar el aire que os anima!

Razón sobrada tiene quien os oculta aquí con tanto esmero. La juventud inglesa se levantaría en masa; ninguna espada quedaría ociosa en su vaina, y la revolución, con su cabeza gigantesca, asolaría esta isla pacífica, si sus habitantes pudieran ver a su Reina.

MARÍA.- No erraríais, si todos los ingleses me mirasen con vuestros ojos.

MORTIMER.- Sí, siendo, como yo, testigos de vuestros sufrimientos, de vuestra mansedumbre y de la noble firmeza con que sobrelleváis tratamientos indignos. De todas estas pruebas dolorosas, ¿no habéis salido cual cumple a vuestra regia estirpe? El horror vergonzoso de esta prisión ¿ha atenuado el esplendor de vuestra hermosura? Carecéis de cuanto hace risueña la vida, y, sin embargo, la vida y la luz os circundan. Jamás huellan mis plantas estos umbrales, que no se desgarre mi corazón con mil tormentos, y sin sentir encanto inexplicable al contemplaros... Pero la temida separación

se acerca; cada hora, que trascurre, aumenta el peligro. No de-bo dilatarlo más, no es posible ocultaros más tiempo la horrorosa...

MARÍA.- ¿Se ha pronunciado el fallo contra mí? Decidlo sin miedo. Puedo oírlo.

MORTIMER.- Se ha pronunciado. Cuarenta y dos jueces os han declarado culpable. La Cámara de los Lores, la de los Comunes, la ciudad de Londres instan con vehemencia para que se cumpla la sentencia. Sólo la Reina se opone... por astucia, para que se la obligue, no por lástima ni por humanidad.

MARÍA. (Con firmeza.)- No me sorprendéis, Sr. Mortimer, ni me asustáis. Hace largo tiempo que estoy preparada, para oírlo. Conozco quiénes son mis jueces, por los malos tratamientos que he sufrido, y me explico que no me concedan la libertad... Sé adónde quieren ir. Desean guardarme siempre en estrecha cárcel, y sepultar en las tinieblas de mi prisión mi venganza y mis derechos.

MORTIMER.- ¡No, Reina!... ¡Oh, no, no! Así no quedan tranquilos. Los tiranos no se satisfacen haciendo a medias su obra. Mientras viváis, tendrá miedo la Reina de Inglaterra. Ninguna cárcel puede sepultaros con la profundidad apetecida. Sólo vuestra muerte asegura su trono.

MARÍA.- Pero ¿osará a aventurarse a que caiga mi real cabeza bajo el hacha del verdugo?

MORTIMER.- Lo osará. No lo dudéis.

MARÍA.- ¿Se atreverá a revolcar en el polvo su propia majestad, y la de todos los reyes?

MORTIMER.- Concierta una paz perpetua con Francia, y ofrece al Duque de Anjou su trono y su mano.

MARÍA.- El Rey de España, ¿no tomará las armas?

MORTIMER.- No teme al mundo entero armado, si está en paz con su pueblo.

MARÍA.- ¿Querrá ofrecer este espectáculo a los Ingleses?

MORTIMER.- Este país, señora, ha visto, en los últimos tiempos, pasar muchas reinas del trono al cadalso. La misma madre de Isabel sufrió este mal, y Catalina Howard y lady Gray eran cabezas coronadas.

MARÍA. (Después de una pausa.)- ¡No, Mortimer! Os ciega vano temor. La inquietud de vuestro corazón leal os inspira ese terror infundado. No es el cadalso lo que me aterra. Hay otros medios, más silenciosos, que son eficaces para llevar la tranquilidad al ánimo de la Soberana de Inglaterra respecto a mis derechos. Antes de encontrar un verdugo para mí, podrá pagar un asesino... ¡He aquí lo que me hace temblar, caballero! Jamás acerco la copa a mis labios sin estremecerme de horror, pensando en que puede ser la prenda del afecto que me profesa mi hermana.

MORTIMER.- No se os asesinará, ni en público, ni en secreto. ¡No lo temáis! Todo está ya preparado. Doce nobles jóvenes ingleses están de acuerdo conmigo; hoy han recibido la Sagrada Comunión, y se han obligado a sacaros de este castillo con la fuerza de sus brazos. El Conde de Aubespine, embajador de Francia, está en el secreto, y ha puesto a nuestra disposición sus recursos y su palacio en el cual nos reunimos.

MARÍA.- Me hacéis temblar, caballero... y no de placer. Triste presentimiento me aflige. ¿Qué os proponéis? ¿Lo habéis reflexionado? ¿No os detienen las cabezas ensangrentadas de Babington y de Tichburn, expuestas para escarmiento en el puente de Londres? ¿No la muerte de tantos otros innumerables, que perecieron por motivos análogos, remachando más mis cadenas? Joven ciego y desdichado... ¡huid! ¡Huid, si es tiempo todavía... si Burleigh, el espía, no conoce ya vuestros planes; si no cuenta ya con un traidor entre vosotros! ¡Huid pronto de este reino! Ningún afortunado ha protegido nunca a María Estuardo.

MORTIMER.- No me intimidan las cabezas ensangrentadas de Babington y de Tichburn, expuestas, para escarmiento en el puente de Londres, ni la muerte de tantos otros innumerables, que perecieron por motivos análogos; así ganaron gloria eterna, además de la dicha de morir por Vuestra Majestad.

MARÍA.- ¡Y en vano! Ni la fuerza ni la astucia podrán salvarme. El enemigo es diligente, suyo el poder. No son sólo Paulet y sus satélites quienes guardan las puertas de mi prisión, sino toda Inglaterra. La voluntad de Isabel ha de abrirlas no más.

MORTIMER.- ¡Oh! ¡No lo esperéis!

MARÍA.- Sólo hay un hombre, que puede lograrlo.

MORTIMER.- Decidme quién es ese hombre...

MARÍA.- El Conde Leicester.

MORTIMER. (Retrocediendo admirado.)- ¡Leicester! ¡El Conde Leicester!... ¡Vuestro perseguidor más encarnizado!... ¡El favorito de Isabel! De este...

MARÍA.- Si han de salvarme, él sólo puede hacerlo... vedlo. Habladle con libertad, y, como prueba de que yo os envío, entregadle ese papel, que guarda mi retrato. (Saca del pecho un papel; Mortimer retrocede, y vacila en tomarlo.) ¡Tomadlo! Lo oculto ha largo tiempo en mi seno, porque la vigilancia incansable de vuestro tío me impedía comunicarme con él... Os ha inspirado mi buen ángel...

MORTIMER.- Reina... Este enigma... explicadme...

MARÍA.- El Conde Leicester os lo descifrará. Fiaos de él, y él se fiará de vos.

MARÍA. (Entrando precipitadamente.)-Sir Paulet viene con los señores de la corte.

MORTIMER.- Es lord Burleigh. ¡Animo, Reina! Oíd con valor lo que os digan. (Vase por una puerta lateral. Ana lo sigue.)

ESCENA VII

MARÍA.- Lord BURLEIGH, gran tesorero de Inglaterra, y el caballero PAULET.

PAULET.- Deseabais hoy saber con certeza cuál era vuestra suerte. S.E., lord Burleigh os lo dirá. Escuchadlo con moderación.

MARÍA.- Con la dignidad, según espero, que cumple a la inocencia.

BURLEIGH.- Vengo como delegado del Tribunal.

MARÍA.-Lord Burleigh se habrá prestado gusto-so a servir de intérprete a un Tribunal, al cual ha infundido antes su espíritu.

PAULET.- Habláis como si supierais ya su sentencia.

MARÍA.- La conozco ya en el hecho de ser lord Burleigh quien la comunica... Despachad, caballero...

BURLEIGH.- Os habéis, señora, sometido al tribunal de los veinticuatro.

MARÍA.- Perdonad, milord, que, al comenzar, os interrumpa... ¿Decís que me he sometido a la decisión de los veinticuatro? Nunca me he sometido a ella. Nunca podía hacerlo... No era posible olvidarme hasta ese extremo de mi rango, de la dignidad de mi pueblo, y de mi hijo, y de la de todos los príncipes. Las leyes inglesas disponen qua ningún súbdito de estos reinos, siendo acusado se someta más que a un jurado, compuesto de sus iguales. ¿Cuál es igual a mí en este tribunal? Sólo los reyes lo son.

BURLEIGH.- Habéis oído la acusación, replicado ante el tribunal...

MARÍA.- Sí, me dejé engañar por la astucia de Halton; y sólo para defender mi honor, y, creyendo que triunfaría por la fuerza de las razones que me asisten, acordé oír la acusación, y su falta de fundamento... Obré así teniendo en cuenta la digna personalidad de los Lores, no su jurisdicción, que recuso.

BURLEIGH.- Que la aceptéis o no, señora, es una vana fórmula, que no puede detener el curso de la justicia. Vivís en Inglaterra, gozáis de la protección y de los beneficios de sus leyes, y por tanto, os halláis sujeta a su imperio.

MARÍA.- Vivo en una prisión inglesa. ¿Es esto habitar en Inglaterra, y disfrutar del amparo de sus leyes? Apenas las conozco, y jamás he consentido en guardarlas. Soy Reina libre de un reino extraño.

BURLEIGH.- ¿Y pensáis que el título de rey da libre derecho para suscitar impune, en otro reino, sangrientas luchas? ¿Qué sería de la seguridad de los Estados, si la justa espada de Themis no pudiera llegar hasta la frente culpable de un regio huésped, como llega a la de un mendigo?

MARÍA. Yo no pretendo sustraerme a la justicia. Recuso sólo mis jueces.

BURLEIGH.- ¿Los jueces? ¿Cómo, señora? ¿Han salido acaso de la hez del populacho, son viles falsarios que venden la justicia, y la verdad, y consienten en servir de dóciles instrumentos de la opresión? ¿No son los personajes más eminentes de este país? ¿No tienen bastante independencia para atreverse a rendir homenaje a la verdad, y superiores a la influencia de los príncipes y a la baja corrupción?
¿No son los mismos, que gobiernan a un pueblo noble, con legalidad y libertad, y cuyos solos nombres bastan para acallar en seguida toda duda y toda sospecha? A su frente se hallan el pastor del pueblo, el piadoso primado de Canterbury, el sabio Talbot, y Howard, el gran almirante del reino. ¡Decid! ¿Qué más podía hacer la Reina de Inglaterra que elegir los más nobles de toda la Monarquía, y nombrarlos jueces para esta real contienda? Y aunque se suponga que el odio de partido influya en alguno de ellos, ¿será posible que cuarenta hombres escogidos, obedeciendo a la misma pasión, pronuncien una sentencia unánime?

MARIA. (Después de una pausa.) -Oigo admirada la elocuencia de estos discursos, que siempre han sido tan funestos para mí... ¿Cómo yo, mujer ignorante, he de luchar con un adversario tan hábil?... ¡Bien! si esos lores son como los pintáis, debo callar, y mi causa ha de perderse sin remedio, si me declaran culpable. Y, sin embargo, esos personajes, a quienes tanto alabáis, y cuya autoridad ha de aniquilarme, han representado muy distintos papeles en su historia patria. Veo a esa elevada aristocracia inglesa, majestuoso Senado del reino, adular, como los esclavos del serrallo los caprichos del Sultán, a los de Enrique VIII, mi tío. Veo esta noble Cámara de los Lores, tan venal, como la de los Comunes, establecer leyes y anularlas luego, desatar y atar los vínculos del matrimonio al capricho del Soberano, desheredar hoy la hija de un Príncipe de Inglaterra, declararla bastarda, y coronarla al día siguiente. Veo que estos dignos pares, en cuatro reinados, mudan cuatro veces de creencias...

BURLEIGH.-Habéis dicho que ignorabais las leyes inglesas, pero conocéis muy bien sus desdichas.

MARÍA.- ¡Y esos son mis jueces!... ¡Lord gran Tesorero! Quiero ser justa con vos; sedlo conmigo. Se dice que el deseo del bien os guía en vuestras relaciones con el Estado y con vuestra Reina; que sois incorruptible, celoso, incansable... Quiero creerlo. No os guía vuestro interés personal, sino sólo el de vuestro país y de vuestra Soberana. Guardaos, pues, noble lord, de confundir la utilidad pública con la justicia. No dudo que a vuestro lado y entre mis jueces, se sientan hombres nobles. Pero son protestantes, sólo defensores de la prosperidad de Inglaterra, y van a fallar contra mí, Reina de Escocia, y papista. Ningún inglés, según un antiguo proverbio, puede ser justo con un escocés... Así, desde los tiempos más remotos, se ha dispuesto que, en justicia, ni el inglés ha de testificar, contra el escocés, ni éste contra aquel. La necesidad ha sido el fundamento de esta extraña ley. En las antiguas costumbres domina una razón profunda, y hemos de respetarla, milord... La naturaleza ha fijado estas dos naciones vehementes en esta isla, en medio de los mares; desigual es la parte que les ha tocado en suerte, y, por tanto, han de luchar entre sí. El cauce estrecho del Tweed separa sólo estos caracteres impetuosos y en sus ondas se han confundido con frecuencia la sangre de los combatientes. Miles

de años hace que, con la mano en el puño de la espada, se observan amenazadores desde sus orillas. Ningún enemigo ha afligido a Inglaterra sin ser el auxiliar de los escoceses. Ninguna guerra civil a devastado el suelo de Escocia sin que Inglaterra llevase, también en ello la tea incendiaria. Y ese odio no se extinguirá hasta que un Parlamento común las una fraternal-mente, y hasta que un solo cetro gobierne a toda la isla.

BURLEIGH.- ¿Y una Estuardo ha de dar esa dicha al reino?

MARÍA.- ¿Por qué he de negarlo? Al contrario, confieso que yo acariciaba la esperanza de juntar estas dos nobles naciones, libres y contentas, bajo el árbol de la paz. No imaginé nunca ser la víctima propiciatoria del odio de ambos pueblos; antes bien, esperaba apagar para siempre, el fuego de su rivalidad inveterada, y de sus antiguas contiendas; y como mi abuelo Richmond juntó las dos rosas después de guerras sangrientas, me seducía la idea de reunir en paz las dos coronas de Escocia y de Inglaterra.

BURLEIGH.- Torcida, senda habíais seguido para llegar a ese fin, porque después de poner el rei-no en conflagración, intentabais subir al trono acompañada de las llamas de la guerra civil.

MARÍA.- No era ese mi propósito... ¿Cuándo lo pensé así, por Dios Todopoderoso? ¿En dónde están las pruebas?

BURLEIGH.- No he venido aquí para disputar. Este asunto no ha de resolverse por una discusión de palabras. Se ha declarado, por cuarenta votos contra dos, que habíais delinquido contra el acta del año anterior, y merecíais la pena señalada por la ley. Se decretó el año último que, si se suscitaba un tu-multo en el reino, bajo del nombre y en provecho de cualquiera, que pretextase tener derecho a la corona, se procedería contra ella judicialmente, hasta condenarla a la pena de muerte... Y como se ha probado...

MARÍA.- ¡Milord Burleigh! No dudo que una ley, hecha expresamente contra mí para perderme, se aplique en daño mío... ¡Desdichada la víctima, cuando el mismo que formó la ley pronuncia la sentencia! ¿Os atreveréis a sostener, milord, que ese acta no se aprobó sino para perderme?

BURLEIGH.- Debía serviros de aviso, y, por culpa vuestra, ha sido un lazo para vuestro mal. Visteis el abismo, que se abría ante vuestros ojos, y no obstante la leal advertencia que se os hacía, os habéis precipitado dentro. Estabais en inteligencia con Babington, reo de lesa majestad, y con los asesinos, sus cómplices. Todo lo sabíais, y, desde vuestro encierro, dirigíais el plan de la conjuración.

MARÍA.- ¿Cuándo ha sido esto? Que se me pruebe legalmente.

BURLEIGH.- Ante el tribunal se ha probado así hace poco.

MARÍA.- ¡Copias de documentos, no escritos, por mi mano! Que se demuestre que yo misma los he dictado, y que los he dictado en la misma forma en que se han leído.

BURLEIGH.- Babington, antes de morir, ha declarado que eran los mismos que él había recibido.

MARÍA.- Y ¿por qué no se ha careado conmigo, mientras vivía? ¿Por qué ese afán de matarlo, antes de traerlo aquí, para que lo afirmase en mi presencia?

BURLEIGH.- Vuestros dos secretarios también, Kurl y Nau, han testificado, bajo juramento, que son las cartas dictadas por vos y escritas por ellos.

MARÍA.- ¿Y se me condena por el testimonio de mis criados? ¿Se da fe y valor a quienes me venden, a mí que soy su reina, y a consecuencia de un acto, en que prueban su deslealtad para conmigo.

BURLEIGH.- Vos misma, en otra ocasión, habéis confesado que el escocés Kurl era hombre de virtud y de conciencia.

MARÍA.- Así pensaba yo... pero sólo se depura la virtud de una persona en la hora del peligro. La tortura ha logrado quizás hacerle decir y asegurar lo que ignoraba. Creyó salvarse con un falso testimonio, sin perjudicarme mucho a mí, su reina.

BURLEIGH.- Lo ha jurado libremente.

MARÍA.- ¡No en mi presencia!... ¿Es posible, caballero, que dos testigos, que viven, no se traigan aquí, para que declaren ante mí, que soy la acusada? ¿Por qué se me niega una gracia, más bien dicho, un derecho, que no se rehusa a un asesino? Me ha dicho el mismo Talbot, mi anterior carcelero, que en este reinado se ha promulgado una ley, por la cual se manda que el acusador se confronte con el reo. ¿Es o no cierto?... Siempre, sir Paulet, os tuve por hombre sincero; probadlo ahora. Decidme, en conciencia, si es así o no. ¿No hay tal ley en Inglaterra?

PAULET.- Así es, señora. Esto es lo legal entre nosotros. Es preciso decir la verdad.

MARÍA.- Ahora bien, milord. Cuando se me aplican con tanta severidad las leyes inglesas, si me perjudican, ¿por qué prescindir de ellas, si me favorecen?... ¡Responded! ¿Por qué no se ha traído a Babington a mi presencia, cómo ordena la ley? ¿Por qué no se ha hecho lo mismo con mis secretarios, puesto que los dos viven?

BURLEIGH.- No os encolericéis, señora; vuestra complicidad con Babington consta no sólo...

MARÍA.- Ese es el único cargo que me expone a sufrir el rigor de la justicia, y el único de que debo defenderme. No os salgáis de la cuestión, milord. Apuradla ahora.

BURLEIGH.- Aparece probado que estabais de acuerdo con Mendoza, el embajador español.

MARÍA. (Con viveza.)- ¡No os salgáis de la cuestión, milord!

BURLEIGH.- Que proyectabais acabar con la religión del Estado, y excitar a todos los reyes de Europa a hacer la guerra a Inglaterra.

MARÍA.- ¡Y aunque fuera así! Pero no lo he hecho... Suponedlo cierto, no obstante. Estoy aquí prisionera, con violación del derecho de gentes. No vine en armas a este país sino suplicante, pidiendo sagrada hospitalidad y confiándome en una reina, unida a mí por los lazos de la sangre; y contra mí se ha empleado la fuerza, cargándoseme de cadenas, en vez de darme protección... ¡Decidme! ¿Oblíganme deberes de conciencia a respetar este reino? ¿Qué vínculos me ligan a Inglaterra? Yo ejerzo sólo un derecho indiscutible, al esforzarme en romper mis esposas en oponer una a otra resistencia, en mover y levantar a mi favor todos los Estados de esta parte del orbe. Puedo emplear todos los medios leales y justos, usados en una noble guerra. Mi orgullo y mi conciencia me prohíben tan sólo el asesinato, y tomar parte en conspiraciones tenebrosas y sangrientas. El asesinato me deshonraría y mancharía. Digo que me deshonraría, pero no sería bastante para condenarme, sometiéndome a la decisión de la justicia, porque, entre Inglaterra y yo, no se trata de una cuestión de justicia, sino de arbitrariedad.

BURLEIGH. (Con intención.)- No apeléis al terrible poder de la fuerza, milady; no es favorable a los prisioneros.

MARÍA.- Soy la parte más débil y ella la más fuerte... ¡Bien! que emplee la violencia, que me mate, que me sacrifique a su seguridad; pero que confiese antes que ha cometido un acto tiránico, no justo. Que no maneje la espada de la justicia para librarse de su odiada enemiga, ni disfrace con apariencias legales la fuerza bruta y la temeridad homicida. ¡Que no engañe al mundo con tan indigna farsa! Puede matarme, no juzgarme. Déjese, pues, de envolver el cuerpo del delito en la santa vestidura de la virtud, y que aparezca tal cual es. (Vase.)

ESCENA VIII

BURLEIGH, PAULET.

BURLEIGH.- Nos desafía, y nos desafiará, sir Paulet hasta al subir al cadalso. Es imposible humillar su orgullo. ¿Le ha sorprendido la sentencia? ¿Ha derramado una sola lágrima? ¿Se ha demudado siquiera su semblante? No apela a nuestra compasión. Bien comprende las dudas de la Reina de Inglaterra, y nuestro miedo le infunde valor proporcionado.

PAULET.- Su vana arrogancia, oh lord gran Tesorero, se desvanecerá pronto, desapareciendo el pretexto que la sostiene. Casi me atrevo a decir que en este proceso se han cometido algunas irregularidades. Se hubiera debido confrontarla con Babington y Tichburn, y sus dos secretarios...

BURLEIGH. (Con prontitud.)- ¡No! ¡No, caballero Paulet! No es posible correr ese riesgo. Harto temible era su imperio en los ánimos, y el poder de sus lágrimas de mujer. Su secretario Kurl, en su presencia ¿habría de pronunciar la palabra, de que pen-de la vida de su Reina?... Se retractaría con timidez, y, negaría su confesión...

PAULET.- Y así todos los enemigos de Inglaterra llenarán el mundo de odiosos rumores, y la verdad solemne del proceso se ostentará como un crimen osado.

BURLEIGH.- Tal es la pena de nuestra Reina. ¡Ojalá que la causa de tanto mal hubiese muerto antes de hollar con su planta el suelo británico!

PAULET.- A esto sólo digo: Amén.

BURLEIGH.- ¡Que no hubiera muerto en su prisión, de enfermedad natural!

PAULET.- Muchas desdichas hubiese ahorrado a este país.

BURLEIGH.- Y; sin embargo, aunque hubiera fallecido naturalmente, por casualidad... nos hubiesen llamado sus asesinos.

PAULET.- Es muy cierto. Imposible es evitar que los hombres piensen cuanto quieran.

BURLEIGH.- Pero como no se podría probar, sería mejor el escándalo.

PAULET.- Y ¿qué importa el escándalo? No es el ruido que se haga, es la justicia en que se funde.

BURLEIGH.- Hasta la justicia misma de Dios no se libra de la censura. La opinión común favorece al desdichado, y la envidia persigue siempre al feliz triunfante. La espada de la ley, que enaltece al hombre, es aborrecible en manos de una mujer. El mundo duda de la justificación de una señora, si la víctima es otra señora. Vanamente nosotros los jueces hemos fallado con arreglo a nuestra conciencia. La Reina tiene el derecho de hacer gracia, y lo ejercerá. No es tolerable que aplique, todo el rigor de las leyes.

PAULET.- Entonces...

BURLEIGH. (Interrumpiéndolo con prontitud.)¿Que vivirá? ¡No! ¡No vivirá! ¡De ningún modo! Esto, esto es precisamente lo que aflige a nuestra Reina... lo que impide su sueño... Leo en sus ojos la lucha de su alma, aunque nada digan sus labios; pero sus significativas y mudas miradas preguntan: ¿no hay ninguno de mis servidores que me libre de esa cruel alternativa, de entregar perpetuamente en mi trono, o de entregar de un modo horrible, al hacha del verdugo, a una Reina unida a mí por los lazos de la sangre?

PAULET.- Es una necesidad, que no se puede alterar en lo más mínimo.

BURLEIGH.- La Reina cree, sin embargo, lo contrario, si tuviera tan sólo servidores celosos.

PAULET.- ¿Celosos?

BURLEIGH.- Que comprendieran una orden tácita.

PAULET.- ¡Una orden tácita?

BURLEIGH.- Que cuando se les confía para su guarda una serpiente venenosa, no cuidasen al enemigo, que se les entrega como una joya sagrada y preciosa.

PAULET. (Pensativo.)- Alhaja de valor es la buena fama, la inmaculada reputación de la Reina, que, en verdad, nunca se guarda lo bastante, caballero.

BURLEIGH.- Cuando se privó de la custodia de la Reina a Shrewsbury, para encargarla a sir Pau-let, se hizo con el propósito...

PAULET.- Con el propósito, según juzgo, caballero, de depositar en las manos más puras el objeto más delicado. ¡Por, Dios Santo! No hubiera yo aceptado tan espinoso cargo de carcelero, si no pensara que sólo el hombre más honrado de Inglaterra podía desempeñarlo. Permitidme que me lisonjee la idea de que lo debo sólo a mi renombre honroso.

BURLEIGH.- Se difunde el rumor de que se debilita y enferma más cada día, hasta que, al fin, sucumbe; así muera ella en la memoria de los hombres... y vuestra fama nada padece.

PAULET.- No mi conciencia.

BURLEIGH.- Pero ya que no pongáis vuestra mano en esta empresa, no os opondréis a que otra mano extraña...

PAULET. (Interrumpiéndolo.)- Ningún asesino llegará a estos umbrales, mientras Dios proteja sus hogares. Su vida es sagrada para mí, tanto como la de la misma Reina de Inglaterra. Vosotros sois los jueces. ¡Fallad! Pronunciad la sentencia de muerte. Y cuando sea tiempo, que venga el carpintero con su hacha y sus sierras, y levante el cadalso... Para el Sheriff y para el verdugo estarán abiertas las puertas de mi castillo; pero ahora se halla confiada a mi custodia, y estad seguro de que la guardaré, y de tal suerte, que ni podrá ofender ni ser ofendida. (Vanse)

ACTO II

El palacio de Westminster.

ESCENA PRIMERA

EL CONDE DE KENT Y SIR GUILLERMO DAVISON se encuentran.

DAVISON.- ¿Sois vos, milord de Kent? ¿Ya de vuelta del torneo, y terminada la fiesta? KENT.- ¿Cómo?¿No habéis estado en ella? DAVISON.- Mi cargo me lo veda. KENT.- Habéis perdido el más bello espectá culo que puede inventar el buen gusto y ejecutar la dignidad y el noble acierto... Representábase el casto alcázar de la belleza, sitiada por los deseos... El lord Mariscal, el Juez Supremo, el Senescal y otros diez Caballeros de la Reina la defendían, y los caballeros franceses la atacaban. Primero se presentó un heraldo, que, por medio de un madrigal, pidió la rendición del castillo, replicándole desde éste el Canciller. Después jugó la artillería, lanzando los cañones ramilletes de flores, y esencias preciosas y perfumes desde el campamento de los sitiadores; pero en vano, porque los asaltos fueron rechazados, y los deseos, hubieron de retirarse.

DAVISON.- De mal agüero es esto, oh Conde, para el buen éxito de las bodas que se proyectan en Francia.

KENT.- Sí, sí; pero era una broma... Hablando con formalidad, creo, que la fortaleza acabará por rendirse.

DAVISON.- ¿Lo creéis así? Yo siempre lo contrario.

KENT.- Las condiciones más espinosas han si-do ya expuestas y razonadas, aprobándolas Francia. Monsieur se contenta con practicar su culto en una capilla particular, y en público honrar y proteger la religión del Estado... ¡Si hubieseis sido testigo del júbilo del pueblo cuando se difundió esta nueva! Porque toda la nación

estaba asediada por el miedo de que muriese la Reina sin dejar posteridad, y de sufrir de nuevo las cadenas del Papa, si la Estuardo le sucediera en el trono.

DAVISON.- Ese temor carece de fundamento... Cuando Isabel salga a celebrar su himeneo, María saldrá para ir al cadalso.

KENT.- ¡La Reina viene!

ESCENA II

Los mismos; ISABEL, del brazo de LEICESTER; ELCONDE DE AUBESPINE, BELLIEVRE, ELCONDE DE SHREWSBURY, LORDBURLEIGH, y otros muchos señores ingleses y franceses.

ISABEL. (A Aubespine.)- Siento, oh Conde, que estos nobles caballeros, por galantería, han atravesado el mar para venir aquí, y carezcan en Londres de las fiestas suntuosas de la corte de San Germán. No puedo yo inventarlas tan espléndidas como las de la Reina Madre de Francia... Un pueblo bueno y satisfecho, que, en cuanto me presento en público, acude presuroso a bendecirme alrededor de mi litera, es el único espectáculo, que puedo ofrecer con orgullo a los extranjeros. El brillo de las nobles señoras, que se ostenta en el Jardín de la Belleza de Catalina, me eclipsaría a mí misma y a mi oscuro mérito.

AUBESPINE.- La Corte de Westminster sólo muestra una señora a los extraños... pero en ella están reunidas todas las gracias de su sexo.

BELLIEVRE.- La Reina, Soberana de Inglaterra, nos permitirá que nos despidamos de ella, y que llevemos a Monsieur, nuestro señor, la nueva tan deseada por él, que ha de colmarlo de gozo. Su extremada impaciencia no le ha consentido quedarse en París; espera en Amiens a los mensajeros de su dicha, y hasta Calais llegan sus correos, para que el sí, pronunciado por vuestros reales labios, sea cuanto antes escuchado con éxtasis por sus oídos.

ISABEL.- Conde de Bellievre, no me instéis más. No es ahora ocasión, como ya os he dicho, de encender las alegres antorchas del himeneo. Un cielo oscuro pesa ahora, sobre este país, y más me conviene vestirme de negro crespón que de trajes nupciales, porque una desgracia deplorable amenaza a mi corazón y a mi casa.

BELLIEVRE.- Hacednos sólo una promesa, que se cumplirá en días más venturosos.

ISABEL.- Los Reyes son esclavos de su cargo, y no se atreven a obedecer sus sentimientos. Mi deseo era siempre morir célibe, y, fundaba en él toda mi gloria, y en que se leyese en mi sepulcro este epitafio: «Aquí yace, una Reina virgen.» Sin embargo, mis súbditos son de dictamen contrario, y se preocupan con afán del momento en que dejaré de existir... No hasta que este país esté ahora floreciente; he de sacrificarme también a su dicha futura, y he de renunciar, por tanto, a mi libertad virginal, a mi bien más caro, por complacer a mi pueblo, y darme un dueño contra mi voluntad. Pruébame así que sólo soy para él una mujer, cuando yo me proponía gobernarlo como un hombre y como un monarca. Sé perfectamente que no se sirve a Dios contrariando la naturaleza, y que son dignas de alabanza mis antecesoras por haber abierto los conventos, devolviendo a la realidad, para cumplir los deberes naturales, a millares de víctimas de una piedad mal entendida. Pero una Reina que no pasa su tiempo ociosa en inútil contemplación, que, sin quejarse, ni cansarse, cumple los más penosos deberes, ha de estar exenta de la regla general de su sexo, en cuya virtud la mitad del humano linaje ha de someterse a la otra mitad.

AUBESPINE.- Habéis hecho brillar en el trono, oh Reina, todas las virtudes, y únicamente os resta dar a vuestro sexo, cuyo ornamento sois, eterno ejemplo de las que le son peculiares. Sin duda no hay hombre alguno, cuyos méritos sean suficientes para que le sacrifiquéis vuestra libertad; pero cuando el nacimiento, el poder supremo, la virtud heroica y la viril belleza pueden hacer a un hombre digno de tal honor, entonces...

ISABEL.- No hay duda, Sr. Embajador, que me honra el casamiento con un hijo real de Francia. Sí, lo confieso con franqueza. Si no puedo resistir las instancias de mis súbditos, y he de ceder a ellas, temiendo que han de ser más fuertes que mi voluntad, no conozco ningún Príncipe en toda Europa, a quien sacrificaría yo más satisfecha, mi bien más precioso, que es mi libertad. Básteos esta confesión.

BELLIEVRE.- Es una esperanza halagüeña; pero al fin sólo una esperanza, y mi señor desea algo más.

ISABEL.- ¿Qué desea? (Saca una sortija de sus de-dos, y la contempla pensativa.) ¿Ninguna ventaja ha de tener una Reina sobre otra mujer cualquiera? Un mismo signo expresa iguales deberes e igual servidumbre... Un anillo termina un himeneo, y anillos forman una cadena... Llevad este don a S.A. No es el eslabón de una cadena para mí; pero puede serlo más adelante.

BELLIEVRE. (Que se arrodilla y recibe el anillo.)En su nombre, oh gran Reina, acepto yo de rodillas este obsequio y en señal de homenaje deposito un beso en la mano de mi Princesa.

ISABEL. (Al Conde de Leicester, a quien ha mirado atentamente mientras antes hablaba.)-Permitid, milord. (Coge un cordón azul, y lo pone a Bellievre.) Imponed esta insignia en S. A., como yo hago con vos, al obligaros a los deberes de mi orden. Homni soit qui mal y pense! Que toda sospecha desaparezca entre ambas naciones, y que un vínculo de amistad estreche en lo futuro las dos coronas de Francia y de Inglaterra.

AUBESPINE.- Este día, oh Reina soberana, es día de júbilo. ¡Séalo para todos, y no haya desdichado alguno en esta isla! La bondad brilla en vuestra mirada. ¡Oh! ¡Que un rayo de esa luz plácida llegue hasta la desventurada Princesa, que pertenece por igual a Francia y a Inglaterra!

ISABEL.- ¡Basta, Conde! No confundamos dos asuntos completamente diversos. Si Francia desea con sinceridad mi alianza, ha de compartir también mis cuidados, y no ser amiga de mis enemigos.

AUBESPINE. - Indigna parecería Francia a los ojos de, V. R. M., si olvidase a la desdichada, que profesa su misma religión, y es viuda de su Rey... Antes bien, el honor y la humanidad exigen...

ISABEL.- Ya sé cómo debo apreciar su intercesión en este sentido. Francia cumple un deber de amistad. A mí toca cumplir los míos de Reina. (Saluda a los señores franceses, que se retiran respetuosamente con los lores.)

ESCENA III

ISABEL, LEICESTER, BURLEIGH, TALBOT. (La Reina se sienta.)

BURLEIGH.- Hoy, oh Reina gloriosa, realizáis los votos más fervientes de vuestro pueblo. Ya ahora, por vez primera, nos llenan de júbilo los días de ventura, que nos concedéis, puesto que no contemplamos temblando lo porvenir, antes tan oscuro. Sólo un temor aflige ahora a este país; sólo hay una víctima, cuyo sacrificio pido. Hacedle asimismo esta gracia, y el día de hoy fijará para siempre la felicidad de Inglaterra.

ISABEL.- ¿Qué más desea mi pueblo? Hablad, milord.

BURLEIGH.- ¡Pide la cabeza de Maria Estuardo!... Ha de morir, si queréis afianzar para vuestros súbditos el don precioso de la libertad y, la luz de la verdad, a tanta costa adquirida... Vuestra enemiga ha de sucumbir, si no hemos de temblar perpetuamente por vuestra importante vida... Sabéis que no todos los ingleses tienen las mismas creencias religiosas, y que el culto idólatra, de Roma cuenta en nuestro país con muchos secretos sectarios. Todos ellos abrigan pensamientos hostiles a vuestro trono, suspiran por esa Estuardo, y están de acuerdo con sus hermanos de Lorena, enemigos irreconciliables de vuestro nombre. Este partido furioso ha jurado haceros una guerra de exterminio, empleando las pérfidas armas del infierno. En Reims, en el domicilio del Cardenal, es

en donde se forjan los rayos de sus iras, y en donde se enseña el regicidio... de allí se envían emisarios celosos y fanáticos a la isla con toda suerte de disfraces... de allí ha venido ay el tercer asesino, y ese antro vomitará perpetuamente nuevos y ocultos enemigos... Y en el castillo de Fotheringhay habita la que mueve esta guerra eterna, la qua abrasa este reino con la antorcha del amor, la que, por las esperanzas lisonjeras, que hace a la juventud, la arrastra a una muerte cierta... Libertarla, es el pretexto, y el fin, colocarla en vuestro trono. Porque esa familia de Lorena no reconoce vuestros derechos sagrados, y sois para ella una usurpadora, coronada por la fortuna. Ellos son los que han inducido a esa loca a titularse Reina de Inglaterra. No hay paz posible con ella y con su raza. Debéis dar o sufrir ese golpe; ¡vuestra vida es su muerte, su muerte es vuestra vida!

ISABEL.- Desempeñáis, milord, un triste cargo. Conozco la pureza de vuestro celo y la prudencia consumada que os inspira; pero detesto de todo corazón esa prudencia, que pide sangre. Meditad otro consejo más humano... Noble lord de Shrewsbury, ¿qué opináis?

TALBOT.- Tributáis merecida alabanza al patriotismo, que anima al pecho fiel de Burleigh... Aunque mi elocuencia no sea igual a la suya, tampoco es menor mi celo. ¡Ojalá que viváis luengos años para hacer la ventura de vuestros súbditos, y perpetuarla en el reino! Jamás ha sido este pueblo tan dichoso, desde que sus reyes lo gobiernan. Pero yo no comprendo prosperidad a costa de su gloria, o, por lo menos, que se cierren para siempre los ojos de Talbot antes que esto suceda.

ISABEL.- ¡Líbrenos Dios de deslustrar nuestra gloria!

TALBOT.- Entonces es preciso inquirir otro medio para salvar el reino... porque el suplicio de María Estuardo es injusto. No podéis pronunciar una sentencia, no siendo ella vuestro súbdito.

ISABEL.- Así, mi Consejo de Estado y mi Parlamento están equivocados, y también todos los tribunales ingleses, puesto que todos ellos, unánimes, me atribuyen ese derecho.

TALBOT.- La unanimidad de votos no es la prueba de la justicia, ni Inglaterra es el mundo, ni vuestro Parlamento la humanidad entera. La Inglaterra de hoy no es la de ayer, ni la de mañana... De la misma manera que la pasión muda, así suben o bajan las olas instables del juicio. No digáis que debéis obedecer a la necesidad y a las instancias de vuestro pueblo. En cuanto lo ensayéis en cualquiera ocasión, os convenceréis de que vuestra voluntad es libre. ¡Intentadlo! Declarad que tenéis horror a la sangre, que queréis salvar la vida de vuestra hermana; indignaos formalmente contra quienes os han aconsejado lo contrario, y en el instante desaparecerá esa necesidad, y la justicia se trocará en el acto en injusticia.. Vuestra Majestad ha de juzgar sólo a V.

M. No es posible que os apoyéis en caña tan frágil. Seguid tan sólo las inspiraciones de vuestra natural bondad. Dios no ha hecho cruel el corazón de la mujer, sensible de suyo,... y los fundadores de este reino, al permitir que las riendas del gobierno pudieran confiarse a una mujer, demostraron que el rigor en este país no debe ser la virtud de sus soberanos.

ISABEL.- El Conde de Shrewsbury es ardiente defensor de mi enemiga y de la de mi reino. Prefiero los consejeros adictos a mis intereses.

TALBOT.- Ningún defensor se le concede; nadie osa hablar en su favor, y afrontar vuestra cólera... Permitid, pues, a un anciano, ya al borde del sepulcro, que no se deje arrastrar por ninguna esperanza mundana, y defender a una mujer abandonada. No se diga que, en vuestro Consejo de Estado sólo se ha oído la voz de la pasión y del interés personal, y que sólo la de la caridad ha estado muda. Todo se ha conjurado contra ella.

Nunca habéis visto su rostro, y nada habla en vuestro corazón contra esa extranjera... Nada digo de sus faltas. Cuéntase que ha hecho asesinar a su esposo, y en verdad que se ha desposado con su asesino. Es un gran crimen... Pero esto ocurrió en una época triste y calamitosa, en medio de las inquietudes de una guerra civil, cuando ella, débil, se veía rodeada de vasallos exigentes, y se arrojó en los brazos del más fuerte. ¿Quién puede averiguar cuáles fueron los artificior de él para triunfar? La mujer es un ser flaco.

ISABEL.- La mujer no es un ser débil. Las hay fuertes en ese sexo... No consiento, que, en mi presencia, se hable de la debilidad de las mujeres.

TALBOT.- La desdicha ha sido para V.M. una escuela severa. La vida no se presentó en un principio a V.M. bajo su aspecto más lisonjero; veíais un trono a lo lejos, y a vuestros pies un sepulcro. En Woodstock, en la oscuridad de una prisión, fue en donde Dios, elemento protector de este país, os educó en la desgracia, para el cumplimiento de vuestros deberes. Allí no os buscaba ningún adulador. Temprano aprendisteis, lejos de los vanos ruidos del mundo, a recoger vuestro espíritu, a reflexionar, a apreciar los bienes verdaderos de la existencia... Dios no se cuida de salvar a esa infortunada. Llevada a Francia desde niña, Vivió en una corte frívola, y entregada a frívolos placeres. Allí, en la embriaguez continua de sus fiestas, jamás oyó la voz severa de la verdad. Deslumbróla el esplendor del vicio, y fue arrastrada por el torrente del desorden. Tocóle en suerte el vano don de la belleza, eclipsando con ella a todas las demás mujeres, y superándolas en hermosura como en nacimiento...

ISABEL.- ¡Reflexionad en lo que decís, milord Shrewsbury! Recordad que celebramos un consejo importante. Extraordinarios han de ser los encantos que inflaman de tal modo a un anciano. ¡Lord Leicester! ¿Sólo voz calláis? ¿Lo que a él hace hablar, os enmudece?

LEICESTER.- La sorpresa me obliga a enmudecer, oh Reina, cuando llegan a mis oídos los terrores que tales cuentos excitan en la credulidad del populacho de las calles de Londres, y que llegan hasta el centro tranquilo de vuestro Consejo, y preocupan seriamente a hombres graves. Me admira, yo lo confieso, que esta Reina de Escocia, sin reino, incapaz de conservar su insignificante trono, juguete de sus vasallos, y expulsada por ellos, os llene de horror desde su prisión... ¡Por Dios Todopoderoso! ¿Cuál es el motivo? ¿Acaso sus pretendidos títulos a la corona de Inglaterra? ¿Que los Guisas se oponen a reconoceros? ¿Esta oposición de los Guisas puede debilitar el derecho, que os da vuestro nacimiento y que ha sancionado el país. ¿No ha sido excluida tácitamente por la última voluntad de Enrique? Inglaterra, tan feliz con la nueva religión, ¿se echará en los brazos de una papista? ¿Os abandonará, siendo su Reina adorada, por correr hacia la homicida de Darnley? ¿Qué se proponen esos hombres inquietos, que os atormentan en vida con la palabra de heredera, y, que no pueden casaros con la prontitud deseada, para salvar del peligro a la Iglesia y al Estado? ¿No estáis aún en la fuerza de la juventud, mientras que ella se aproxima más a la tumba cada día? ¡Por el cielo! Espero que, durante muchos años, os pasearéis por su sepulcro, sin precipitaros en él, obligada por la necesidad...

BURLEIGH.- Lord Leicester no ha opinado siempre así...

LEICESTER.- Es verdad; yo he votado su muerte en el Tribunal... En el Consejo de Estado, mi lenguaje es diverso. Aquí no se trata de lo justo, sino de lo útil. ¿Es ahora ocasión de temer esos peligros, cuando la Francia, su único apoyo, la abandona? Cuando vais a dar vuestra mano al hijo de su Rey y hacerlo feliz, y cuando la esperanza de vuestra sucesión regocija de tal modo a este país, ¿a qué matarla así? Ya está muerta; el menosprecio es la verdadera muerte. Guardaos de que la compasión la resucite. Mi opinión es, por tanto, que se deje en toda su fuerza la sentencia, que la condena a ser

decapitada, y que viva... pero que viva bajo el hacha del verdugo, sufriendo aquel suplicio en cuanto un solo brazo se arme en su favor.

ISABEL. (Levantándose.)- He oído, oh milores, vuestros pareceres, y os doy gracias por vuestro celo. Con ayuda de Dios, que ilustra a los Reyes, examinaré las razones en que se apoyan, y elegiré lo mejor.

ESCENA IV

Los mismos, y PAULET y MORTIMER.

ISABEL.- He aquí a Amias Paulet. Sir Paulet, ¿a qué vienes?

PAULET.- Mi sobrino, oh Reina gloriosa, regresa de sus largos viajes, se pone a vuestros pies, y os ofrece el homenaje de sus votos juveniles. Recibidlo con bondad, y que lo ilumine el sol de vuestra gracia.

MORTIMER. (Hincando una rodilla.)-¡Viva mi Reina luengos años, y sean la dicha y la gloria la aureola de su frente!

ISABEL.- ¡Levantaos! Sed el bienvenido a Inglaterra, caballero. Habéis hecho largo viaje, visitado a Francia y Roma, y os habéis detenido en Reims. Decidme, ¿qué traman nuestros enemigos?

MORTIMER.- ¡Que Dios los confunda, y vuelva contra sus pechos los dardos que lanzan contra mi Reina!

ISABEL.- ¿Habéis visto a Morgan, y al intrigante Obispo de Ross?

MORTIMER.- He conocido a todos los escoceses desterrados, que en Reims urden planes contra esta isla. Me he insinuado en su confianza, con el propósito de descubrir sus proyectos.

PAULET.- Cartas misteriosas cifradas se le han dado para la Reina de Escocia, que leal nos entrega.

ISABEL.- ¿Sabéis cuáles son sus últimos proyectos?

MORTIMER.- Como un rayo ha sido para ellos que Francia os abandone, y que concluya firme alianza con Inglaterra. Ahora vuelven sus ojos a España.

ISABEL.- Así me lo ha escrito Walsingham.

MORTIMER.- En el momento de dejar yo a Reims, llegó allí una bula de Sixto V, lanzada contra
V.M. desde el Vaticano, que traerá a esta isla el pri
mer buque que venga. LEICESTER.- Inglaterra no teme tales armas.

BURLEIGH.- Serán temibles en manos de un fanático.

ISABEL. (Mirando a Mortimer con intención.)- Os culpan de haber frecuentado las escuelas de Reims, y haber abjurado vuestras creencias.

MORTIMER.- ¡Lo he fingido así, no lo niego! ¡Tan grande era mi deseo de servir a V.M.!

ISABEL. (A Paulet.)- ¿Qué papel es ese?

PAULET.- Es un escrito que os dirige la Reina de Escocia.

BURLEIGH. (Intentando apoderarse de él con precipitación.) Dadme esa carta.

PAULET. (Entregándola a la Reina.)-¡Perdonad, lord gran Tesorero! Me encargó que la entregase en la propia mano de la Reina. Siempre me dice que yo soy su enemigo, y lo soy sólo del vicio. Cuanto esté conforme con mi deber, lo hago por ella con la mejor voluntad del mundo. (La Reina ha tomado la carta; y mientras la lee, Leicester y Mortimer hablan en secreto algunas palabras.)

BURLEIGH. (A Paulet.)- ¿Qué dirá esa carta? Vanas quejas, con las cuales se intenta conmover el compasivo corazón de la Reina.

PAULET.- No me ha dicho lo que contiene. Pida una audiencia a la Reina.

TALBOT.- ¿Por qué no? No es injusto lo que pretende.

ISABEL.- La gracia de ver a la Reina no la merece de modo alguno, cuando ha excitado a otros a asesinarla, y está sedienta de su sangre. Quien quiera parecer leal a su soberana, no puede darle ese consejo falso y traidor.

TALBOT.- Si la Reina acuerda complacerla, ¿os opondréis a ese movimiento caritativo de su clemencia, dejando libre curso al rigor de la ley?

ISABEL.- Andad, milores. Nos encontraremos el medio de unir convenientemente las inspiraciones de la gracia con las exigencias de la necesidad. Ahora, retiraos. (Vanse los lores: llama a Mortimer al llegar a la puerta.) ¡Sir Mortimer! una palabra.

ESCENA V

ISABEL Y MORTIMER.

ISABEL. (Después de fijar en él algún tiempo su mirada penetrante.)- Habéis demostrado valor singular, y un gran dominio de vos mismo, siendo tan joven. Quien con tanta anticipación ha sabido practicar tan bien el arte del disimulo, adelantándose a vuestra edad, merece que se abrevien también sus pruebas... El destino os ofrece una carrera brillante; os lo profetizo, y está en mi mano, por dicha vuestra, realizarla.

MORTIMER.- Lo que puedo y lo que soy, Reina gloriosa, está a vuestro servicio.

ISABEL.- Habéis aprendido a conocer a los enemigos de Inglaterra. Su odio, contra mí es implacable, e incesante su inventiva en fraguar planes sangrientos. Hasta hoy, a la verdad, me ha protegido el Todopoderoso; pero mi corona vacilará en mi cabeza, mientras viva la que sirve de pretexto a su celo fanático, y dé aliento a sus esperanzas.

MORTIMER.- Dejará de vivir en cuanto V.M. lo ordene.

ISABEL.- ¡Ay de mí, caballero! Imaginaba haber llegado al término, y me encuentro ahora al principio de mi carrera. Yo quería dejar obrar las leyes, y conservar mis manos puras de sangre. La sentencia se ha pronunciado. ¿Qué gano yo? ¡Hay que cumplirla, Mortimer! Yo debo decretar su ejecución. Su odiosidad ha de recaer sobre mí. Debo, aprobarla, y no me es dable salvar las apariencias. ¡Esto es lo peor!

MORTIMER.- ¿Qué importa a V.M. la desnuda apariencia en una causa justa?

ISABEL.- No conocéis el mundo, caballero. Se juzga de lo real por lo aparente, y nadie se cuida de lo primero. A ninguno convenzo de mis derechos. De aquí mi afán de que la participación, que yo tenga en su muerte, se quede siempre en una eterna duda. En hechos de aspecto doble, la oscuridad es la única salvación; confesar, lo peor, y en no cediendo en nada, nada se pierde.

MORTIMER. (Con intención.)- Lo mejor sería, pues...

ISABEL. (Con viveza.)- Sin duda sería lo mejor... Mi ángel de la guarda habla en vuestros labios. Proseguid, pues acabadlo, apreciable caballero. Sois formal, llegáis hasta la razón principal en los negocios, y sois muy distinto de vuestro tío...

MORTIMER. (Sorprendido.)- ¿Ha revelado V.M. su deseo al caballero...?

ISABEL.- Me arrepiento de haberlo hecho.

MORTIMER.- Disculpad a ese anciano. Los años le han infundido escrúpulos. Esos golpes atrevidos exigen la osadía de la juventud.

ISABEL. (Con viveza.)- ¿Puedo yo contar con...?

MORTIMER.- Servirá mi mano a V.M., que cuidará como pueda de su fama...

ISABEL.- Sí, caballero; cuando me despertéis una mañana con la nueva de que «María Estuardo, la encarnizada enemiga de V.M. ha muerto aquella noche...»

MORTIMER.- ¡Contad conmigo!

ISABEL.- ¿Cuándo podré dormir en paz?

MORTIMER.- En el mes próximo cesarán vuestros temores.

ISABEL.- ¡Adiós, señor Mortimer! No os cuidéis de que mi gratitud, para manifestarse, se envuelva en las tinieblas de la noche... El misterio es la deidad de los dichosos... Los lazos más estrechos son los tiernos que el secreto aprieta. (Vase.)

ESCENA VI
MORTIMER, solo.
MORTIMER.- ¡Vete, Reina hipócrita y falsa! Como tú engañas al mundo, así yo a ti. Es bueno, es hasta justo venderte. ¿Tengo yo trazas de asesino? ¿Has leído acaso en mi frente la desvergonzada propensión al crimen? Te fías de mi brazo y guardas el tuyo. Ofrece a los demás la piadosa y falsa apariencia de la clemencia. Mientras que tú cuentas con mi ayuda para asesinarla, ganaremos tiempo para librarla. Quieres ascenderme... con intención me muestras a lo lejos una rica recompensa... y aunque fueses tú misma y tus favores de mujer ese premio, ¿quién eres tú, desventurada hasta el extremo, y qué puedes tú dar? No me seduce la ambición de una vana gloria. Sólo al lado de ella ofrece encantos la vida... ¡A su derredor, formando alegre coro, vuelan las gracias divinas, y la felicidad que da la juventud! La dicha del cielo reside en su seno y tú no puedes conceder sino placeres helados. La gala más preciada de la existencia, la de los corazones, que, seductores y seducidos, se abandonan unos a otros en olvido tierno, la verdadera diadema de la mujer, nunca la poseíste, porque tu amor no ha hecho bienaventurado a ningún hombre. He de aguardar a ese lord para entregarle una carta. ¡Odiosa comisión! No siento en mí cualidad alguna para cortesano. Yo mismo puedo salvarla, yo solo; que el peligro, la gloria y el premio sean para mí solo. (Al salir se encuentra a Paulet.)
ESCENA VII
MORTIMER Y PAULET.
PAULET.- ¿Qué te decía la Reina?
MORTIMER.- ¡Nada, señor...! Nada... importante.
PAULET. (Mirándolo severo.)- ¡Oye, Mortimer! La tierra, que huellas es resbaladiza y engañosa. Atrae el favor de los Reyes, y la juventud es ambiciosa... ¡Que no te extravíe!
MORTIMER.- ¿No habéis sido vos mismo quien me ha llamado la corte?
PAULET.- Quisiera no haberlo hecho. Nuestra familia no ha ganado sus honores en la corte. ¡Fir-me, pues, sobrino mío! No compres demasiado caro. No desoigas la voz de la conciencia.
MORTIMER.- ¿Qué pensáis? ¿Qué os inquieta?
PAULET.- Por estimadas que sean las grandezas que la Reina te prometa... no te fíes de sus palabras lisonjeras. Cuando la hayas obedecido renegará de ti; querrá mantener su nombre inmaculado, y vengará el crimen que ella misma te ha ordenado.
MORTIMER.- ¿El crimen decís?
PAULET.- ¡Lejos de mí oí disimulo! Sé lo que te ha indicado la Reina. Espera que tu juventud ambiciosa será más complaciente que mi ancianidad inflexible. ¿Se lo has prometido? ¿Has tú...?
MORTIMER.- ¡Tío!
PAULET.- Si lo has hecho, te maldigo y reniego de ti...
LEICESTER. (Que sobreviene.)-Permitidme, respetable señor, que hable una palabra con vuestro sobrino. La Reina siente en su favor grande inclinación, y desea que se le deje, sin condiciones, la custodia de María Estuardo... Fíase de su honradez...
PAULET.- ¿Que se fía?... ¡Bien!
LEICESTER.- ¿Qué decís, caballero?
PAULET.- Que la Reina se fía de él, y que yo, milord, me fío de mí, y veo bien con mis ojos abiertos. (Vase.)
ESCENA VIII
LEICESTER Y MORTIMER.
LEICESTER. (Admirado.)- ¿Qué piensa ese caballero?

MORTIMER.- No lo sé... La confianza inesperada que la Reina me dispensa...
LEICESTER. (Mirándolo con intención.)- ¿Merecéis, caballero, que se tenga confianza en vos?
MORTIMER. (Lo mismo.)- Eso mismo os digo, milord Leicester.
LEICESTER.- ¿Tenéis algo secreto que decirme?
MORTIMER.- Probadme antes que puedo hacerlo.
LEICESTER.- ¿Quién me garantizará en cuanto a vos...? Que no os ofendan mis sospechas. Noto que en esta corte os mostráis bajo doble aspecto... Uno es necesariamente falso; pero ¿cuál es el verdadero?
MORTIMER.- Así me aparecéis a mí, Conde de Leicester.
LEICESTER.- ¿Quién es el primero que ha de mostrar confianza en el otro?
MORTIMER.- El que arriesgue menos.
LEICESTER.- Entonces sois vos.
MORTIMER.- ¡Vos! Vuestro testimonio, el de un lord poderoso e influyente, puede perderme, y el mío sería impotente contra vuestro favor y vuestro rango.
LEICESTER.- ¡oS equivocáis, señor! En otra cualquiera cosa soy yo aquí influyente; sólo en ésta, tierna por su índole, que he de confiar a vuestra buena fe, soy en la corte el de menos valer, y puede perderme el testimonio más despreciable.
MORTIMER.- Ya que el todopoderoso lord Leicester se rebaja ante mí hasta hacerme tal confesión, yo debo elevarme tanto más, y darle un ejemplo de magnanimidad.
LEICESTER.- Dadme una prueba de confianza, y os seguiré en ese Camino.
MORTIMER. (Dándole la carta.)- Viene de la Reina de Escocia.
LEICESTER. (Asustado, se apodera de ella precipitadamente) Hablad en voz baja, caballero... ¿qué veo? ¡Ah! ¡Es su retrato! (Lo besa, y la contempla extasiado.)
MORTIMER. (Que lo ha observado atentamente.)-Milord, ahora me fío de vos.
LEICESTER.- (Después de leer rápidamente la carta.)- Sir Mortimer, ¿sabéis lo que dice la carta?
MORTIMER.- Nada sé.
LEICESTER.- ¿Cómo? Sin duda os ha confiado...
MORTIMER.- Nada me ha confiado. Díjome que vos me descifraríais este enigma. Porque lo es para mí que el Conde de Leicester, favorito de Isabel, enemigo declarado de María, y uno de sus jueces, haya de ser el hombre que la salve en su desdicha... Y, sin embargo, ha de ser así, porque vuestros ojos dicen claramente cuáles son vuestros sentimientos respecto de ella.
LEICESTER.- Decidme vos antes cómo se ex-plica que mostréis tanto interés por su suerte, y que hayáis obtenido, su confianza.
MORTIMER.- Milord, puedo explicároslo en pocas palabras. He abjurado en Roma mi religión, y estoy de acuerdo con los Guisas. Una carta del Arzobispo de Reims me ha acreditado cerca de la Reina de Escocia.
LEICESTER.- Sé que habéis variado de religión, y tal es la circunstancia que os ha granjeado mi afecto. Dadme la mano, y perdonad mis sospechas. Toda mi reserva es poca, porque Walsingham y Burleigh me odian, y sé además que me acechan para tenderme lazos. Podríais ser hechura e instrumento suyo para atraerme a sus redes...
MORTIMER.- ¿Cómo un señor tan poderoso ha de dar pasos tan pequeños en esta corte? Os ten-go lástima, Conde.
LEICESTER.- Gozoso me abandono, pues, en brazos de mi amigo fiel, en los cuales me veo libre de una larga tiranía que me atormenta. Os admiráis, caballero, de que al corazón haya cambiado tan pronto respecto a María. A la verdad, no la odié nunca... Las circunstancias de la época me han hecho su adversario. Muchos años hace, como sabéis que me estaba prometida, antes que diera su mano a Darnley, cuando la rodeaba todavía

el esplendor de su grandeza. Yo rechacé entonces con frialdad este honor; y ahora que está prisionera, y a las puertas de la muerte, quisiera poseerla con peligro de mi vida.

MORTIMER.-Esto se llama obrar magnánimamente.

LEICESTER.- Las cosas han mudado mucho desde entonces, caballero. Mi ambición me hacía insensible a la juventud y a la belleza. Mi matrimonio con María me parecía harto insignificante, y me lisonjeaba alcanzar la mano de la Reina de Inglaterra.

MORTIMER.- Sábese que os prefería a todos los demás hombres...

LEICESTER.- Así parecía, Mortimer... y ahora, después de diez años de hacerle la corte sin descanso, y de vencerme con gran repugnancia... ¡Oh, caballero! Mi corazón, se desgarra, y es preciso que sacuda tan penoso disgusto... Me creen feliz... ¡Si se supiese cuán pesadas son las cadenas que me envidian...! Después de haber sacrificado diez años largos y amargos a los ídolos de su vanidad; después de haber sufrido, como un esclavo, sus inconstantes caprichos de sultana; después de ser el juguete de sus extravagancias infinitas y pequeñas, ya acariciándome su ternura, ya rechazándome su orgullo y su castidad fingida, atormentándome por igual con sus favores y con su rigidez, guardándome, como a un cautivo, los ojos de Argos de sus celos, interrogado por mis acciones como un niño e injuriado como un lacayo... ¡Oh! Las palabras no bastan para expresar estos tormentos infernales.

MORTIMER.- Os compadezco, Conde.

LEICESTER.- Y al llegar al término de la jornada, se me escapa el premio merecido, porque sobreviene otro, que me roba el fruto de mi constante trabajo. Un esposo joven y poderoso me hace per-der los derechos, a tanta costa adquiridos. Véome obligado a descender del teatro, en donde representé por tanto tiempo el primer papel. El advenedizo amenaza arrebatarme, no sólo su mano, sino también su favor. Es ella mujer, y una mujer amable.

MORTIMER.- Es hija de Catalina, y ha aprendido en buena escuela el arte de la lisonja.

LEICESTER.- Se han desvanecido, pues, todas mis esperanzas... En este naufragio de mi dicha busco una tabla para salvarme... y mis ojos se vuelven hacia mis proyectos primitivos más seductores. La imagen de María, en todo el brillo de sus encantos, se me presentó de nuevo, y su juventud y su hermosura recuperaron todos sus derechos, entusiasmándome, no infundiéndome fría ambición y haciéndome sentir el valor de la joya que había perdido. La contemplo sumida en los profundos abismos de la desdicha, y sólo por mi culpa. Esto me ha hecho concebir la esperanza de salvarla y de poseerla. Logré descubrirle, por mediación de una mano fiel, el cambio sufrido en mis sentimientos, y esta carta que me traéis me dice que me perdona, y que será mía, si la salvo.

MORTIMER.- Pero nada habéis hecho por libertarla. Habéis consentido que sea condenada, y habéis votado su muerte. Sólo un milagro... la luz de la verdad ha debido iluminarme a mí, el sobrino de su carcelero, para que el cielo le deparase, en Roma y en el Vaticano, un salvador inesperado, porque de otra manera no hubiera encontrado medio de comunicarse con vos.

LEICESTER.- ¡Ah, Sr. Mortimer! ¡Bastantes han sido mis tormentos! Hacia ese tiempo fue trasladada del castillo de Talbot al de Fotheringhay, y confiada a la severa vigilancia de vuestro tío. Sin posibilidad de llegar hasta ella, me vi obligado ante el mundo a perseguirla; pero no creáis que yo la hubiese dejado llegar afligida hasta el suplicio. No; esperaba y espero aún impedir este extremo, hasta que encuentre un medio de librarla.

MORTIMER.- Existe ya ese medio... Vuestra noble confianza, Leicester, merece que yo corresponda a ella. Me propongo salvarla; con este objeto estoy aquí; los preparativos están ya hechos, y vuestra poderosa ayuda nos asegura un feliz éxito.

LEICESTER.- ¿Qué decís? Me asustáis. ¿Cómo? Queréis...

MORTIMER.-Abrir a la fuerza las puertas de su prisión. Tengo cómplices, y todo está pronto.

LEICESTER.- ¿Tenéis cómplices y confidentes? ¡Ay de mí! ¿A qué planes temerarios me arrastráis? ¿Y saben ellos también mi secreto?

MORTIMER.- Nada temáis. Se trazó el proyecto sin vuestra asistencia, y se ejecutará lo mismo, por si no quisiera ella deberos su libertad.

LEICESTER.- ¿Podéis, pues, asegurarme que mi nombre no se ha pronunciado en vuestra conjuración?

MORTIMER.- Estad tranquilo. ¿Cómo? ¿Tanto, oh Conde os asusta una nueva que os favorece? Queréis librar a María y poseerla, y de repente, cuando menos lo esperabais, caen como llovidos del cielo los medios más eficaces de lograrlo... ¿y mostráis más temor que alegría?

LEICESTER.- Pero no empleando la violencia. La empresa es harto arriesgada.

MORTIMER.- La dilación lo es también.

LEICESTER.- Os afirmo, caballero, que no se debe tentar ese camino.

MORTIMER. (Con amargura.)-¡No! ¡no por vos, que deseáis poseerla! Nosotros sólo nos proponemos salvarla, y no somos tan escrupulosos...

LEICESTER.- Os precipitáis demasiado, oh joven, en tan espinosa y temeraria senda.

MORTIMER.- Vos sois harto prudente en este negocio de honra.

LEICESTER.- Yo veo las redes que por todas partes nos rodean.

MORTIMER.- Tengo valor para romperlas todas.

LEICESTER.- ¡Locura, insensatez es ese valor!

MORTIMER.- No es valor tanta cordura.

LEICESTER.- ¿Deseáis morir como Babington?

MORTIMER.- No queréis imitar la grandeza de alma de Norfolk.

LEICESTER.- Norfolk no llevó a María, como esposa, a su hogar.

MORTIMER.- Probó que era digna de llevarla.

LEICESTER.- Por perdernos nosotros no la salvaremos.

MORTIMER.- Ni tampoco guardándonos del peligro.

LEICESTER.- Ni reflexionáis ni escucháis; la ciega impetuosidad acabará con todo, por bien pensado que estuviera.

MORTIMER.- ¿Habéis sido vos, acaso, el que ha puesto este asunto en buen camino?... ¿Cómo? Si yo fuera bastante criminal para asesinarla, como la Reina me lo ha ordenado, como ahora mismo espera que yo he de obedecerla... ¿qué habéis hecho para proteger su vida?

LEICESTER. (Admirado.)- ¿Os dio la Reina tan sangrienta comisión?

MORTIMER.- Se equivocó conmigo, como María con vos.

LEICESTER.- ¿Y lo habéis prometido? ¿Habéis...

MORTIMER.- Para que no pagara otras manos con el mismo fin, ofrecí yo las mías.

LEICESTER.- Hicisteis bien. Esto nos da tiempo. Ella espera vuestro punible servicio, su sentencia de muerte no se ejecuta, y ganamos mucho.

MORTIMER. (Impaciente.)-¡No! ¡perdemos la ocasión favorable!

LEICESTER.- Ya que cuenta con vos, pondrá mayor empeño en aparecer clemente ante los ojos del mundo. Quizás logre yo de ella, con maña, que vea a su rival, y que este paso la contenga. Burleigh tiene razón. La sentencia no se cumplirá, si ella la ve... Sí; lo intentaré, y haré todo lo posible...

MORTIMER.- ¿Y qué conseguiréis con eso? Si Isabel comprende que se ha engañado respecto a mí, si María continúa viviendo, ¿no vuelve a estar todo como antes? Nunca se verá libre. Lo menos que le puede suceder, es que sea condenada a prisión perpetua. Si al fin habrá que apelar a una resolución osada, ¿por qué no comenzar por ella? El poder está en vuestras manos; podéis reunir un ejército sólo con armar a la nobleza de vuestros numerosos castillos. María tiene muchos partidarios secretos. Las casas ilustres de los Howard y de los Percy, aunque hayan sucumbido sus cabezas, cuentan aún con numerosos héroes, y aguardan que un lord poderoso les dé el ejemplo. ¡Dejemos ya el disimulo! ¡Obremos abiertamente! ¡Defended, como caballero, a vuestra amada, y pelead noblemente por ella! Sois cuando queréis árbitro de la Reina de Inglaterra. Atraedla a vuestros dominios, a donde os ha seguido con frecuencia. Allí mostraos hombre. Hablad como soberano. Guardadla hasta que dé la libertad a María.

LEICESTER.- Me sorprendo y me asusto,... ¿a dónde os lleva el delirio? ¿Conocéis cuál es la tierra que holláis? ¿Sabéis lo que pasa en la corte? ¿con qué lazos estrechos el mando de esta mujer ha encadenado los ánimos? Buscad en vano el ardor heroico, que antes bullía en este país... Todo se halla sometido a ella, y sin vida los arranques generosos. Seguid bajo mi dirección. No seáis temerario... Alguien viene. ¡Idos!

MORTIMER.- María espera. ¿Vuelvo a llevarla vanos consuelos?

LEICESTER.- Llevadle el juramento de mi eterno amor.

MORTIMER.- ¡Llevadlo vos mismo! Ofrecí ser instrumento de su salvación, no su mensajero amoroso. (Vase.)

ESCENA IX

ISABEL Y LEICESTER.

ISABEL.- ¿Quién estaba en vuestra compañía? Oía hablar

LEICESTER. (Que se vuelve rápidamente algo turbado al oír a la Reina.)- Era sir Mortimer.

ISABEL.- ¿Qué tenéis, milord? ¡Tan confuso!

LEICESTER. (Reponiéndose)- Al veros... Jamás me habéis parecido tan seductora. Vuestra belleza me deslumbra.¡Ay de mí!

ISABEL.- ¿Porqué suspiráis?

LEICESTER.- ¿No tengo razón para suspirar? Cuando contemplo vuestros encantos, se renueva en mí el dolor inexplicable de la pérdida que me amenaza.

ISABEL.-¿Qué perdéis?

LEICESTER.- Vuestro corazón, a vos, tan digna de ser amada. Pronto seréis feliz en brazos de un joven y enamorado esposo, y poseerá exclusivamente vuestro cariño. Es de sangre real; yo no. Sin embargo, desafío al mundo entero que haya otro hombre, en toda la redondez de la tierra, que os adore más que yo. El Duque de Anjou no os ha visto jamás; ama sólo vuestra gloria y vuestro renombre; yo amo a vos sola. Aunque fueseis la más pobre pastora, y yo el príncipe más poderoso del orbe, descendería gustoso, desde mi altura, para deponer una diadema a vuestros pies.

ISABEL.- ¡Compadecedme, Dudley, no reconvenidme!... ¡No me atrevo a consultar mis, deseos! ¡Ay de mí! Otra fuera su elección. ¡Cuánto envidio yo a otras mujeres, que pueden realzar a quienes aman! No soy tan afortunada, que me sea lícito colocar una corona en las sienes del hombre, que prefiero a todos... A María Estuardo ha sido sólo dado entregar su mano con arreglo a su inclinación; ha hecho cuanto ha querido, ha apurado la copa, llena de todos los placeres.

LEICESTER.- Y ahora la más amarga del dolor.

ISABEL.- Se ha cuidado poco de la opinión pública. Ligera era la vida para ella, sin sufrir nunca el yugo, a que yo me sometí. Yo hubiera podido también consagrarme a gozar de la vida, a disfrutar de alegrías mundanas; pero he preferido cumplir los severos

deberes de Reina. Sin embargo, ella se ha granjeado la simpatía de todos los hombres, porque se propuso sólo ser mujer, y jóvenes y ancianos la aman. ¡Tan ávidos son todos de goces! Corren tras el placer frívolo, tras la alegría vulgar, y, no estiman lo que más debieran respetar. ¿No se ha rejuvenecido eso mismo Talbot al hablar de sus encantos?

LEICESTER.- ¡Perdonadlo! Fue un tiempo su guardián, y con sus artificios astutos, lo sedujo.

ISABEL.- ¿Pero tan grande es su belleza? Tantas veces he oído ponderar sus encantos, que quisiera saber a qué atenerme. Los cuadros mienten, los retratos engañan, y sólo me fiaría de mis propios ojos. ¿Por qué me miráis de un modo tan extraño?

LEICESTER.- Porque en mi imaginación os comparo con María. Quisiera tener la dicha, no lo oculto, si esto pudiera hacerse en secreto, de veros con María. Entonces, por vez primera, gozaríais plenamente de vuestro triunfo. Me recrearía su humillación, cuando, con sus mismos ojos... porque la envidia los tiene perspicaces... se convenciera de cuán superior sois a ella por la nobleza de vuestros rasgos, y cuán inferior ella a vos en todas las demás prendas.

ISABEL.- Ella es más joven.

LEICESTER.- ¿Más joven? No lo parece. ¡Acaso sus sufrimientos!... Ha podido envejecer también prematuramente.. Y lo que haría más amarga su pena, sería el veros ya desposada. No le sonríen las esperanzas más dulces de la tierra, y, al contrario, la felicidad viene a vuestro encuentro. ¿Y cuando sepa que estáis prometida al hijo del Rey de Francia, en la cual tanto confió siempre, enorgulleciéndose con su alianza, y aun contando ahora con su ayuda?

ISABEL. (Oponiéndose débilmente.)- Me atormentan para que la vea.

LEICESTER. (Con animación.)- Ella os lo pide como una gracia; concedédselo como un castigo. Menos la afligirá verse llevada al cadalso, que eclipsada por vuestros encantos. Así le dais el golpe mortal, que ella os preparaba... Al contemplar vuestra belleza, protegida por el honor, realzada por la gloria, y por la fama de una virtud sin mancha, a la cual desdeñó frívolamente, aun más preclara con el brillo de una corona, y ahora próxima al himeneo... sonará para ella su última hora. Sí... cuando os miro en este momento... comprendo que nunca, como en la ocasión presente, contáis con más motivos para obtener el triunfo de la belleza... Me habéis deslumbrado al entrar aquí, como si fuerais una aparición sobrenatural... ¿Cómo? Si ahora, si ahora mismo, como estáis, os presentaseis a ella... jamás encontraréis instante más propicio...

ISABEL.- ¡Ahora... no... no... ahora no, Leicester... ¡No!... Hay que reflexionarlo bien antes... con Burleigh.

LEICESTER. (Interrumpiéndola vivamente.) -¿Burleigh? Sólo piensa en el bien del Estado. Pero vuestro sexo tiene también sus derechos, que son de vuestra competencia exclusiva, y nada tienen que ver con el gobierno. Hasta la misma política ¿no exige que os conciliéis el favor público con un acto de generosidad? Después podréis deshaceros de esa odiosa enemiga de cualquier modo.

ISABEL.- No me conviene visitarla en la humillación y la miseria, estando unida a mí por los lazos de la sangre. Dícese que nada regio la rodea, y, presenciarlo yo, es exponerme a una reconvención.

LEICESTER.-No es necesario que os acerquéis a su prisión. Escuchad mi consejo. La casualidad nos sirve a maravilla. Hoy se celebra una gran cacería, con cuyo pretexto llegaréis a Fotheringhay. María Estuardo puede encontrarse en el parque, en donde penetráis como al azar. Que nada de esto parezca preparado de antemano, y si no os agrada, no le habláis...

ISABEL.- Si cometo una locura, vuestra es, no mía, Leicester. No quiero hoy oponerme a ninguno de vuestros deseos, porque, entre todos mis súbditos, habéis sido

hoy el más atormentado por mí. (Mirándolo tiernamente.) ¡Aunque sea un capricho vuestro! Así pruebo mi bondad, aprobando libremente en apariencia, lo que en realidad no apruebo.
(Leicester se arroja a sus pies, y cae el telón.)

ACTO III

La escena representa un parque, con árboles en primer término, y detrás lejana perspectiva.

ESCENA PRIMERA

MARÍA se presenta entre los árboles, andando a paso rápido ANA KENNEDY la sigue lentamente.

ANA.- Corréis, o más bien voláis, y no os puedo seguir. ¡Esperad!

MARÍA.- Déjame disfrutar de mi nueva libertad; déjame volverme niña, y, sélo tú también, y, sobre el verde tapiz del prado, probar mis pasos ligeros, como si tuviese alas. ¿He abandonado al fin mi oscura prisión? ¿No me guarda ya esa lúgubre tumba? Deja que respire, en mi sed ardiente de libertad, con todo mi pecho, el aire libre, el aire del cielo.

ANA.- ¡Oh, mi querida señora! Vuestra cárcel se ha ensanchado sólo algún tanto; y si no veis las murallas que nos encierran, consiste en que el follaje de los árboles las ocultan.

MARÍA.- ¡Gracias, gracias sean dadas a estos verdes y buenos árboles, que me ocultan los muros de mi prisión! Quiero creer que soy libre y feliz; ¿para qué, pues, arrancarme de mis alucinaciones? ¿No me rodea la inmensa bóveda del cielo? Mis ojos, sin estorbos, recorren horizontes sin fin. Allí, en donde se alzan esas montañas sombrías y nebulosas, comienzan las fronteras de mi reino, y estas nubes, que corren hacia el Mediodía, buscan el lejano mar de Francia. Nubes rápidas, bajeles aéreos, ¡quién viajara con vosotras, y en vosotras navegase! ¡Saludad en mi nombre cariñosamente al país, en donde se deslizó mi juventud! Soy prisionera, sujeta por cadenas, y no tengo otros mensajeros, ¡ay de mí!, Libre es en los aires vuestra carrera; no estáis sometidas a la Reina de Inglaterra.

ANA.- ¡Ah, querida señora! ¡Estáis fuera de vos! Esa libertad, tan ansiada, os hace delirar.

MARÍA.- Un pescador maneja allí su barca. Su miserable lancha pudiera salvarme, y llevarme con prontitud a una ciudad amiga. Con trabajo facilita el sustento a su famélico dueño. Yo lo abrumaría con tesoros, jamás habría empleado tan bien el día; encontraría la fortuna en sus redes, si me llevase en su barquichuela salvadora.

ANA.- ¡Vanos deseos! ¿No veis que espían nuestros pasos desde lejos? Órdenes terribles y crueles alejan de nuestro camino a toda criatura compasiva.

MARÍA.- ¡No, buena Ana! Créeme: algo significa que se hayan abierto las puertas de mi cárcel. Este favor ligero del azar me anuncia otros más graves. No me equivoco. Es a la mano bienhechora del amor a quien lo debo. Veo en esto la poderosa influencia de lord Leicester. Poco a poco se ensancharán los límites de mi prisión. Pasaré de lo menos a lo más, hasta que al fin contemple yo el rostro de quien ha de quitarme para siempre mis cadenas.

ANA.- ¡Ah! No puedo entender esta contradicción. Ayer se os anunciaba la muerte, y hoy se os da de repente este consuelo. También, según he oído decir, se sueltan las esposas a quienes espera la libertad eterna.

MARÍA.- ¿Oyes el sonido de la trompa de caza? ¿Lo oyes resonar con vigor en campos y montes? ¡Ay de mí! ¡Que no montara yo un ardiente corcel, y me agregara a los cazadores! ¿Todavía más? Esos sonidos familiares me traen a la memoria tristes

recuerdos. Llegaban con frecuencia a mis oídos, y me colmaban de alegría, en los matorrales de las altas montañas, y en medio del tumulto de la fiesta.

ESCENA II

Los mismos, y PAULET.

PAULET.- ¡Vamos! ¿Hice al cabo bien, milady? ¿Merezco alguna vez vuestra gratitud?

MARÍA.- ¿Cómo, caballero? ¿Os debo este favor? ¿Sois vos?

PAULET.- ¿Por qué no he de ser yo? Estuve en la corte, entregué vuestro escrito...

MARÍA.- ¿Lo presentasteis? ¿Es cierto que lo habéis hecho? Y esta libertad de que gozo, es efecto de mi carta...

PAULET. (Con intención.)-Y no el único. Os espera otro mayor.

MARÍA.- ¿Mayor, caballero? ¿A qué aludís?

PAULET.- ¿Oís, no obstante, las trompas...?

MARÍA. (Retrocediendo inquieta.)- ¡Me asustáis!

PAULET.- La Reina caza cerca de aquí.

MARÍA.- ¿Cómo?

PAULET.- La veréis dentro de poco.

ANA. (Corriendo en auxilio de María, que vacila y parece pronta a desmayarse.)- ¿Qué tenéis, señora querida? ¡Palidecéis!

PAULET.-¿Tengo razón, o no? ¿No lo deseabais? Lo habéis logrado antes de lo que pensabais. Ya que otras veces teníais tan suelta la lengua, preparad vuestras palabras, porque es ocasión de hablar.

MARÍA.- ¡Oh! ¿Por qué no me lo avisaron? ¡Ahora no me siento dispuesta a esa entrevista; ahora no! Lo que solicité suplicante como el favor más señalado, paréceme temeroso y horrible... Ven, Ana, llévame a la casa para reanimarme y tranquilizarme.

PAULET.- ¡Quedaos aquí! Es menester que la esperéis. Mucho, mucho os angustia comparecer ante vuestro juez.

ESCENA III

Los mismos y el CONDE DE SHREWSBURY.

MARÍA.- ¡No es por eso, Dios mío! He variado de opinión... ¡Ay de mí, noble Shrewsbury! Algún ángel del cielo os trae ahora aquí... ¡No puedo verla! ¡Guardadme, de su odiosa presencia!

SHREWSBURY.- ¡Cobrad ánimo, Reina! Ape-lad a toda vuestra energía. He aquí el momento decisivo.

MARÍA.- He esperado largo tiempo... años enteros me he preparado; me lo he dicho todo, lo he grabado en mi memoria para persuadirla y conmoverla. Todo se ha desvanecido de improviso; todo lo he olvidado, y nada resta en mí en este instante más que el vivo recuerdo de mis dolores. Con odio implacable se revuelve contra ella mi corazón; mis buenos pensamientos huyen en tropel, y los espíritus infernales con su sombrío aspecto me cercan por todas partes, sacudiendo sus cabezas de serpientes.

SHREWSBURY.- Reprimid vuestra ira impetuosa; dulcificad la amargura de vuestro corazón. Nada provechoso puede resultar del choque de un odio contra otro. Por grande que sea la repugnancia que experimentéis en vuestro interior acomodaos a las circunstancias. Ella es la poderosa... ¡Humillaos!

MARÍA.- ¿Ante ella? ¡Imposible!

SHREWSBURY.- Hacedlo, sin embargo. Habladle con respeto, con resignación. Invocad su magnanimidad, no la desafiéis; nada digáis de vuestros derechos, porque la coyuntura no es propicia.

MARÍA.- ¡Ay de mí! ¡He pretendido mi ruina, y mi mayor anhelo se ha trocado en maldición! ¡Nunca, nunca debiéramos vernos! Nada, nada grato será su fruto. Más fácil

fuera que el fuego y el agua se juntaran en amoroso lazo; más que el cordero acariciara al tigre... Harto se me ha ofendido... ella me ha hecho penar demasiado... Imposible es nuestra reconciliación.

SHREWSBURY.- ¡Vedla tan sólo! Testigo fui de la emoción, que experimentó al leer vuestra carta, y sus ojos se inundaron de lágrimas. No, no es insensible; confiad más en ella... He aquí el motivo de haberme adelantado, para que os reanimaseis, y anunciaros su llegada.

MARÍA. (Estrechando su mano.)-¡Ah, Shrewsbury! Siempre fuisteis mi amigo... ¡Ojalá que permaneciera bajo vuestra guarda paternal! ¡Me han maltratado, Shrewsbury!

SHREWSBURY.- ¡Olvidadlo todo! Ocupaos únicamente en recibirla con amabilidad.

MARÍA.- ¿Está también con ella Burleigh, mi mal ángel?

SHREWSBURY.- Nadie le acompaña más que el Conde de Leicester.

MARÍA.- ¿Lord Leicester?

SHREWSBURY.- Nada temáis de su parte. No desea vuestra ruina... Obra suya es que la Reina haya accedido a veros.

MARÍA.- ¡Ay de mí! Bien lo sabía.

SHREWSBURY.- ¿Que decís?

PAULET.- ¡La Reina viene! (Todos se apartan; sólo se queda María, apoyada en Ana.)

ESCENA IV

Los mismos; ISABEL, el CONDE DE LEICESTER y séquito.

ISABEL. (A Leicester.)- ¿Cómo se llama este lugar?

LEICESTER.- El castillo de Fotheringhay.

ISABEL. (A Shrewsbury.)-Despedid para Londres a nuestros monteros. El pueblo me agobia y me molesta en las calles, y buscamos descanso en este tranquilo parque. (Talbot hace alejarse al séquito. Ella mira fijamente a María, mientras prosigue hablando con Leicester.) Mis buenos súbditos me aman demasiado. Con harto exceso, como idólatras, me muestran su contento, aunque así se adore a Dios, no a los mortales.

MARIA. (Que, medio desmayada, mientras tanto, en los brazos de Ana, se repone, encontrándose sus ojos con la mirada fija de Isabel. Tiembla entonces, y oculta de nuevo su rostro en el seno de su nodriza.)- ¡Oh, Dios! Sus facciones revelan qué no tiene sentimientos.

ISABEL.- ¿Quién es esa señora? (Silencio general.)

LEICESTER.- Estáis, oh Reina, en Fotheringhay.

ISABEL. (Como atónita, mirando severamente a Leicester.)¿Quién ha hecho esto, lord Leicester?

LEICESTER.- Ya está hecho, Reina... y que el cielo ahora, que ha guiado aquí vuestros pasos, conceda el triunfo a la magnanimidad y a la compasión.

SHREWSBURY.- ¡Que se apiade vuestro corazón, noble señora! Dignaos mirar con dulzura a la desdichada, que así se desmaya a vuestro aspecto. (María recobra sus fuerzas e intente aproximarse a Isabel; pero se detiene silenciosa y temblando a la mitad del camino; todos sus ademanes indican la más violenta agitación.)

ISABEL.- ¿Es posible, milores? ¿Quién me dijo, pues, que su humildad era tan grande? Encuentro una mujer llena de orgullo, no aleccionada por la desgracia.

MARÍA.- ¡Sea, pues; sufriré también este dolor! ¡Adiós por tanto, dignidad impotente de un alma noble! ¡Quiero olvidar quién soy y lo que he padecido; quiero prosternarme ante la misma a quien debo mi oprobio. (Vuélvese hacia la Reina.) El cielo, hermana, se ha decidido en vuestro favor. La victoria ornó vuestra cabeza afortunada con la corona de la victoria, y yo adoro al Dios que os ha ensalzado. ¡Pero sed ahora generosa,

hermana mía! ¡No me dejéis sumida en la vergüenza! ¡Tendedme vuestra real mano para arrancarme de este abismo!

ISABEL. (Retrocediendo.)- Os encontráis en don-de debéis, lady María. Llena de gratitud estoy para con Dios, que no ha consentido que yo me halle a vuestros pies, como lo estáis a los míos.

MARÍA. (Con creciente pasión.)-Reflexionad en la instabilidad de las cosas humanas, y en que hay deidades vengadoras del orgullo. Honradlas, temedlas, porque con su horrible poder me han traído a vuestros pies... honraos vos misma en mí, ante estos testigos extraños; no profanéis, no insultéis la sangre de los Tudor, que corre en mis venas, como en las vuestras... ¡Oh, Dios del ciclo! No te muestres áspero e inaccesible, como los escollos que el náufrago se esfuerza en alcanzar vanamente. ¡Mi vida, mi destino, todo depende de mis palabras y del poder de mis lágrimas! Abrid mi corazón para que conmueva el suyo. Si me miráis glacialmente, mi pecho se oprime temeroso, se seca el torrente de mis ojos, y un frío terror encadena mis frases suplicantes en lo íntimo de mi ser.

ISABEL. (Con indiferencia y severidad.)- ¿Qué tenéis que decirme, lady Estuardo? Habéis querido hablarme. Prescindo, de ser Reina, profundamente ofendida, por cumplir los piadosos deberes de la hermana, y os favorezco permitiendo que disfrutéis de mi presencia. Sigo los impulsos de mi bondad, exponiéndome a una justa crítica al rebajarme tanto... porque os consta que habéis intentado asesinarme.

MARÍA.- ¿Cómo empezaré, para que sean discretas mis palabras, y os conmuevan y no os ofendan? ¡Oh Dios! infunde elocuencia en mis palabras, y aparta de ellas el aguijón que pudiera herir. No puedo defenderme sin acusaros gravemente, y no lo quiero... Me habéis tratado como no era justo, porque soy Reina como vos, y me habéis retenido prisionera. Vine a buscaros suplicante; y violando en mí los santos deberes de la hospitalidad y el sagrado derecho de las gentes, me encerrasteis entre las paredes de un calabozo. Arrebatáronme cruelmente mis amigos y servidores; tratóseme mezquinamente, y se me sometió a un tribunal injusto. Pero no hablemos más de esto. Que los horrores, sufridos por mí, queden envueltos en eterno olvido... ¡Mirad! Lo califico de fatalidad, y no os atribuyo culpa, como yo tampoco la tengo. Del Averno surgió un espíritu maligno, para encender el odio en nuestro corazones, separándonos ya en nuestra tierna juventud, y creció con nosotros, y hombres perversos atizaron esa llama funesta, e insensatos fanáticos armaron de espada y puñal manos no llamadas a empuñarlos... Tal es la suerte fatal de los reyes; sus discordias llenan el mundo de rencores, y toda desunión desencadena las furias del infierno... Ahora no se interpone nadie entre nosotros. (Acércase a ella confiada, y le habla con acento cariñoso.) Estamos ambas frente a frente. ¡Decid cuanto os agrade, oh hermana mía! Acusadme, y yo os daré satisfacción cumplida. ¡Ah! ¿Por qué no me disteis audiencia, cuando con tanto empeño os la pedía? No hubiésemos ido tan lejos, y ahora no celebraríamos esta triste entrevista, en lugar tan siniestro.

ISABEL.- Mi buena estrella me ha preservado hasta ahora de calentar una víbora en mi seno... No acusad al destino, sino a vuestro corazón perverso, y a la ambición insaciable de vuestra casa. Ningún disturbio había ocurrido entre nosotras, y ya vuestro tío, ese sacerdote tan orgulloso como dominante, que pone su osada mano en todas las coronas, os inspiró sentimientos hostiles hacia mí, os persuadió que tomaseis mis armas, que os apropiaseis mi título de Reina, y luchaseis conmigo a vida o muerte... ¿A quién no ha excitado contra mí? La lengua de los sacerdotes, la espada de los pueblos, las armas temibles del fanatismo religioso. Aquí mismo, en mi pacífico reino, fomentó en daño mío, el fuego de la sedición... Pero Dios me protege, y ese sacerdote arrogante no ha obtenido el triunfo; amenazaban a mi cabeza, y la vuestra es la que cae.

MARÍA.- ¡Yo estoy en manos de Dios! No abusaréis sanguinariamente de vuestro poder...

ISABEL.- ¿Quién ha de impedirlo? Vuestro tío ha dado el ejemplo a todos los reyes de la tierra, de cómo se hace la paz con los enemigos. ¡Sírvame de lección la Saint Barthelemy! ¿Qué me importan los vínculos de la sangre, ni el derecho de gentes? La Iglesia rompe todos los lazos del deber, santifica el perjurio y el regicidio, y yo hago tan sólo lo que vuestros sacerdotes enseñan. Decidme, ¿qué garantía me daríais en favor vuestro, si yo rompiera generosamente vuestras cadenas? ¿Con qué cerradura guardaría, yo vuestra fidelidad, que no pudiera abrirla la llave de San Pedro? Sólo la fuerza es la seguridad, y no hay alianza posible con la raza de las víboras.

MARÍA.- ¡Oh! ¡Triste y de mal agüero es vuestra sospecha! Siempre me habéis mirado como a enemiga y extranjera. Si me hubieseis declarado heredera vuestra, como, me corresponde de derecho, la gratitud y el afecto os hubiesen dado en mí una fiel amiga y hermana.

ISABEL.- Vuestra amistad, lady Estuardo, está fuera de este reino; vuestra familia es el papado, y vuestro hermano, el fraile... ¡Declararos mi heredera! ¡Lazo engañoso! Para que, en vida mía, sedujerais a mis súbditos, como otra pérfida Armida, y atrajerais a vuestras redes con astucia amorosa a los mancebos nobles de mi reino, para que todos se volviesen hacia el nuevo astro, mientras yo...

MARÍA.- ¡Reinad en paz! Yo renuncio a toda pretensión a vuestra corona... ¡Ay de mí! Paralizados están los vuelos de mi alma, y ya nada grande me lisonjea... Habéis logrado vuestro objeto, y yo soy sólo la sombra de María. En el largo desmayo de la cárcel se ha desvanecido mi noble orgullo... Me habéis reducido al último extremo, me habéis destruido en la flor de mi edad... ¡Acabad al fin, hermana! Decid, al cabo, cuál ha sido el propósito de vuestra venida, porque yo no puedo creer que lo hayáis hecho tan sólo para burlaros cruelmente de vuestra víctima. ¡Decidlo, pues! Decidme: «¡Sois libre, María! He ejercido hasta ahora un poder; sabed hasta dónde llega mi generosidad!» Decidlo y de buen grado consideraré mi vida y mi libertad como un presente recibido de vuestra mano... una palabra sola, y lo pasado se borra. Yo la espero. ¡Oh! ¡Que no la aguarde largo tiempo! ¡Ay de vos si no la pronunciáis, porque si ahora, oh hermana, no os separáis de mí como una divinidad gloriosa y benéfica...! ¡Ni por toda esta rica región, ni por todos los países que abraza el vasto mar, quisiera yo, presentarme a vuestra vista como os presentáis a la mía.

ISABEL.- ¿Conque al fin os confesáis vencida? ¿Es efecto de vuestras tramas? ¿No hay ya en campaña asesino alguno? ¿No hay ya ningún aventurero, que ose arriesgar a favor vuestro alguna triste hazaña de caballería?... ¡Sí; ya se acabó, lady María! ¡Ya no seduciréis a nadie! Otros cuidados preocupan al mundo. A nadie agrada ya ser vuestro... cuarto marido, porque dais la muerte a vuestros amantes, como a vuestros esposos.

MARÍA. (Indignada.)- ¡Hermana, hermana! ¡Dios mío, Dios mío! ¡Dame sólo moderación!

ISABEL. (Después de mirarla largo rato con orgulloso desprecio.)- ¿Esos, oh lord Leicester, son los encantos, que ningún hombre puede contemplar impunemente, superiores a los de todas las demás mujeres? ¡Parece imposible! A poca costa ha adquirido esa fama, porque sólo cuesta, para ser una bel-dad para todos, el pertenecer también a todos.

MARÍA.- ¡Esto es demasiado!

ISABEL. (Sonriendo burlescamente.)-Mostradnos ahora vuestro rostro verdadero, porque hasta ahora sólo hemos visto una máscara!

MARÍA. (Colérica, pero con noble dignidad.)- He cometido mis faltas, humanas y propias de la edad juvenil. El poder me sedujo, pero nada he ocultado bajo el velo del

misterio, ni avergonzándome de manchar la grandeza soberana con falsos oropeles. El mundo conoce mis actos más vituperables, y puedo afirmar que soy mejor de lo que predica la fama. ¡Ay de vos el día en que se levante el manto de falso honor que vuestro disimulo arroja sobre el desenfrenado ardor de vuestros placeres prohibidos! No habéis heredado la honestidad de vuestra madre, porque harto sabemos cuáles son las virtudes que llevaron al cadalso, a Ana Bolena.

SHREWSBURY. (Interponiéndose entre ambas Reinas.)- ¿A tal extremo habíamos de llegar, Dios del cielo? ¿Es eso moderación, es eso docilidad, lady María?

MARÍA.- ¿Moderación? He sufrido cuanto puede sufrir un ser humano. ¡Adiós, pues, resignación de cordero! ¡Refúgiate en otro mundo, dolorosa paciencia! ¡Rompe al fin las ataduras, sal de tu caverna, cólera largo tiempo reprimida! ¡Y tú, que al irritado basilisco dotaste de mirada mortal, pon en mi lengua el dardo emponzoñado!

SHREWSBURY.- ¡Oh! ¡Está fuera de sí! ¡perdonad a esa insensata, perdonad su ira extremada! (Isabel, muda de rabia, mira a María con ojos inflamados.)

LEICESTER. (Muy inquieto, esforzándose en llevar de allí a Isabel.)- ¡No escuchéis a esa furiosa! ¡Huyamos, huyamos de este lugar infausto!

MARÍA.- El trono de Inglaterra se ve manchado por una bastarda, y engañado el noble pueblo británico por una astuta hipócrita... Si rigiera la justicia, yaceríais ante mí en el polvo, porque yo sola soy vuestra Reina. (Isabel se va a paso rápido, y los lores la siguen en tropel.)

ESCENA V

MARÍA Y ANA.

ANA.- ¡Oh! ¿Qué habéis hecho? ¡Vase colérica! ¡Todo seacabó! ¡Se desvaneció la última esperanza!

MARIA. (Fuera de sí)- ¿Que se va colérica ¡Lleva la muerte en el corazón! (Abrazando a Ana.) ¡Oh, Ana, cuán grande es mi contento! ¡Al cabo, al cabo, tras años enteros de humillación, de dolores, llegó al fin el momento de la venganza, el momento del triunfo! El peso de una montaña no oprime ya mi alma. He hundido el puñal en el pecho de mi enemiga.

ANA.-¡Desventurada! El delirio os arrastra. Habéis ofendido a una mujer implacable. Ella dispone del rayo, es Reina y la habéis insultado ante su amante.

MARÍA.- La he escarnecido en presencia de Leicester. Él lo ha visto, ha asistido a mi triunfo; cuando la precipité desde su altura, estaba él allí, y su proximidad aumentaba mi energía.

ESCENA VI

Los mismos y MORTIMER.

ANA.- ¡Oh, señor! ¡Qué resultado...

MORTIMER.- ¡Todo lo he oído! (Hace señal a Ana de que se ponga de centinela y se acerca más. Toda su traza indica una pasión violenta e invencible.) ¡Habéis vencido! La habéis sumido en el polvo. ¡Erais la Reina, y ella la culpable! Vuestro valor me ha entusiasmado, y os adoro como a una deidad grande y gloriosa, puesto que tal sois para mí en este instante.

MARIA.- ¿Hablasteis con Leicester y le entregasteis mi carta y mi retrato?... ¡Responded, caballero!

MORTIMER. (Devorándola con los ojos.)- ¡Qué esplendor os prestaba vuestra cólera, tan regia como noble! ¡Cuánto aumentaba vuestros encantos! ¡Sois la mujer más bella del mundo entero!

MARÍA.- ¡Ruégoos, caballero, que satisfagáis mi impaciencia! ¿Qué replicó milord? ¡Oh! decid, ¿qué puedo yo esperar?

MORTIMER.- ¿Quién? ¿Él? ¡Un cobarde, un miserable! ¡Nada esperéis de él!; despreciadlo, olvidadlo!

MARÍA.- ¿Qué os dijo?

MORTIMER.- ¿Salvaros él y poseeros? ¿Él a vos? ¿Osarlo tan sólo? ¿Osarlo él? ¡Tendría que combatir conmigo a muerte!

MARÍA.- ¿No le habéis entregado mi carta?... ¿Oh! entonces todo terminó.

MORTIMER.- Ese cobarde ama la vida. Quien quiera salvaros y llamaros suya, ha de abrazarse a la muerte con valor.

MARÍA.- ¿Nada quiere hacer por mí?

MORTIMER.- No hablemos más de él. ¿Qué puede hacer, y para qué lo necesitamos? ¡Yo me propongo libertaros, yo solo!

MARIA.- ¡Ay de mí! ¿Qué podéis hacer?

MORTIMER.- No os engañéis, como si vuestra situación actual fuese la misma que ayer. Atendiendo a la manera con que se separó la Reina de vos y terminó vuestra entrevista, todo se ha perdido, toda esperanza de clemencia acabó ya. Ahora es menester obrar; la audacia ha de decidir; hay que jugar el todo por el todo, y habéis de ser libre, antes de aparecer el día de mañana.

MARÍA.- ¿Qué decís? ¿Esta noche? ¿Es esto posible!

MORTIMER.- Oíd lo que he resuelto. He reunido a mis compañeros en una capilla secreta. Un sacerdote nos ha confesado, y nos ha absuelto de todos los pecados cometidos, y de los que podamos cometer. Hemos recibido los últimos sacramentos, y estamos preparados para el viaje final.

MARÍA.- ¡Oh! ¡Qué horribles preparativos!

MORTIMER.- Esta misma noche asaltamos el castillo. Las llaves están en mi poder. Matamos los centinelas, os arrancamos a la fuerza de vuestra prisión, y todos han de morir a nuestras manos, para que no quede nadie que pueda revelar el rapto.

MARÍA.- ¿Y Drury y Paulet, mis carceleros? Ellos verterían más bien la última gota de su sangre...

MORTIMER.- Caerán los primeros, heridos por mi puñal.

MARÍA.- ¡Cómo! ¡Vuestro tío, vuestro segundo padre?...

MORTIMER.- ¡Morirá a mis manos! Yo le mataré.

MARÍA.- ¡Sangriento crimen!

MORTIMER.- ¡Me han absuelto de todos ellos! Me atrevo a cometer las mayores extremidades, y quiero hacerlo.

MARÍA.- ¡Eso es horrible, es horrible!

MORTIMER.- ¡Y asesinaré a la Reina, porque lo he jurado sobre la hostia consagrada!

MARÍA.- ¡No, Mortimer! Antes que se derrame tanta sangre por mi causa...

MORTIMER.- ¿Qué significa para mí la vida de todos los hombres, comparada con vos y con mi amor? Rómpanse los lazos que sujetan al orbe, y que un nuevo diluvio ahogue a cuanto respira... ¡Nada respeto ya! ¡Que llegue el fin del mundo antes que yo renuncie a vos!

MARÍA. (Retrocediendo.)-¡Dios mío! ¡Qué lenguaje, Señor!... ¡qué miradas!... ¡me asustan, me espantan!

MORTIMER. (Con ojos extraviados, y expresando un secreto delirio.)- La vida es un segundo de tiempo, y la muerte otro. ¡Que me lleven arrastrando a Tyburn! ¡que arranquen uno a uno mis miembros con tenazas ardiendo... (Acercándose a ella de repente con los brazos abiertos.) con tal que yo te abrace, oh tú, amada por mí entrañablemente!...

MARÍA. (Retrocediendo.)- ¡Atrás, insensato!

MORTIMER.- Ese pecho, esos labios que respiran amor...
MARÍA.- ¡Por Dios, caballero! ¡Dejadme entrar!
MORTIMER.- Delira sin duda quien no retiene la dicha en un abrazo infinito, cuando Dios la pone a su alcance. Quiero salvaros, aunque me cueste diez vidas, y te salvaré, porque quiero, tan cierto como Dios existe, y lo juro, juro que quiero poseerte!
MARÍA.- ¡Oh! ¡Ningún Dios, ningún ángel me protegerá. ¡Horrible destino el mío! Me llevas iracundo de un terror a otro. ¿He nacido tan sólo para excitar el delirio? El odio y el amor ¿se han de conjurar para espantarme?
MORTIMER.- Sí; yo te amo con tanto ardor como ellos te odian. Quieren decapitarte, cortar con el hacha del verdugo ese cuello de blancura deslumbradora. Consagra, pues, al Dios, que alegra la vida, lo que ha de sacrificarse al odio sanguinario. Con estos encantos, que ya no son tuyos, bendice a tu dichoso amante. ¡Que los bellos rizos y el sedoso cabello, porción ya del sombrío poder de la muerte, sirvan para encadenar perpetuamente a tu esclavo!
MARÍA.- ¡Oh! ¡Qué palabras me veo obligada a oír! Mi desdicha, mis sufrimientos, ya que no mi dignidad de Reina, debieran infundiros respeto.
MORTIMER.- La corona ha caído ya de tu cabeza, y nada te resta de tu majestad terrestre. Pero prueba a mandar; da tus órdenes, y verás si se presenta un salvador, un amigo. Sólo te queda tu rostro encantador y el poder divino de tu incomparable belleza, que me hace tentarlo y aventurarlo todo, y hasta someterme al hacha del verdugo.
MARÍA.- ¡Oh! ¿Quién me librará de su furor?
MORTIMER.- Un servicio peligroso exige proporcionada recompensa. ¿Por qué vierte el valiente su sangre? La vida es el bien supremo, e insensato el que la prodiga vanamente. ¡Quiero antes descansar en tu ardoroso seno! (La estrecha con fuerza contra su pecho.)
MARÍA.- ¡Oh! ¿Es menester que yo pida auxilio contra el hombre que ha de ser mi libertador?...
MORTIMER.- ¡No eres insensible! El mundo no acusa tu frialdad, y la ferviente súplica del amor puede conmoverte. Tú hiciste feliz al cantor Rizio, y Bothwell supo seducirte.
MARÍA. - ¡Temerario!
MORTIMER.- ¡Sólo era tu tirano! Temblabas ante él cuando le amabas; pero si sólo el miedo puede conquistarlo, ¡por el Dios del cielo!...
MARÍA.- ¡Dejadme! ¿Estáis loco? MORTIMER.- ¡También temblarás ante mí! ANA. (Entrando precipitadamente.)- ¡Alguien viene!
¡Que llegan! Gentes armadas llenan todo el jardín. MORTIMER. (Reponiéndose, y empuñando su espada.) – Yo os defenderé.
MARÍA.- ¡Oh Ana! ¡líbrame de sus manos! ¿En dónde encontraré yo, ¡ay de mí, desventurada! un lugar de refugio? ¿Qué santo invocaré? Aquí la violencia, allí la muerte. (Huye hacia la casa, seguida de Ana.)
ESCENA VII
MORTIMER; PAULET y DRURY, que entran precipitadamente, fuera de sí. Su séquito acude también a la escena
PAULET.- ¡Cerrad las puertas! ¡Levantad los
puentes! MORTIMER.- Tío, ¿qué hay? PAULET.- ¿En dónde está la asesina? ¡Abajo con ella, al calabozo más oscuro! MORTIMER.- Pero ¿qué hay? ¿qué sucede? PAULET.- ¡La Reina! ¡Malditas manos! ¡Osadía
diabólica! MORTIMER.- ¡La Reina! ¿Qué Reina? PAULET.- ¡La de Inglaterra! ¡La han asesinado
en las calles de Londres. (Entra corriendo en la casa.)

ESCENA VIII
MORTIMER, y poco después OKELLY.
MORTIMER.- ¿He perdido acaso el juicio? Ahora mismo, ¿no acaba de pasar alguno, exclamando: «Han asesinado a la Reina?» No, no; estoy soñando. Mi fiebre me ofrece a los sentidos, como verdaderas y reales, las imágenes sombrías que ocupan mi mente. ¿Quién viene? Es Okelly. Tan asustado...
OKELLY. (Entrando precipitadamente.)-¡Huid, Mortimer! ¡Huid! ¡Todo se ha perdido!
MORTIMER.- ¿Qué se ha perdido?
OKELLY.- ¡No preguntéis más! Pensad sólo en huir pronto.
MORTIMER.- ¿Qué hay, pues?OKELLY.- ¡Salvaje, el insensato, dio el golpe!MORTIMER.- ¿Es cierto?OKELLY.- ¡Verdad, verdad! ¡Oh! ¡Salvaos!MORTIMER.- ¡Ha muerto, y María subirá al
trono de Inglaterra! OKELLY.- ¡Asesinada! ¿Quién lo ha dicho? MORTIMER.- Vos mismo. OKELLY.- ¡Vive! Vos y yo estamos consagra
dos a la muerte. MORTIMER.- ¿Vive? OKELLY.- Se erró el golpe; lo recibió su man-to, y Shrewsbury desarmó al asesino. MORTIMER.- ¿Vive? OKELLY.- Vive para perdernos a todos. ¡Ve
nid, porque están ya cercando el parque! MORTIMER. - ¿Quién ejecutó esa acción insensata?
OKELLY.- El barnabita de Tolón, a quien visteis sentado pensativo, cuando el fraile pronunció el anatema lanzado contra la Reina por el Papa. Quiso emplear el medio más eficaz y breve para libertar con un golpe atrevido a la Iglesia de Dios, y ganar la corona del martirio. Sólo al confesor confió su secreto, y lo puso en práctica en el camino de Londres.
MORTIMER. (Después de largo silencio.)-¡ Destino cruel y furioso te persigue, oh desdichada! Ahora... sí; ahora has de morir, porque tu ángel de la guarda prepara ya tu ruina.
OKELLY.- Decid, ¿a dónde huís? Yo corro a ocultarme en los bosques del Norte.
MORTIMER.- ¡Huid, pues, y que Dios os guíe! Yo me quedo. Intentaré todavía salvarla; y si no lo logro, moriré sobre su féretro. (Vanse en distintas direcciones.)
ACTO IV
Una antesala
EL CONDE D'AUBESPINE, KENT y
LEICESTER.

AUBESPINE.- ¿Cómo está S.M.? Todavía, milores, me encuentro embargado por el horror. ¿Cómo ha sucedido esto? ¿Cómo, en medio del pueblo, más fiel...?
LEICESTER.- El asesino no es inglés. Es un
francés, un súbdito de vuestro Monarca. AUBESPINE.- ¡Sin duda un insensato!
KENT.- ¡Un Papista, Conde d'Aubespine!
ESCENA II
Los mismos y BURLEIGH, en conversación con DAVISON
BURLEIGH.- Que se extienda al instante la or-den de ejecución, y que se le ponga el sello. Cuando se haga, se llevará a la firma de la Reina. ¡Andad! No hay tiempo que perder.
DAVISON.- Se hará. (Vase.)
AUBESPINE. (Saliendo al encuentro de Burleigh.)-Milord, mi leal corazón comparte la justa alegría de esta isla. ¡Loado sea Dios, que ha apartado el puñal asesino de la cabeza de S.M.!

BURLEIGH.- Alabado sea, por haber confundido la maldad de nuestros enemigos.
AUBESPINE.- Castigue Dios al autor de tan criminal atentado.
BURLEIGH- Al autor, y a su indigno instigador.
AUBESPINE. (A Kent.)- ¿Agrada a V.E., lord mariscal, acompañarme a ver a S.M., para deponer humildemente a sus pies el testimonio de felicitación de mi señor y Rey?
BURLEIGH- No os empeñéis, Conde d'Aubespine...
AUBESPINE. (Con oficiosidad.)- Sé lord Burleigh, cuál es mi deber.
BURLEIGH.- Vuestro deber es abandonar esta isla cuanto antes.
AUBESPINE. (Retrocediendo admirado.)- ¿Cómo? ¿Qué decía?
BURLEIGH.- Vuestra misión sagrada os protege hoy; mañana no.
AUBESPINE.- ¿Y cuál es mi delito?
BURLEIGH.- Si lo declaro, no puede perdonarse.
AUBESPINE- Espero, milord, que el derecho de gentes...
BURLEIGH.- Ampara... no la alta traición.
LEICESTER Y KENT.- ¡Ah! ¿Qué es esto?
AUBESPINE.- Milord, pensad que...
BURLEIGH.- Un pasaporte, escrito por vuestra mano, se ha encontrado en el bolsillo del criminal.
KENT.- ¿Es posible?
AUBESPINE.- Firmo muchos pasaportes, pero no puedo leer en el corazón del hombre,
BURLEIGH.- El asesino confesó en vuestra casa.
AUBESPINE.- Mi casa está abierta...
BURLEIGH.- Para todos los enemigos de Inglaterra.
AUBESPINE.- ¡Pido que se haga una información!
BURLEIGH.- ¡Temedlo!
AUBESPINE.- En mí es ultrajado mi Soberano, y romperá la alianza celebrada.
BURLEIGH.- La Reina la ha roto ya, e Inglaterra no se unirá con Francia. Milord Kent, os encargáis de custodiar al Conde hasta la mar. El pueblo, en rebelión, ha asaltado su domicilio, en donde se encontró un arsenal completo de armas; amenaza hacerlo pedazos si se presenta. Ocultadlo, pues, hasta que se calme su ira. Respondéis de su vida.
AUBESPINE.- Me voy, y abandono este país en donde se escarnece el derecho de gentes, y se burlan de los tratados... mi Rey tomará sangrienta venganza...
BURLEIGH.- ¡Que venga a buscarla! (Vanse Kent y Aubespine.)

ESCENA III

LEICESTER Y BURLEIGH.

LEICESTER.- Así desatáis otra vez los lazos, que anudasteis con tanto empeño por vuestra voluntad exclusiva. Poco, milord, os agradecerá Inglaterra el trabajo inútil que empleasteis.
BURLEIGH.- Mi objeto era loable. Dios ha dispuesto otra cosa. Dichoso aquel que no ha cometido yerro más grave.
LEICESTER.- Se conoce el aire misterioso de Cecil, cuando persigue un crimen contra el Estado... Ahora,, milord, es el momento propicio para vos. Se ha cometido un crimen monstruoso y el velo del secreto envuelve todavía a sus autores. Se iniciará un proceso para averiguarlo. Se examinarán palabras y gestos, y hasta los pensamientos se pasarán por la justicia. Sois en tales casos el hombre importante, el atlas del Estado, y toda Inglaterra descansa en vuestros hombros.
BURLEIGH.- Conozco, milord, que sois mi maestro. La victoria lograda por vuestra elocuencia es superior a todas las mías.

LEICESTER.- ¿Qué queréis decir?
BURLEIGH.- ¿No habéis sido, pues, quién ignorándolo yo, os habéis dado traza de atraer a la Reina a Fotheringhay?
LEICESTER.- ¿Ignorándolo vos? ¿Cuándo os he ocultado nada por miedo?
BURLEIGH.- ¿No habéis llevado a la Reina a Fotheringhay? Pero no. Vos no la llevasteis... Fue la Reina tan complaciente que os llevó.
LEICESTER.- ¿Qué os proponéis al decir eso, milord?
BURLEIGH.- ¡Brillante papel habéis hecho representar a la Reina! ¡Glorioso triunfo te habéis preparado! ¡Y por fiarse de vos!... ¡Bondadosa Princesa! ¡Cuán descaradamente se han mofado de ti! ¡Cómo te han sacrificado sin misericordia!... ¿Es esta la magnanimidad y la dulzura, que invocasteis de repente en el Consejo? ¡He aquí por qué la Estuardo era una enemiga tan débil y despreciable, que no merecía la pena de mancharse con su sangre! ¡Plan hábil! ¡Donosa traza.! ¡Lástima sólo que tan afilada punta se embotase!
LEICESTER.- ¡Necio! ¡Seguidme inmediatamente! Me daréis satisfacción de vuestras palabras ante el trono de la Reina.
BURLEIGH.- Allí me encontraréis... y cuidad, milord, que no os falte allí vuestra elocuencia. (Vase.)

ESCENA IV

LEICESTER solo, y luego MORTIMER.

LEICESTER.- Me han conocido; adivinaron Mis propósitos... ¿Cómo ese desdichado ha seguido mis pasos? ¡Ay de mí, si tiene algunas pruebas! Si llega a saber la Reina que María y yo nos entendemos... ¡Dios mío! ¡Cuán culpable no he de parecerle! ¡Cuán falaz, cuán solapado no se juzgará mi consejo de llevarla a Fotheringhay! ¡Creerá que me he burlado horriblemente de ella, y que le he hecho traición por su odiada enemiga! ¡Oh!, ¡Nunca, nunca lo perdonará! ¡Todo le parecerá premeditado, hasta el amargo giro de esta entrevista, y el triunfo, y la risa burlona de su rival! ¡Sí; hasta la mano misma del asesino, sangrienta y terrible, que un destino inesperado y cruel ha mezclado en todo esto, se estimará como obra mía! No veo medio alguno de salvación. ¡Ah! ¿Quién viene?
MORTIMER. (Que llega muy conmovido, y mira asustado alrededor.)-¡Conde Leicester! ¿Sois vos? ¿Estamos sin testigos?
LEICESTER.- ¡Fuera de aquí, desventurado! ¿Qué buscáis?
MORTIMER.- Siguen nuestro rastro y el vuestro también. ¡Vivid alerta!
LEICESTER.- ¡Fuera, fuera!
MORTIMER.- Se sabe que en la casa del Conde d’Aubespine se ha celebrado un conciliábulo...
LEICESTER.- ¿Y qué me importa?
MORTIMER.- Y han preso al asesino...
LEICESTER.- Es cuenta vuestra. ¡Qué temeridad! ¿Por qué razón habéis de mezclarme en vuestros crímenes sangrientos? Defended vosotros solos vuestras acciones censurables.
MORTIMER.- Pero escuchadme siquiera.
LEICESTER. (Con profunda ira.)- ¡Idos al infierno! ¿Por qué habéis de seguir todos mis pasos como un espíritu infernal? ¡Lejos de aquí! Yo no os conozco, ni tengo que ver nada con asesinos.
MORTIMER.- No queréis escucharme. Vengo a advertiros que también os han descubierto.
LEICESTER.- ¡Ah!

MORTIMER.- El Gran Tesorero estuvo en Fotheringhay sin perder un instante, después de ese suceso malhadado; registraron escrupulosamente la habitación de la Reina, y, encontraron en ella...

LEICESTER.- ¿Cómo?

MORTIMER.- El principio de una carta, dirigida a vos.

LEICESTER.- ¡Desventurada!

MORTIMER.- En la cual os exhorta a que cumpláis vuestra palabra; os promete de nuevo su mano; os recuerda el envío de su retrato...

LEICESTER.- ¡Muerte y condenación!

MORTIMER.- Lord Burleigh la tiene en su poder.

LEICESTER.- ¡Soy hombre perdido! (Paséase precipitadamente, lleno de angustia, mientras le habla Mor-timer.)

MORTIMER.- ¡Aprovechad la ocasión! ¡Prevenidla! ¡Salvaos y jurad que no sois culpable, inventad excusas, ahuyentad la más deplorable desgracia! Nada puedo hacer yo. Mis compañeros se han dispersado, y nuestra conjuración se ha disuelto. Yo me dirijo apresuradamente a Escocia para reunir allí nuevos amigos. Os toca ahora ensayar lo que puede vuestra influencia y vuestra osadía.

LEICESTER. (Que se detiene como si le ocurriera una idea repentina.)-¡Así lo haré! (Vase hacia la puerta, la abre y grita.) ¡Hola, guardias! (Al oficial, que entra con hombres, armados.) ¡Prended a este enemigo del Estado, y custodiadlo bien! ¡Sé ha descubierto la conspiración más infame! ¡Yo mismo voy a anunciarlo a la Reina! (Vase.)

MORTIMER. (Que se queda al pronto, estupefacto, reanimándose después, y mirando a Leicester con el mayor desprecio) ¡Ah infame!... ¡Y, sin embargo, lo merezco! ¿Quién me obligó a fiarme de un miserable? Huéllame ahora, porque mi ruina es su puente de salvación... ¡Sálvate, pues! ¡Mis labios no te descubrirán, porque no quiero arrastrarte en mi caída. Ni para morir necesito tu ayuda. La vida es el único bien del malvado. (Al oficial de guardia, que se acerca para prenderlo.) ¡Qué te propones, vil esclavo, vendido a la tiranía? ¡Me burlo de ti, y soy libre! (Sacando un puñal.)

EL OFICIAL.- Está armado... ¡quitadle su puñal! (Lo rodean, y él se defiende.)

MORTIMER.- ¡Y libre en mi último instante, abriré mi corazón y daré suelta a mi lengua! ¡Muerte y maldición sobre vosotros, traidores a vuestro Dios y a vuestra verdadera Reina! Desleales os separáis de la María de la tierra y de la del cielo, y os vendéis a una Reina bastarda...

EL OFICIAL.- ¿Oís sus blasfemias? ¡Ea! ¡Prendedlo ya!

MORTIMER.-¡Oh amada mía! No he podido librarte pero te probaré mi valor varonil. ¡Divina María, ruega por mí, y llámame a tu lado en el cielo! (Se hiere con su puñal y cae en los brazos de los guardias.)

ESCENA V

Aposento de la Reina.

ISABEL, con una carta en la mano, y BURLEIGH.

ISABEL.- ¡Llevarme allí! ¡Burlarse así de mí! ¡Proporcionar a mi costa ese triunfo a mi rival! ¡Oh! ¡Jamás, oh Burleigh, se ha engañado tan infamemente a mujer alguna!

BURLEIGH.- Aun no he llegado a comprender cómo lo ha conseguido, qué artificios, qué poder mágico ha empleado para sorprender tan completamente la discreción de mi Reina.

ISABEL.- ¡Oh! ¡Yo muero de vergüenza! ¡Cuánta mofa habrá hecho de mi debilidad! ¡Creí humillarla, y fui yo misma el blanco de su escarnio!

BURLEIGH.- Ahora estimaréis el valor de mis consejos.

ISABEL.- ¡Oh! Cruel ha sido mi castigo por no haberlos seguido. Y ¿por qué no darle crédito? ¿Cómo ver en tan tiernos juramentos de amor un lazo pérfido? ¿De quién fiarme, si él me vende? ¡Cuando yo lo he elevado sobre todos los grandes, el preferido por mí, y permitiéndole que en mi corte fuera el primero, casi un rey!

BURLEIGH.- ¡Y, al mismo tiempo, os hacía traición por esa falsa Reina de Escocia!

ISABEL.- ¡Oh! ¡Me lo pagará con su sangre!... Decidme, ¿la sentencia se ha extendido ya?

BURLEIGH.- Está preparada como ordenasteis.

ISABEL.- ¡Ha de morir! ¡Él la verá sucumbir, y la seguirá después! Lo he arrancado de mi corazón. Desvaneciese mi amor, y queda sólo la venganza. ¡Que desde su altura sea más profunda y vergonzosa su caída! ¡Que sea el símbolo de mi rigor, como lo ha sido de mi debilidad! ¡Que lo lleven a la Torre; elegiré los pares que han de juzgarlo! ¡Que se le apliquen las leyes más severas!

BURLEIGH.- Se dará traza de veros y justificarse.

ISABEL.- ¿Cómo se ha de justificar? ¿No lo condena esta carta? ¡Oh! Su delito es tan claro como la luz.

BURLEIGH.- Pero sois buena y compasiva. Su aspecto, el influjo de su presencia...

ISABEL.- No quiero verlo. No; ¡nunca más! ¿Habéis dado la orden de que se vuelva si viene?

BURLEIGH.- Así se ha ordenado.

UN PAJE. (Que entra.)- ¡Milord Leicester!

ISABEL.- ¡Indigno! No quiero verlo. Decidle que no quiero verlo.

EL PAJE.- No me atrevo a decírselo, y además no me creería.

ISABEL.- ¿A tal punto le he engrandecido, que mi mismo servidor lo teme más que a mí?

BURLEIGH. (Al Paje.)- La Reina prohíbe que la vea. (El Paje se va vacilando.)

ISABEL. (Después de un momento de silencio.)- Pero si fuese eso posible... Si pudiera justificarse... Decidme, ¿no podría ser todo ello un lazo, tendido por María, para separarme de mi más fiel servidor? ¡Oh! Ella es una redomada maestra en intrigas. ¿Si habrá escrito sólo la carta para infundir en mi corazón ponzoñosa sospecha, y, porque lo aborrece, precipitarlo en la desdicha...?

BURLEIGH.- Pero reflexionad, señora...

ESCENA VI

Los mismos, y LEICESTER

LEICESTER. (Que abre con ímpetu la puerta, y entra con imperio.)- Quiero yo saber quién es el desvergonzado que me cierra el aposento de mi Reina.

ISABEL.- ¡Hola! ¡Atrevido!

LEICESTER.- ¡Rechazarme a mí! Si está visible para un Burleigh, también lo está para mí.

BURLEIGH.- Sois bien osado para entrar aquí sin permiso.

LEICESTER.- Y vos muy temerario, milord, para hablar ahora aquí. ¡El permiso! ¡No faltaba más! Nadie hay en esta corte con facultades bastantes para conceder o negar la entrada a lord Leicester. (Acercándose humildemente a Isabel.) Que oiga yo de los mismos labios de mi Reina...

ISABEL. (Sin mirarlo.)- ¡Retiraos de mi vista, miserable!

LEICESTER.- Al oír estas palabras ásperas, no las atribuyo a mi bondadosa Isabel, sino al lord mi enemigo... Yo apelo de ellas a mi Isabel... ya que lo escucháis, igualadme a él.

ISABEL.- ¡Hablad, infame! ¡Agravad vuestro delito! ¡Negadlo!

LEICESTER.- Que se vaya primero este importuno... Alejaos, milord... Para lo que he de hablar a la Reina, no necesito testigos. ¡Andad!

ISABEL. (A Burleigh.)-¡Quedaos! ¡Yo lo man-do!

LEICESTER.- ¿Qué necesidad hay de un tercero en discordia entre vos y yo? Me dirijo a mi adorada Reina... Ejerzo los derechos que me corresponden... ¡Y son derechos sagrados! E insisto en ellos, para que milord se vaya.

ISABEL.- ¡Os conviene, a fe mía, usar ese lenguaje orgulloso!

LEICESTER.- Sí, por Dios, porque soy el hombre afortunado a quien habéis concedido el privilegio insigne de vuestro favor, distinción que me enaltece sobre él y sobre todos. Vuestro corazón me ha dado ese alto rango, y lo que el amor me ha prestado, sabré ¡por el cielo! conservarlo a costa de mi vida... Bástanme sólo algunos instantes para que me entendáis.

ISABEL.- Esperáis en vano engañarme con vuestras palabras astutas.

LEICESTER.- Os engañaría quizás ese retórico; pero yo hablaré a vuestro corazón, y cuanto me aventuré a hacer, confiado en vuestro favor, es solo suficiente para justificarme... El tribunal único, que ha de juzgarme, es vuestra inclinación.

ISABEL.- ¡Desvergonzado! Justamente eso es lo que os condena primero... ¡Mostradle la carta, milord!

BURLEIGH.- ¡Hela aquí!

LEICESTER. (Que la lee sin inmutarse.)- Es de puño y letra de la Estuardo.

ISABEL.- ¡Leedla y llenaos de confusión!

LEICESTER. (Tranquilo, después de leerla.)- Las apariencias me condenan; pero ¿puedo acaso confiar en que no se me juzgue por ellas?

ISABEL.- ¿Podéis negar que habéis tenido relaciones secretas con la Estuardo, que habéis recibido su retrato, y que le habéis dado esperanzas de libertarla?

LEICESTER.- Me sería fácil, si me creyera culpable, rechazar el testimonio de mi enemiga. Pero mi conciencia no me acusa, y confieso que ha escrito la verdad.

ISABEL.- ¿Y entonces, desdichado...?

BURLEIGH.- ¡Él mismo se condena!

ISABEL.- ¡Lejos de mí! ¡A la Torre... traidor!

LEICESTER.- No lo soy. He faltado, ocultándoos esto, pero mi propósito, era loable, puesto que sólo tendía a averiguar cuáles eran las intenciones de vuestra enemiga; y a perderla de este modo.

ISABEL.- ¡Triste derrota!

BURLEIGH.- ¡Cómo, milord! ¿Creéis...

LEICESTER.- Mi juego ha sido, arriesgado, constándome que solo el Conde de Leicester podría acometerlo en esta corte. Todo el mundo sabe que odio a la Estuardo. El rango que tengo, la confianza que la Reina me dispensa, han de desvanecer cualquiera duda sobre la rectitud de mi conducta. Bien podía el hombre distinguido entre todos por vuestro favor, distinguirse también por su osadía, y cumplir su deber.

BURLEIGH.- Pero ¿a qué callar, si vuestro designio era bueno?

LEICESTER.- Tenéis por costumbre, oh mi-lord, hablar antes de obrar, y sois la campana que anuncia nuestras propias acciones. Tal es vuestro hábito. El mío, al contrarío, es obrar primero y hablar después.

BURLEIGH.- Y habláis ahora, porque la necesidad os obliga.

LEICESTER. (Mirándolo con desprecio y orgullo, de pies a cabeza.) -Y os alabáis de haber llevado a término una empresa maravillosa, de haber salvado a vuestra Reina, de haber desenmascarado la traición... Creéis saberlo todo, que nada escapa a vuestra vista perspicaz... ¡pobre fanfarrón! A pesar de vuestra vigilancia, hoy mismo estaría libre María Estuardo, si yo no lo impidiera.

BURLEIGH.- ¿Hubieseis acaso...?

LEICESTER.- ¡Yo, milord! La Reina se había fiado de Mortimer; le reveló su secreto, y tan lejos fue, que le confió una sangrienta comisión contra María, por haberla rechazado su tío con horror... Decid ¿no es verdad? (La Reina y Burleigh se miran asombrados)

BURLEIGH.- Y ¿cómo llegasteis a saber...

LEICESTER.- Pero ¿no es así? Ahora bien, milord: ¿en dónde estaban vuestros ojos de Argos, cuando no veíais, que ese Mortimer os engañaba? ¿que era un papista fanático, instrumento de los Guisas, criatura de María Estuardo, entusiasta, osado y valiente, que había venido para libertarla, asesinar a la Reina...?

ISABEL. (Con la mayor sorpresa.)-¿Ese Mortimer?...

LEICESTER.- Era el intermediario entre María y yo, y lo conocí con este motivo, Hoy debía salir ella de su prisión a viva fuerza; según me ha dicho él mismo. Hice que lo prendieran, y desesperado, al considerar que encallaba en su empresa y que sería descubierto, se suicidó.

ISABEL.- ¡Oh! Me han engañado de un modo inaudito... Ese Mortimer...

BURLEIGH.- Y eso ¿ha sucedido ahora? ¿poco después de separarnos?

LEICESTER.- Mucho he lamentado, por lo que me interesa, que haya muerto así. Su testimonio, en vida me exculparía por completo, y me libraría de toda sospecha. Por esta razón quería ponerlo en manos de la justicia. Un proceso, muy severo en sus trámites, hubiese demostrado mi inocencia ante to-do el mundo.

BURLEIGH.- ¿Decís que se suicidó? ¿Se mató con sus propias armas, o lo matasteis vos?

LEICESTER. -¡Indigna sospecha! Que lo pregunten a los guardias, a quienes lo entregué. (Va a la puerta, y llama, y entra el Oficial.) Contad a S.M. lo que ha pasado con Mortimer.

EL OFICIAL.- Yo estaba de guardia en la antesala, cuando milord abrió las puertas de repente, y me mandó prender a un caballero, por delito de alta traición. Vímoslo después enfurecerse, sacar un puñal, y maldiciendo a la Reina horriblemente, y sin que pudiéramos evitarlo, atravesarse el pecho, y caer en tierra muerto...

LEICESTER.- ¡Está bien! Podéis retiraros, caballero. Es lo que deseaba saber la Reina. (Vase el Oficial.)

ISABEL.- ¡Oh! ¡qué horroroso abismo!

LEICESTER.- ¿Quién ha sido, pues, vuestro salvador? ¿Milord, Burleigh? ¿Conocía siquiera el peligro que os amenazaba? ¿Lo ha apartado de vuestra cabeza?... ¡Vuestro fiel Leicester ha sido vuestro ángel de la guarda!

BURLEIGH.- Conde: ese Mortimer ha muerto muy oportunamente para vos.

ISABEL.- No sé qué decir. Os creo, y no os creo. Os considero como culpable y como inocente. ¡Oh mujer odiosa que me traes tantos sinsabores!

LEICESTER.- ¡Es preciso que muera! Ahora pido yo mismo su muerte. Os aconsejé que suspendieseis la ejecución de la sentencia, hasta que se levantase en su ayuda un nuevo defensor. Ya llegó el momento... e insisto en que su suplicio se ejecute sin tardanza.

BURLEIGH.- ¿Y vos lo aconsejáis? ¿Vos?

LEICESTER.- Por mucho que me repugne apelar a esos extremos, entiendo y juzgo que el bien de la Reina exige ese sacrificio cruento. Propongo, por tanto, que la orden para la ejecución se expida inmediatamente.

BURLEIGH. (A la Reina.)- Ya que milord se expresa tan leal y formalmente, opino que él se encargue del cumplimiento de la sentencia.

LEICESTER.- ¿Yo?

BURLEIGH.- ¡Vos! No hay mejor medio de disipar las sospechas, que pesan sobre vuestra conducta, que vos mismo decapitéis a la que se os acusa de amar.

ISABEL. (Mirando fijamente a Leicester)- El consejo de milord me agrada. ¡Que sea así, y no hablemos más

LEICESTER.- La alteza de mi rango debiera eximirme de tan triste comisión... a todas luces más a propósito para un Burleigh que para mí. El que tan cerca se halla de la Reina, nunca debiera ser causante de desdichas. Sin embargo, para probar mi celo y contentar a mi Soberana, renuncio a las prerrogativas que corresponden a mi posición, y acepto ese odioso encargo.

ISABEL.- Lord Burleigh lo desempeñará también con vos. (A Burleigh.) Cuidad de que la orden se cumpla inmediatamente. (Vase Burleigh; óyese fuera tumulto)

ESCENA VII

Los mismos, y el CONDE DE KENT

ISABEL.- ¿Qué sucede, milord de Kent? ¿Qué sedición estalla en la ciudad?... ¿Qué es?

KENT.- Es el pueblo, oh Reina, qué rodea al palacio. Pide a voces veros.

ISABEL.- Y ¿qué desea mi pueblo?

Kent.- Ha circulado en Londres el rumor horrible de que vuestra vida está en peligro, y que os amenazan asesinos, enviados por el Papa; que los católicos se han conjurado para sacar por fuerza a la Estuardo de la cárcel, y, proclamarla reina. El populacho lo cree, y está furioso. Sólo la decapitación de la Estuardo, que ha de ejecutarse hoy, podrá calmarlo.

ISABEL.- ¿Qué decís? ¿Intentarán obligarme a ello?

KENT.- Están resueltos a no retirarse hasta que hayáis firmado la sentencia.

ESCENA VIII

Los mismos, y BURLEIGH y DAVISON, con un escrito.

ISABEL.- ¿Qué traéis, Davison?

DAVISON. (Acercándose con gravedad.)- Habéis ordenado, oh Reina...

ISABEL.- ¿Qué es esto? (Al tomar el escrito, tiembla y retrocede.) ¡oh, Dios mío!

BURLEIGH.- Obedeced a la voz del pueblo, que es la voz de Dios.

ISABEL. (Vacilante, y en lucha consigo misma.)¡Oh, lores míos! ¿Quién será capaz de decirme, si la voz, que oigo, es la de todo mi pueblo, la voz del mundo? ¡Ah! ¡Cuánto temo, si obedezco a la voz de la muchedumbre, oír otra voz más espantosa, muy diversa... sí; que los mismos que ahora me obligan a la fuerza a ejecutar una acción, sean, después de consumada, los más severos en censurarla!

ESCENA IX

Los mismos, y el CONDE DE SHREWSBURY.

SHREWSBURY. (Que se presenta muy agitado.)¡Intentad precipitaros, oh Reina! ¡Resistid, resistid con firmeza! (Al ver a Davison con el escrito.) ¿Pero se ha hecho ya? ¿Es cierto? Observo un malhadado papel en esas manos. No conviene presentarlo ahora a la vista de nuestra Soberana.

ISABEL.- ¡Me hacen violencia, oh noble Shrewsbury

SHREWSBURY.- ¿Cómo ha de ser eso posible? Sois nuestra Reina, y esta es ocasión de demostrar vuestro poder. Imponed silencio a esas voces bárbaras, que osan forzar vuestra regia voluntad, y sobreponerse a vuestro juicio. El miedo, la ciega insensatez mueven al pueblo, y Vuestra Majestad misma esta fuera de sí, vivamente irritada, porque sois mortal al cabo, y no podéis juzgar ahora con libertad.

BURLEIGH.- La sentencia se ha pronunciado largo tiempo hace. No se trata ya de decretar ninguna sentencia, sino de ejecutarla.

KENT. (Que se ha alejado al entrar Shrewsbury, y que vuelve.)- El motín crece, y no se podrá contener.

ISABEL. (A Shrewsbury.)-¿Veis cómo me obligan?

SHREWSBURY.- Sólo pido un plazo. Esa plumada decide de vuestra paz y de vuestra vida. Después de reflexionarlo tantos años, ¿ha de arrastraros un momento de ceguedad? ¡Sólo un corto plazo! Reanimaos, y aguardad otra hora más tranquila.

BURLEIGH. (Conmovido.)-Esperad, dilatadlo, diferidlo, hasta que arda todo el reino, basta que vuestra enemiga prospere y realice su proyectado asesinato. Por tres veces os ha salvado la mano del Altísimo. Hoy mismo ha estado cerca de vos; pero esperar otro milagro más, es tentar al Hacedor.

SHREWSBURY.- El Dios, que os ha salvado cuatro veces maravillosamente, el que hoy infundió vigor bastante en el brazo de un débil anciano para vencer a un furioso... ¡merece confianza! No quiero invocar en voz alta los fueros de la justicia, porque no es ésta la ocasión, y las circunstancias extraordinarias, que os rodean, no os permiten escucharla. Pero oíd sólo esto. Tembláis ahora ante esa María con vida. No hay que temerla viva. La temible será la muerta, la decapitada. Se alzará de su sepulcro, nueva Diosa de la discordia, y como espíritu de venganza recorrerá vuestros dominios, y apartará de su Reina el corazón del pueblo. El inglés odia ahora a esa mujer, a quien teme, y la vengará cuando ya no exista. No será ya para él la enemiga de su religión, sino sólo la hija de sus soberanos, la víctima del odio y de los celos, y entonces la llorará, en vez de condenarla. Pronto observaréis el cambio. Recorred a Londres, después que se ejecute ese sangriento suplicio; mostraos al pueblo, que antes se deshacía en vítores al veros, y contemplaréis otra Inglaterra, otro pueblo distinto, que no os mirará ya rodeada de esa suprema justicia que gana todos los corazones. El miedo, el horrible compañero de la tiranía, os precederá, y dejará desiertas las calles. Habréis llegado a lo último, al extremo más inaudito. ¿Qué cabeza se creerá segura, si cae esa sagrada?

ISABEL.- ¡Ay de mí, Shrewsbury! Hoy me habéis salvado la vida, librándome del puñal del asesino... ¿Por qué lo hicisteis? Así habría terminado mi carrera; y no culpable, y al abrigo de toda duda, descansaría tranquila en mi tumba. ¡Harta estoy ya, en verdad, de la vida y del reino! Si una de las dos Reinas ha de perecer, para que la otra exista... y confieso que no es posible otra cosa... ¿por qué no he de ser yo la que ceda el puesto? Mi pueblo puede elegir, porque yo le devuelvo sus poderes. Dios es testigo de que no he vivido para mí, sino sólo para hacer la dicha de mis súbditos. Si aguarda días más felices de esa seductora Estuardo, de esa Reina joven, bajo contenta del trono, y regreso a mi antiguo retiro de Woodstock, en donde pasé mi juventud sin pretensiones, y en donde, lejos del bullicio de las grandezas mundales, encontraba en mí misma cuanto deseaba... No sirvo para Reina. El Monarca ha de tener un corazón duro, y el mío no lo es. Largo tiempo he gobernado esta Isla con fortuna, porque sólo dispensaba el bien. Por primera vez he de cumplir un deber rigoroso y conozco mi impotencia...

BURLEIGH.- Cuando yo, ¡por vida de Dios! me veo obligado a oír de los labios de mi Reina palabras tan impropias de su supremo rango, haría traición a mi conciencia, y también a mi patria, si callara... Decís que amáis a vuestro pueblo más que a vos misma. ¡Probadlo, pues! No busquéis vuestra tranquilidad personal, abandonando el reino a terribles borrascas... ¡Pensad en la Iglesia! ¿Volverán con esa Estuardo las añejas supersticiones? ¿Reinarán de nuevo los frailes, y vendrá el legado de Roma para cerrar nuestros templos y destronar nuestros Reyes?... Os hago responsable de la paz de todos vuestros súbditos... Según sea vuestra conducta, se salvarán o se perderán. No es ésta ocasión de hacer alarde de compasión mujeril, porque el bienestar de vuestro pueblo es

vuestro más sagrado deber. Si Shrewsbury os ha librado de la muerte, yo quiero libertar a Inglaterra... ¡Esto vale más!

ISABEL.- Dejadme entregada a mí misma. Los hombres no aconsejan ni consuelan en estos momentos críticos. Los someto al Juez Supremo. Haré lo que me inspire. ¡Alejaos, milores! (A Davison.) Vos, caballero, quedas a mi alcance. (Vanse los lores: solo Shrewsbury permanece algunos instantes ante la Reina, mirándola con intención, y después se retira lentamente, presa del más acerbo dolor.)

ESCENA X

ISABEL, sola.

ISABEL.- ¡Oh esclavitud popular! ¡Vergonzosa servidumbre!... ¡Cuán harta estoy de adular a ese ídolo, que desprecio en mi interior! ¿Cuándo me veré libre en este trono? He de respetar la opinión, conquistar las alabanzas de la multitud, y ser justa con ese populacho, a quien sólo agradan los juglares. ¡Oh! No es Rey el que ha de complacer a todos. Sólo lo es quien no necesita que los hombres aprueben su conducta.¿Por qué he practicado la justicia, y odiado la arbitrariedad, durante mi vida? ¿Por qué me he atado las manos, para cometer esta mi primera e inevitable violencia? El ejemplo que di me condena. Si yo fuera tiránica, como la española María, mi antecesora en el solio, podría ahora sin censuras derramar sangre de reyes. Pero ¿he sido justa por mi propia y libre elección? La todopoderosa necesidad, que obliga también a la voluntad de los Soberanos, me ha impuesto esa virtud.

Cercada de enemigos, sólo el favor popular me ha sostenido sobre el trono disputado. Todas las potencias del continente se esforzaban en derribarme. El Papa, irreconciliable, me excomulga; Francia, fingiendo amor fraternal, me hace traición; y España prepara contra mí guerra abierta marítima, de rabia y de exterminio. Así yo, débil mujer, lucho contra el mundo. Eminentes virtudes han de suplir mi falta de derechos, y borrar la mancha de mi nacimiento, anatematizado por mí mismo padre. Pero todo en vano... El odio de mis adversarios lo descubre, y frente a mí se presenta siempre ese espectro de la Estuardo, sin Cesar amenazándome. ¡No! Ese temor ha de cesar al fin. Su cabeza ha de caer. Quiero vivir en paz... Ella es el tormento de mi vida; un espíritu vengador, suscitado contra mí por el destino. En donde espero una alegría, en donde fundo una esperanza, encuentro a mi paso esa serpiente del infierno. Róbame mi amante, me arrebata mi prometido. María Estuardo es el nombre de todas las desdichas que me rodean. En cuanto sea borrada del catálogo de los vivos, seré libre, como el aire en las alturas. (Cállase un momento.) ¡Con qué sarcasmo me miró de soslayo, como si su mirada hubiera de aniquilarme como el rayo! ¡Imbécil! ¡Yo empleo mejores armas porque su herida es mortal, y dejarás de existir! (Acercándose a la mesa con rapidez, y cogiendo una pluma.) ¿Soy Una bastarda para ti?... ¡Desventurada! Lo soy sólo. mientras vivas y respires. Las dudas sobre la legitimidad de mi nacimiento desaparecerán en cuanto tú desaparezcas. Cuando el inglés no pueda hacer otra elección, habré, nacido en tálamo legítimo. (Firma de una plumada repentina y segura; deja caer la pluma, y retrocede horrorizada. Después de una breve pausa, llama.)

ESCENA XI

ISABEL y DAVISON.

ISABEL.- ¿En dónde están los otros lores?

DAVISON.- Han ido a aplacar al pueblo sublevado. El tumulto cesó en el instante en que se presentó el Conde de Shrewsbury. «¡Ese es! ¡Ese es!» clamaron cien voces, «el que salvó a la Reina, el hombre más respetable de Inglaterra.» Entonces habló el noble Talbot, y reconvino al pueblo con dulzura, por su conducta violenta, expresándose con tal energía, que todos se calmaron y dejaron tranquilos la plaza.

ISABEL.- ¡Inconstante muchedumbre, que se trueca como el viento! ¡Ay de aquel que se apoye en esa caña!... ¡Está bien, Davison! ¡Podéis retiraros!
(Al volverse aquel hacia la puerta.) Y este papel... tomadlo... en vuestras manos lo pongo.

DAVISON. (Mirando el papel, y estremeciéndose.)¡Oh Reina! ¡Vuestro nombre! ¿Lo habéis resuelto?

ISABEL.- Debía firmar, y he firmado. Una hoja de papel, sin embargo, nada decide, y un nombre no mata.

DAVISON.- Vuestro nombre, oh Reina, al pie de este escrito, lo decide todo; mata, es un rayo del cielo, de alas rápidas... Este papel ordena a los comisarios y al sherif, que se encaminen inmediatamente a Fotheringhay a buscar a la Reina de Escocia, para anunciarle la muerte, y que mañana, al rayar el día, la decapiten. No se fija plazo alguno, y sólo vivirá mientras no salga esta orden de mis ma-nos.

ISABEL.- ¡Sí, caballero! Dios confía a vuestras débiles manos un asunto grave e importante. ¡Rogadle que os ilumine con su sabiduría! Me voy, y os abandono a vuestro deber. (Hace ademán de irse.)

DAVISON. (Deteniéndola.)-¡No, Reina mía! No me dejéis hasta no declararme vuestra voluntad. ¿De qué sabiduría necesito, si cumplo vuestra orden a la letra?... ¿Ponéis este papel en mis manos, para que yo ejecute con rapidez lo que ordena?

ISABEL.- Obraréis según os dicte vuestra prudencia.

DAVISON. (Interrumpiéndola con prontitud, y asustado.)-¡No según mi prudencia! Líbreme de ello Dios. Toda mi prudencia es obedecer. Vuestro servidor nada tiene que decidir aquí. El error más insignificante causaría en esto un regicidio, una desdicha, tan grande como irreparable. Permitidme que, en este gravísimo asunto, sea yo tan sólo ciego instrumento de vuestra voluntad. Explicadme con claridad vuestro propósito. ¿Qué se ha de hacer con esta orden sanguinaria?

ISABEL.- Su nombre lo dice.

DAVISON.- ¿Ha de cumplirse, pues, al punto?

ISABEL. (Vacilando.)- No digo eso, y tiemblo sólo en pensarlo.

DAVISON.- ¿Queréis, por tanto, que la guarde algún tiempo?

ISABEL. (Con viveza.)- A vuestro riesgo. ¡Sois responsable de las consecuencias!

DAVISON.- ¿Yo? ¡Santo Dios!... Decid, Reina, ¿qué deseáis?

ISABEL. (Impaciente.)-Deseo no pensar más en este mal. hadado asunto, y tranquilizarme de una vez, y para siempre.

DAVISON.- Sólo os costará pronunciar una palabra. ¡Oh! Hablad; decid lo que se ha de hacer con esta orden!

ISABEL.- ¡Ya lo he dicho! No me atormentéis más.

DAVISON.- ¿Que lo habéis dicho? A mí nada me habéis dicho... ¡Oh! ¡Ruego a mi Soberana que lo recuerde bien!

ISABEL. (Dando con el pie en el suelo.)-¡Esto es insufrible!

DAVISON.- Tened compasión de mí. Desempeño este cargo hace pocos meses. No conozco el lenguaje de la corte y de los Reyes... Mi educación ha sido muy sencilla. ¡Tened, pues, paciencia con vuestro criado! No seáis avara de órdenes, que han de instruirme y poner en claro mi obligación. (Acércase con ademán suplicante, y ella le vuelve las espaldas; Davison se queda como desesperado, y después habla con energía.) ¡Tomad de nuevo este papel! ¡Tomadlo! Paréceme que tengo un hierro ardiendo en las manos. No me elijáis para serviros en asunto tan horrible.

ISABEL.- ¡Cumplid vuestro deber! (Vase.)

ESCENA XII

DAVISON, y después BURLEIGH

DAVISON.- ¡Se va! Déjame indeciso, desesperado, con esta orden atroz... ¿Qué hago? ¿La guar-do? ¿La entrego? (A Burleigh, que entra.) ¡Oh, bien, bien! ¡A tiempo llegáis, mi lord! Sois quien me ha dado este cargo. ¡Eximidme de él! Lo acepté sin comprender su alcance: Dejadme volver a la oscuridad en que me hallasteis, porque no es este mi puesto...

BURLEIGH.- ¿Qué tenéis, señor? ¡Reponeos! ¿En dónde está la sentencia? La Reina os mandó llamar.

DAVISON.- Me ha dejado en la mayor cólera. ¡Oh! ¡Aconsejadme! ¡Ayudadme! ¡Sacadme de esta duda, de esta infernal angustia! Aquí está la sentencia... está firmada.

BURLEIGH. (Con viveza.) - ¿Lo está? ¡Oh! ¡Dádmela, dádmela!

DAVISON.- No me atrevo.

BURLEIGH.- ¿Cómo?

DAVISON.- No me ha dicho con claridad su deseo.

BURLEIGH- ¿No con claridad? Pero la ha firmado. ¡Dádmela!

DAVISON.- ¿He de cumplirla... o no?... ¡Dios mío! ¿Sé yo acaso lo que he de hacer?

BURLEIGH. (Instándole vivamente.)- Al instante, al momento habéis de ejecutarla. ¡Dádmela! ¡Sois hombre perdido si lo dilatáis!

DAVISON.- ¡Soy hombre perdido, si me apresuro!

BURLEIGH.- Sois un loco; sois un insensato. ¡Dádmela! (Arrebátale la orden, y vase con ella.)

DAVISON. (Corriendo detrás de él.)- ¿Qué hacéis? Quedaos aquí. ¡Me precipitáis en mi ruina!

ACTO V

El mismo aposento que en el acto primero.

ESCENA PRIMERA

ANA KENNEDY, vestida de rigoroso duelo, con los ojos llorosos, y presa del más acerbo, aunque callado dolor, está ocupada en sellar papeles y cartas. Con frecuencia la interrumpen los sollozos en su ocupación, y se pone a orar. PAULET y DRURY, vestidos también de negro, entran, síguenlos muchos criados, que traen vasos de oro y plata, espejos, cuadros, y otros objetos de valor, llenando con ellos el fondo del teatro. PAULET entrega a la nodriza una cajita de joyas con un papel, diciéndole, por señas, que es la lista de los objetos recibidos por él. A la vista de estas riquezas, se renueva el dolor de ANA; queda sumida en la aflicción más profunda, mientras los demás se retiran. MELVIL entra.

ANA. (Gritando al verlo.)- ¡Melvil! ¿Sois vos? ¿Os veo de nuevo?

MELVIL.- Sí, fiel Ana, nos vemos otra vez.

ANA.- Tras larga, muy larga y penosa separación.

MELVIL.- Y en momentos bien tristes y dolorosos...

ANA.- ¡Dios mío! Venís...

MELVIL.-A despedirme, por última vez, a despedirme, para siempre, de mi Reina.

ANA.- Ahora, al fin, ahora, el día de su muerte, se le permite la tan solicitada visita de los suyos... ¡Oh, querido caballero! no os pregunto cuál ha sido vuestra vida, ni me propongo contaros los sufrimientos que hemos experimentado desde que os separaron de nosotras. ¡Ay de mí! Pronto llegará ocasión de hacerlo. ¡Oh, Melvil, Melvil! ¿Habíamos de vivir, para ver este día?

MELVIL.- No nos enternezcamos mutuamente. Yo lloraré, mientras exista; jamás animará mi rostro una sonrisa ni dejaré jamás estas negras vestiduras.

Siempre lloraré pero hoy he de mostrar firmeza... Prometedme también conteneros... Y cuando todos los demás se abandonen sin consuelo a la desesperación, nosotros la precederemos, con noble y varonil continente, y la serviremos de apoyo en el camino.

ANA.- ¡Melvil! Os equivocáis, si creéis que la Reina necesita de nuestro auxilio para encaminarse con entereza al suplicio. Ella misma nos dará ejemplo de digna firmeza. Nada temáis. María Estuardo morirá como Reina y como heroína.

MELVIL.- ¿Mostró serenidad al anunciarle la muerte? Dicen que estaba desprevenida.

ANA.- No es cierto. Otros temores acongojaban a mi señora. No temblaba María por la muerte, sino por su libertador... Nos habían prometido salvarnos. Mortimer nos dijo que esta misma noche nos pondría en libertad; y, entre el miedo y la esperanza, llena de dudas sobre si confiaría su honor y su real persona a ese joven atrevido, aguardaba la Reina el día... Entonces se promovió gran tumulto en el castillo, y nos asustó el golpe repetido de muchos martillazos. Creíamos oír a nuestros libertadores; la esperanza nos sonreía, y el amor involuntario
o irresistible de la vida se hacía sentir en nosotras...
Ábrese la puerta... Sir Paulet entra, y nos anuncia... que... ¡los carpinteros levantaban el cadalso a nuestros pies! (Vuélvese, dominada por el dolor.)

MELVIL.- ¡Justo Dios! ¡Oh! Decidme; ¿cómo, soportó María esta mudanza horrible?

ANA. (Después de una pausa y de reponerse algo.)No se renuncia a la vida paso a paso. De una vez, repentinamente, en un momento, ha de pasarse de lo temporal a lo eterno, y, en ese instante, Dios concedió el don a mi Señora de rechazar con energía todo lo terreno, y lanzarse con fe vivísima hacia el cielo. Ningún signo de pálido temor, ni una palabra suplicante ha deshonrado a mi Reina... Sólo cuando después supo la vergonzosa traición de lord Leicester, y la deplorable muerte del digno joven, que se había sacrificado por ella, así como el profundo dolor del anciano caballero, al considerar que, por su causa, había de renunciar a su última esperanza; sólo entonces corrieron sus lágrimas. No deploraba su propia desventura, sino la ajena.

MELVIL.- ¿En dónde está? ¿Podéis presentarme a ella?

ANA.- Pasó orando el resto de la noche; se despidió por cartas de sus amigos más queridos, y escribió su testamento por sí misma. Descansa hace
poco, y duerme su último sueño. MELVIL.- ¿Quién está en su compañía? ANA.- Su médico Burgoyn y sus damas.

ESCENA II

Los mismos, y MARGARITA KURL.

ANA.- ¿Qué se os ofrece, mistress? ¿Ha despertado la señora?

MARGARITA. (Enjugándose las lágrimas.)- Está ya vestida... Os llama.

ANA.- ¡ Voy allá! (A Melvil, que quiere acompañarla.) No me sigáis, hasta que la prepare para recibiros. (Vase.)

MARGARITA.- ¡Melvil! ¡El antiguo mayordomo de su casa!

MELVIL.- El mismo soy.

MARGARITA.- Ya hoy no lo necesita... ¡Melvil! ¿Venís de Londres? ¿Podéis darme noticias de mi esposo?

MELVIL.- Dicen que se le pondrá en libertad, en cuanto...

MARGARITA.- ¿La Reina no exista? ¡Indigno y bajo traidor! Es el asesino de esta querida señora. Por su testimonio, según se asegura, la han condenado.

MELVIL.- ¡Así es!

MARGARITA.- ¡Que su alma sea maldita, hasta en los infiernos! Su testimonio es falso...

MELVIL.- ¡Reflexionad en lo que decís, milady Kurl!

MARGARITA.- Lo juraré en los estrados del tribunal; quiero repetirlo en su presencia, y que el mundo entero lo sepa. ¡Ella muere inocente!

MELVIL.- ¡Oh! ¡Permítalo así Dios!

ESCENA III
Los mismos, y BURGOYN, y después ANA.
BURGOYN. (Al ver a Melvil.)- ¡Oh, Melvil! MELVIL. (Abrazándolo.)- ¡Burgoyn!
BURGOYN. (A Margarita.)- ¡Preparad una copa
de vino para nuestra Señora! ¡Apresuraos! (Vase Margarita.)

MELVIL.- ¿Cómo? ¿No se siente buena la Reina?

BURGOYN.- Está animosa; su heroico valor la engaña, y cree que no necesita de ningún alimento; pero le aguarda todavía una lucha terrible, y sus enemigos no han de vanagloriarse de que el miedo a la muerte haga palidecer sus mejillas, si la naturaleza cede a la debilidad.

MELVIL. (A la nodriza, que entra.)- ¿Quiere verme?

ANA.- Estará aquí en seguida... Parece que os admiráis, y me preguntáis con los ojos ¿qué significa esta ostentación en la morada de la muerte?... ¡Oh, señor! Sufrimos miserias en vida, y ahora, con la muerte, viene la abundancia.

ESCENA IV
Los mismos.- Otras dos camaristas de MARÍA, vestidas también de negro, que prorrumpen en sollozos, al ver a MELVIL.

MELVIL.- ¡Qué aspecto! ¡Qué horribles preparativos! ¡Gertrudis, Rosamunda!

LA SEGUNDA CAMARISTA.- ¡Nos ha deja-do! ¡Quiero por última vez hablar a Dios! (Vienen otras dos mujeres, vestidas de negro como las precedentes, que expresan su pena con gestos mudos.)

ESCENA V
Los mismos, y MARGARITA KURL.- Trae una copa dorada con vino, y la pone en la mesa, apoyándose en un sillón, pálida y temblorosa.

MELVIL.- ¿Qué tenéis, mistress? ¿Qué os
asusta así? MARGARITA.- ¡Oh Dios! BURGOYN.- ¿Qué tenéis? MARGARITA.- ¿Qué me han obligado a ver? MELVIL.- ¡Reanimaos! Decidnos, ¿qué es?
MARGARITA.- Cuando yo, con esta copa de
vino, subía la escalera grande que lleva a la sala baja, se abrió la puerta... miré... y vi... ¡Oh Dios! MELVIL.- ¿Qué visteis? Cobrad ánimo.

MARGARITA.- Todas las murallas estaban cubiertas de negro, y un gran cadalso, con paños del mismo color, se levantaba desde la tierra: en medio se destacaba un tajo negro, un cojín, y, a su lado, un hacha afilada y brillante... La sala estaba llena de hombres, que se apretaban alrededor de estos instrumentos de muerte, y cuyos ojos, ávidos de sangre, esperaban el sacrificio.

LAS CAMARISTAS.- ¡Oh Dios! ¡Apiadaos de nuestra señora!

MELVIL.- ¡Disimulad, que viene!

ESCENA VI
Los mismos, y MARÍA, vestida de blanco y con lujo, trayendo al cuello un Agnus Dei, pendiente de una cadena, formada de bolas pequeñas; lleva a la cintura un rosario, un Crucifijo en la mano, una diadema en la frente y un gran velo negro echado hacia atrás. Al presentarse, todos los asistentes se forman a uno y otro lado, expresando el más acerbo dolor. Melvil, por un movimiento involuntario, se ha puesto de rodillas.

MARÍA. (Mirando con dignidad a su derredor.)- ¿Por qué os quejáis? ¿Por qué lloráis? Deberíais alegraros conmigo, porque, al cabo, está próximo el término de mis sufrimientos; caen mis lazos, ábrese mi cárcel, y mi alma, satisfecha, volará en breve, perpetuamente libre. Cuando yo, bajo el poder de mi orgullosa enemiga, era el blanco de indignidades, impropias de una Reina libre y grande... entonces era, ocasión de compadecerme... Bienhechora y salvadora, mi amiga de corazón, vive para mí la muerte. Sus negras alas cubren mi vergüenza... Ese supremo trance ennoblece y realza

al mortal más abyecto. ¡Siento la corona en mi cabeza, y noble orgullo que llena mi alma! (Dando algunos pasos.) ¿Cómo? ¿Melvil aquí?... ¡No así, noble caballero! ¡Levantaos! Venís para ser testigo del triunfo, no del suplicio de vuestra Reina. Espérame una dicha que nunca aguardé, que mi reputación no queda en las manos, de mi enemiga, que me resta un amigo de las mismas creencias... Decid, ilustre joven, ¿qué ha sido de vuestra vida en ese país enemigo e ingrato, desde que os arrancaron de mi lado? Al pensar en vuestra suerte, no leve inquietud ha afligido a mi corazón.

MELVIL.- Ninguna otra pena he sentido que la de vuestra desgracia, y mi impotencia en remediarla.

MARÍA.- ¿Qué ha sido de Didier, mi viejo servidor? Acaso este súbdito leal duerme ha largo tiempo el sueño eterno, porque era hombre de muchos años.

MELVIL.- Dios no le ha concedido esa gracia. Vive para conocer la muerte de su joven Soberana.

MARÍA.- ¡Ah! ¡Que no sea yo bastante afortunada para abrazar, antes de morir, a ninguno de los unidos a mí por los vínculos de la sangre! He de sucumbir entre extraños, y sólo veré correr vuestras lágrimas... Melvil, confío a vuestro fiel corazón mis últimos votos por los míos... Bendigo al Rey cristianísimo, mi suegro, y a toda la familia real de Fran-cia... Bendigo a mi tío el Cardenal, y a Enrique de Guisa, mi noble primo. Bendigo también al Papa, Santo Vicario de Jesucristo, que a su vez me bendice, y al Rey Católico, que se ha ofrecido generosamente a ser mi libertador y vengador... Todos figuran en mi testamento y recibirán muestras de mi afecto, y no las despreciarán, teniendo presente mi pobreza. (Volviéndose hacia sus servidores.) Os recomiendo a mi real hermano de Francia, que cuidará de vosotros, y os dará una nueva patria. Y si mi último ruego tiene algún valor para vosotros, no os quedéis en Inglaterra, para que el orgulloso inglés no se regocije en vuestra desdicha, ni vea en el polvo a quien me ha servido. Prometedme, por esta imagen de Cristo, que, en cuanto yo muera, abandonaréis este país desventurado.

MELVIL. (Tocando el Crucifijo.)- Os lo juro en nombre de todos.

MARÍA.- Cuanto yo, pobre y desventurada, poseo, y de cuanto puedo disponer libremente, lo he distribuido entre vosotros, y espero que respetéis mi última voluntad. Vuestro es también cuanto lleve yo al suplicio... Permitidme, además, que, en mi camino hacia el cielo, me engalano con los esplendores de la tierra. (A sus doncellas.) A ti, mi Alix, a Gertrudis y Rosamunda destino yo mis perlas y vestidos, porque sois jóvenes, y os agradan las joyas y los adornos. Tú, Margarita, tienes los más legítimos derechos a mi generosidad, porque, al dejarte, eres la más desdichada de todas. Mi testamento probará que no quiero vengarme en ti de la culpa de tu esposo... A ti, oh mi fiel Ana, no te seduce ni el valor del oro ni el lujo, de las perlas, y mi memoria será tu alhaja más preciada. ¡Toma este pañuelo! Lo he bordado yo misma para ti, en mis horas de angustia, bañándolo mis lágrimas. Con él me vendarás los ojos, si es posible... quiero recibir de mi Ana este postrer servicio.

ANA.- ¡Oh, Melvil! ¡No puedo sufrir esto!

MARÍA.- ¡Venid todos! ¡Venid, y oíd mi último adiós! (Preséntales su mano, y la besan uno tras otro, cayendo a sus pies y llorando amargamente.) ¡Adiós, Margarita!... ¡Alix, adiós!... gracias, Burgoyn, por vuestros fieles servicios... Tus labios abrasan, Gertrudis... Mucho, me odian, pero mucho también me aman. Que un hombre generoso haga feliz a mi Gertrudis, porque su ardiente corazón se inclina al amor... ¡Berta! Tú has elegido la parte mejor, porque serás casta esposa del cielo. ¡Oh! ¡Apresúrate a pronunciar tus votos! Engañosos son los bienes de la tierra. ¡Apréndelo de tu Reina! ¡Nada más! ¡Adiós, adiós para siempre! (Vuélvese con rapidez y todos se alejan, menos Melvil)

ESCENA VII
MARÍA Y MELVIL.

MARÍA.- He arreglado todo lo mundano, y espero abandonar este mundo sin deber nada a los hombres... Sólo una cosa, Melvil, molesta a mi alma angustiada, antes de elevarse libre y contenta.

MELVIL.- ¡Decídmela! Aliviad vuestro pecho, y confiad vuestras penas a vuestro fiel amigo.

MARÍA.- Estoy ya al borde de la eternidad. Pronto compareceré ante el Juez Supremo, y aun no me he reconciliado con lo más santo. Me han negado el auxilio de un sacerdote de mi religión. No quiero recibir de manos de un falso ministro el alimento sagrado del Santo Sacramento. Quiero morir fiel a mi creencia, porque es la única que da la bienaventuranza.

MELVIL.- ¡Tranquilizaos! Valen en el cielo los deseos sinceros y piadosos tanto como su cumplimiento. El poder de los tiranos sólo alcanza al cuerpo, y el fervor del alma se eleva libre hasta Dios. La letra muere, y sólo vive la fe.

MARÍA.- ¡Ay, Melvil! El corazón no se basta a sí mismo, y la fe necesita de alguna prenda terrestre, para apropiarse los favores del cielo. Por esto se hizo Dios hombre, y encerró en su envoltura corporal los misteriosos e invisibles dones del cielo... La santa, la sublime Iglesia nos ofrece la escala que lleva al trono de Dios. Llámase universal o católica, porque la fe de todos confirma la de cada uno. Cuando miles de personas oran y adoran, su ardor es una llama, y el espíritu, desplegando sus alas, se levanta a las alturas del Empíreo... ¡Ay de mí! Dichosos aquellos a quienes ha tocado en suerte orar juntos en el templo del Señor. El altar está adornado, arden los cirios, suena la campana, difúndese el incienso; el Obispo, revestido de su ropa a sin tacha, toma el cáliz, lo bendice, proclama el santo misterio de la Transustanciación, y el pueblo creyente, que lo presencia, se prosterna ante el Dios vivo... ¡Ah! Yo sola me veo excluida de esa santa ceremonia, y la bendición divina no llega hasta mi cárcel.

MELVIL.- ¡Penetra hasta vos! ¡Está cerca! Confiad en el Todopoderoso... La vara seca brota hojas en la mano del creyente. El que hizo saltar la fuente del peñasco, puede preparar el altar en vuestra prisión, y mudar al punto para vos en celestial bebida el contenido terrestre de esta copa. (Toma la copa, que está sobre la mesa.)

MARÍA.- ¿Os comprendo, Melvil? Sí; os comprendo. Aquí no hay sacerdote, ni iglesia, ni santo... Pero el Redentor dijo: «En donde dos personas se reúnan en mi nombre yo estaré con ellas.» ¿Qué hace del sacerdote el ministro del Señor? Un corazón puro, una conducta irreprochable... Sois, por tanto, para mí, aunque no consagrado, un sacerdote, un ministro del Señor, que me trae la tranquilidad... Voy a haceros mi última confesión, para que me absolváis.

MELVIL.- Ya que es tan ferviente vuestro deseo, sabed, oh Reina, que, por consolaros, puede hacer Dios un milagro. ¿Decís que no hay aquí sacerdote, ni iglesia, ni hostia?... Os engañáis. Hay aquí un sacerdote, y también el cuerpo de Dios. (Descúbrese la cabeza, al pronunciar estas palabras, y al mismo, tiempo enseña una hostia en un vaso de oro.) Yo soy un sacerdote; para oír vuestra última confesión, para tranquilizar vuestro ánimo en el camino de la muerte, he recibido las sagradas órdenes, y traigo esta hostia consagrada, para vos, por nuestro Padre Santo.

MARÍA.- ¡Oh! Entonces, en los mismos umbrales de la muerte, me aguarda goce celestial. Como en doradas nubes desciende un inmortal; como un tiempo libró un ángel al apóstol de las cadenas de su calabozo, sin detenerlo los cerrojos, ni la espada del carcelero, discurriendo libremente por las puertas cerradas, y apareciendo en la prisión, rodeado de aureola esplendorosa, así me sorprende ahora él enviado de Dios, cuando me abandonan los libertadores de la tierra... ¡Y vos, un día mi servidor, lo sois ahora del

Altísimo, y también su santo ministro! Como vuestras rodillas se doblaban antes en nuestra presencia, así ahora las mías se prosternan ante vos. (Arrodillase.)

MELVIL. (Haciendo sobre ella la señal de la cruz.)¡En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo! Reina María, has examinado tu corazón; juras y prometes confesar la verdad, ante el Dios de la verdad?

MARÍA.- Abierto está mi corazón ante Dios y ante vos.

MELVIL.- Decid, ¿de qué pecados os acusa la conciencia desde la última vez que os reconciliasteis con Dios?

MARÍA.- Llena estaba mi alma de odio envidioso, y en mi pecho bullían pensamientos de venganza. Yo, pecadora, esperaba que, Dios me perdonase, y no podía perdonar a mi rival.

MELVIL.- ¿Os arrepentís de vuestro pecado, y os halláis firmemente decidida a dejar absuelta este mundo?

MARÍA.- Tan verdad es, como espero que Dios me perdone.

MELVIL.- ¿De qué otro pecado os acusáis?

MARÍA.- ¡Ay de mí! No sólo por el odio, por el amor mundano he ofendido aún más al Misericordioso. Mi vano corazón se inclinaba al hombre que me ha vendido y engañado.

MELVIL.- ¿Os arrepentís de vuestra falta, y, dejando ese ídolo terrestre, vuestra alma se ha dirigido sólo a Dios?

MARÍA.- He sostenido terrible lucha, pero el lazo terrestre ha quedado roto.

MELVIL.- ¿Os acusa de algo más vuestra conciencia?

MARÍA.- ¡Ay de mí! Un antiguo crimen, confesado ha largo tiempo, acude a mi memoria con horrores siempre nuevos en mi última hora, y se revuelve sombrío ante mis ojos en las mismas puertas de la gloria. Dejé matar al Rey, mi esposo, y di a su asesino mi mano y mi corazón. Lo he expiado rigurosamente, practicando las penitencias de la Iglesia, pero no se acalla el gusano roedor de mi remordimiento.

MELVIL.- ¿No os acusáis de ningún otro pecado, no confesado, ni expiado?

MARÍA.- Ya sabéis cuanto abruma a mi conciencia.

MELVIL.- ¡Pensad en el Dios Omnipotente, tan cerca de vos! ¡Pensad en el castigo, impuesto por la Santa Iglesia a los que hacen una confesión defectuosa! Es un pecado mortal, dirigido contra el Espíritu Santo.

MARÍA.- Así Dios me conceda su eterna gracia en mi último combate, como nada os he ocultado a sabiendas.

MELVIL.- ¿Cómo? ¿Ocultáis a vuestro Dios el crimen que los hombres castigan en vos? ¿Nada me decís de vuestra participación sangrienta en el delito de alta traición do Babington y Parry? Por este hecho sufriréis la muerte terrestre. ¿Queréis sufrir también la eterna?

MARÍA.- Estoy pronta a entrar en la vida perdurable. Aun antes que dé la vuelta el minutero, estaré ante el trono de mi Juez. Os repito, por tanto, que mi confesión ha terminado.

MELVIL.- Pensadlo bien. A veces nos engañamos. Habéis, acaso, con astuta doblez, esquivado pronunciar la palabra que os haga culpable, aunque vuestra voluntad lo fuese. Pero tened entendido que la astucia nada puede contra la mirada de fuego que penetra en vuestro interior.

MARÍA.- He rogado a todos los Príncipes que desaten los lazos indignos que me sujetaban; pero ni con mi pensamiento, ni con mis obras, he atentado nunca contra la vida de mi enemiga.

MELVIL.- Así, ¿es falso el testimonio de vuestros secretarios?

MARÍA.- Es lo dicho. ¡Que Dios juzgue a esos testigos!

MELVIL.- ¿Subís, pues, al cadalso, convencida de vuestra inocencia?

MARÍA.- Que Dios se digne, sufriendo yo esta muerte inmerecida, perdonarme mis faltas sangrientas anteriores...

MELVIL. (Bendiciéndola.)-¡Morid, y expiadlas! ¡Caed, víctima resignada, ante el altar! La sangre puede rescatar la sangre; habéis incurrido en fragilidades mujeriles, y a los espíritus bienaventurados, en la gloria, no acompañan las flaquezas de los mortales. Pero os anuncio, en virtud del poder que me ha sido concedido de atar y desatar, la remisión de to-dos vuestros pecados. ¡Que sea lo que, habéis, creído! (Preséntale la hostia.) Tomad el Cuerpo del Señor, Consagrado para vos. (Coge el cáliz, que está en la mesa, lo consagra en silencio, y se lo ofrece. Ella vacila en tomarlo, y lo rechaza con la mano.) ¡Tomad la sangre que se ha derramado por vos; tomadla! El Papa os ha concedido este favor. En la muerte podéis disfrutar del privilegio más singular de los Reyes. (Ella toma el cáliz.) Y como vos ahora, en misterioso vínculo, estáis unida a Dios corporalmente, así también lo estaréis en la gloria, en donde no hay lágrimas ni pecados, y allí, ángel de esplendente belleza, os uniréis a la Divinidad para siempre. (Deja el cáliz. Óyese ruido, y él se cubre la cabeza, y se acerca a la puerta. María, absorta en su devoción, no se mueve.) Todavía (Volviéndose) Os queda por sostener tremenda lucha. ¿Os sentís con fuerzas suficientes, para sobreponeros a todo movimiento de cólera y de odio?

MARÍA.- No temo ninguna recaída. He sacrificado a Dios mi amor y mi odio.

MELVIL.- Preparaos ahora a recibir a los lores Leicester y Burleigh. ¡Aquí están ya!

ESCENA VIII

Los mismos. BURLEIGH, LEICESTER y PAULET. Leicester permanece en el fondo, sin atreverse a levantar los ojos. Burleigh, que lo nota, se interpone entre él y la Reina.

BURLEIGH.- Vengo, lady Estuardo, a recibir
vuestras últimas órdenes. MARÍA. ¡Gracias, milord! BURLEIGH.- La Reina ha ordenado que no os
rehúsen ninguna petición justa.

MARÍA.- En mi testamento están consignados mis últimos deseos. Lo he puesto en poder de sir Paulet, y pido que se cumpla puntualmente.

PAULET.- ¡Así se hará!

MARÍA.- Suplico que, sin molestarlos, se permita a mis servidores retirarse a Francia, o a Escocia, a su elección.

BURLEIGH.- ¡Se os complacerá en todo!

MARÍA.- Y puesto que mi cadáver no ha de descansar en tierra consagrada, que se consienta que este fiel servidor mío lleve mi corazón a mis deudos de Francia... ¡Ay de mí! Siempre estuvo allí.

BURLEIGH.- Descuidad. ¿Tenéis aún...?

MARÍA.- Llevad a la Reina de Inglaterra mi saludo fraternal... Decidla que la perdono mi muerte de todo corazón, y que me arrepiento de mi arrebato de ayer... Que Dios la conserve, y le conceda un reinado feliz.

BURLEIGH.- ¡Hablad! ¿No tenéis ya mejores propósitos? ¿Rechazáis todavía la asistencia del Deán?

MARÍA.- Estoy reconciliada con mi Dios... ¡Sir Paulet! Mucho mal os he hecho sin querer, y os he privado del báculo de vuestra vejez. ¡Oh! Dejadme esperar que no os acordaréis de mí para maldecirme...

PAULET. (Dándole la mano.)- ¡Andad, con Dios! ¡Id en paz!

ESCENA IX

Los mismos, ANA y las demás mujeres de la REINA, entran dando señales de horror; síguelas el Sherif con una vara blanca en la mano; detrás de él se ven, por las puertas, que quedan abiertas, hombres armados.

MARÍA.- ¿Qué tienes, Ana?... ¡Sí; llegó el momento! Aquí viene el Sherif para llevarnos a la muerte. ¡Es preciso separarnos! ¡Adiós, adiós! (Sus mujeres la detienen, profundamente conmovidas; a Melvil.) Vos, amigo estimado y mi fiel Ana, me acompañaréis en mis últimos instantes. No me neguéis esta satisfacción, milord.

BURLEIGH.- No tengo facultades para eso.

MARÍA.- ¿Cómo? ¿Me rehusaréis un favor tan insignificante? Tened consideración a mi sexo.

¿Quién podría prestarme este postrer servicio? Imposible que haya mandado mi hermana que en mí se vea ofendido mi sexo, tocándome las groseras ma-nos de hombres.

BURLEIGH.- No es conveniente que mujer alguna suba con vos las gradas del cadalso... Sus gritos y gemidos...

MARIA.- ¡No gemirá! Respondo de la entereza de mi Ana. ¡Sed bondadoso, milord! No me separéis, al morir, de mi fiel nodriza, de la que siempre estuvo a mi lado. Trájome a la vida en sus brazos, y justo es que me lleve con dulzura a la muerte.

PAULET. (A Burleigh.)- ¡Concededlo!

BURLEIGH.- ¡Sea, así!

MARÍA.- Ahora nada es ya el mundo para mí... (Toma el crucifijo y lo besa.) ¡Salvador y Redentor mío! Como abriste tus brazos en la cruz, ábrelos ahora para recibirme. (Vuélvese para irse, y sus ojos encuentran al Conde da Leicester que, al hablar ella, la ha mirado involuntariamente... Al verlo, tiembla María, vacilan sus piernas, y está a punto de caer; el Conde, la sostiene y la recibe en sus brazos. Ella lo contempla largo rato en silencio; él baja los ojos, y al fin dice ella): Cumplisteis vuestra palabra, Conde Leicester... Me prometisteis vuestro brazo, para sacarme de esta cárcel, y ahora me lo
dais. (Él se queda anonadado; ella prosigue con dulzura.) Sí, Leicester; y no sólo la libertad había yo de deberos. Debíais hacer más preciosa mi libertad; y, con vuestra mano, y además, con vuestro amor, habría regocijado mi nueva vida. Ahora, cuando estoy a punto de separarme del mundo, y de ser un espíritu bienaventurado, a quien ninguna inclinación mundanal debe seducir; ahora, Leicester, puedo confesaros sin debilidad ni rubor una flaqueza mía, ya vencida... Adiós; y, si os es posible, vivid feliz. Osasteis pretender la mano de dos Reinas; despreciasteis un corazón amante y tierno, y te hicisteis traición por ganar uno orgulloso. Arrodillaos a los pies de Isabel, y que vuestro premio no sea un castigo para vos. ¡Adiós! Ningún interés terrenal y me llama ya. (Vase precedida del Sherif, con Melvil y la nodriza a su lado. Burleigh y Paulet la siguen, los demás la contemplan sollozando, hasta que desaparece, y después se alejan por otras puertas.)

ESCENA X

LEICESTER, que se queda solo.

LEICESTER.- ¿Y vivo? ¿Y consiento, en vivir? ¿No me aplasta este techo bajo su peso? ¿No se abre ningún abismo, para tragarse al mortal más miserable? ¡Qué pérdida la mía! ¡Qué perla he rehusado! ¡De qué dicha celestial me ha privado mi falta!... ¡Desapareces, espíritu de luz y de belleza, y me dejas la desesperación del condenado!.. ¿Qué ha sido de mi propósito, al venir aquí, de ahogar la voz de mi corazón? ¿De ver caer impasible su cabeza? ¿Despierta su aspecto mi vergüenza, que creía perdida? ¿Ha de enlazarme, al perecer, con los lazos del amor?... ¡Réprobo! Ya no te es lícito

abandonarte a tierna piedad mujeril. La dicha del amor huyó de tu camino. Que una coraza de hierro revista tu pecho.
Que sea tu frente un peñasco. Si no quieres perder el precio de tu oprobio, has de sostenerlo y merecerlo con osadía. ¡Enmudece, compasión! Que sean mis ojos una piedra. La veré decapitar, asistiré a su suplicio. (Dirígese con aire resuelto a la puerta por donde María ha desaparecido, pero se detiene a la mitad del camino.) ¡En vano, en vano! Un horror infernal se apodera de mí. No; no puedo presenciar tan terrible espectáculo; no puedo verla morir... ¡Silencio! ¿Qué es esto? Están allá abajo... A mis pies se prepara la tremenda ejecución. Oigo voces... ¡Fuera, lejos, lejos! Lejos de esta mansión de muerte y de horrores.
(Al querer huir por otra puerta, la encuentra cerrada, y retrocede.) ¿Cómo? ¿Me encadena a este suelo alguna divinidad? ¿He de oír lo que me asusta ver? La voz del deán... la exhorta... ella le interrumpe... ¡Escuchemos! ora en alta voz... con firme acento... Reina el silencio... silencio solemne... Sólo se percibe el sollozo y llanto de las mujeres... La descubren..., ¡Silencio! Retiran su asiento... se arrodilla en un cojín... pone su cabeza... (Después de pronunciar las últimas palabras con creciente angustia, se para, y se le ve de repente, presa de emoción incontrastable, caer inmóvil: al mismo tiempo llega hasta él sordo murmullo de voces, que resuena largo rato.)
ESCENA XI
El segundo aposento del acto cuarto.
ISABEL.
ISABEL. (Que sale por una puerta lateral, mostrando en su paso y en sus ademanes violenta inquietud.)- Nadie hay todavía aquí... Ninguna noticia...¿Nunca llegará la noche? ¿Se ha parado el sol en su curso por el cielo? No puedo sufrir más estas torturas... ¿Se consumió ya la obra, o no?... Ambas suposiciones me espantan, y no me atrevo, a preguntarlo. Ni se presenta Leicester, ni, Burleigh, a quienes, nombré para la ejecución de la sentencia. Si se han ausentado de Londres... entonces ya se ha cumplido; la flecha ha partido; vuela, llega al blanco, hiere; y, aunque se trata de mi reino, no puede detenerla... ¿Quién está ahí?
ESCENA XII
ISABEL y UN PAJE.
ISABEL.- Vuelves solo... ¿En donde están los lores?
EL PAJE.- Lord Leicester y el gran Tesorero...
ISABEL. (Con la mayor impaciencia.)- ¿En dónde están?
EL PAJE.- No están en Londres.
ISABEL.- ¿Que no?... Pues ¿en dónde?
EL PAJE.- Nadie ha sabido decírmelo. Antes de romper el día, ambos lores, en secreto y precipitadamente, han abandonado la ciudad.
ISABEL. (Hablando con animación.)- ¡Soy la Reina de Inglaterra! (Paseándose muy inquieta.) ¡Vé y llama... no; quédate!.. ¿Ha muerto? Ahora, al fin, vivo tranquila... ¿Por qué tiemblo? ¿Por qué siento tan mortal angustia? La tumba encierra ya mis temores. ¿Quién podrá decir que yo lo he hecho? ¡No me faltarán lágrimas para llorar a la que ha sucumbido! (Al Paje.) ¿Todavía estás ahí?... Que mi secretario Davison venga aquí al instante. Que se vaya a llamar al Conde de Shrewsbury... ¡vedlo allí! (Vase el Paje.)
ESCENA XIII
ISABEL, Y EL CONDE SHREWSBURY.
ISABEL.- ¡Bien venido, noble lord! ¿Qué traéis? No será algún motivo insignificante el que os guía aquí tan tarde.
SHREWSBURY.- Mi solícito corazón, ganoso de vuestra gloria, me arrastró hoy a la Torre, en donde Kurl y Nau, los secretarios de María, están presos. Deseaba cerciorarme

de la verdad de sus declaraciones. Confuso y embarazado, rehusaba el alcalde de la Torre mi pretensión de examinar a los presos, permitiéndome sólo la entrada, después de amenazarlo... Pero ¿cuál fue ¡Dios mío! el espectáculo que se ofreció a mi vista? Con los cabellos en desorden, y los ojos de un loco, como si las furias lo atormentaran, yacía en su lecho el escocés Kurl... Apenas me conoció el desdichado, se arrojó a mis pies... gritando, abrazando mis rodillas, retorciéndose desesperado como un gusano... y me ruega, y me conjura que le diga cuál ha sido la suerte de su Reina, porque el rumor de su condenación a muerte había penetrado hasta en los calabozos de la Torre. Cuando, con arreglo a la verdad, se lo confirmé, añadiendo que moría a causa de su declaración, se levantó frenético, y cayó de un salto sobre su compañero de cárcel, y lo alzó del suelo con el vigor gigantesco del delirio, empeñado en ahogarlo. Con trabajo pudimos arrancarlo de sus manos furiosas. Entonces descargó su ira contra sí mismo, se desgarró el pecho con rabia, y se maldijo, y a su compañero, con imprecaciones infernales. Su declaración es falsa; las malhadadas cartas a Babington lo son también, a pesar de sus juramentos en contrario, habiendo escrito otras palabras distintas de las que a Reina le dictaba, y por instigación del pérfido Nau. En seguida corrió a la ventana, la arrancó con fuerza sobrehumana, y gritó, reuniendo mucha gente, que, él era el secretario de María, que la había acusado falsamente, que era un réprobo y un testigo falso.

ISABEL.- Decís vos mismo que había perdido su razón. Las palabras de un insensato, de un loco, nada prueban.

SHREWSBURY.- ¡Pero su locura prueba más! Dejaos, pues, convencer, oh Reina; no os precipitéis, y ordenad que se practiquen nuevas diligencias.

ISABEL.- Lo haré... porque lo deseáis, oh Con-de, no por creer que mis pares hayan procedido con ligereza en este asunto. Que para vuestra tranquilidad, se recomiencen los procedimientos... tiempo es aún, por fortuna... No debe haber sobre nuestro honor de Reina ni la más leve duda.

ESCENA XIV

Los mismos, y DAVISON.

ISABEL.- La sentencia, oh Davison, que os entregué... ¿en dónde está?

DAVISON. (Muy admirado.)- ¿La sentencia?

ISABEL.- Que os di ayer, para que la guardaseis...

DAVISON.- ¿Para que la guardase?

ISABEL.- El pueblo, amotinado, me obligó a firmarla. Me vi en la precisión de complacerlo, y lo hice a la fuerza; y, por ganar tiempo, puse ese escrito en vuestras manos. Sabéis lo que os he dicho... ¡Ea! ¡Dádmela!

SHREWSBURY.- ¡Dádsela, apreciable caballero! Han variado las cosas, y se practicarán nuevas diligencias.

DAVISON.- ¿Nuevas diligencias?... ¡Misericordia divina! ISABEL.- No lo penséis tanto. ¿En dónde está el escrito? DAVISON. (Desesperado.)-¡Soy hombre perdido! ¡Mi muerte es segura! ISABEL. (Interrumpiéndolo con viveza.)- No espero señor... DAVISON.- ¡No hay salvación para mí! Yo no lo tengo. ISABEL.- ¡Cómo! ¿Qué decís? SHREWSBURY.- ¡Dios del cielo! DAVISON.- Está en poder de Burleigh... desde ayer. ISABEL.- ¡Desdichado! ¿Así habéis cumplido mis órdenes? ¿No os dije que la guardaseis? DAVISON.- ¡No ordenasteis tal cosa, señora! ISABEL.- ¿Me desmentirás acaso, miserable? ¿Cuándo te encargué que la entregaras a Burleigh? DAVISON.- Con palabras claras y terminantes... no... pero...

ISABEL.- ¡Infame! ¿Osas acaso interpretar mis palabras? ¿Mezclar en ellas tu instinto sanguinario?... ¡Ay de ti, si resulta alguna desgracia de ese hecho, exclusivamente tuyo,

porque me lo pagarás con la vida! Ya veis, Conde Shrewsbury, cómo se abusa de mi nombre.

SHREWSBURY.- Ya veo.. ¡Oh! ¡Dios mío!

ISABEL.- ¿Qué decís?

SHREWSBURY.- Si ese escudero, bajo su responsabilidad, ha osado cometer esa acción, y obrar sin vuestro conocimiento, merece ser llevado ante el tribunal de los Pares, por el delito de haber entregado vuestro nombre a la, execración de todos los siglos.

ESCENA ÚLTIMA

Los mismos; BURLEIGH, y al fin KENT.

BURLEIGH. (Doblando una rodilla ante la Reina.)¡Viva largos años mi Soberana, y ojalá que todos los enemigos de ésta isla perezcan como esa Estuardo! (Shrewsbury se cubre el rostro, y Davison se tuerce las manos desesperado.)

ISABEL.- ¡Decid, milord! ¿Recibisteis de mis manos la orden de la ejecución del suplicio?

BURLEIGH.- ¡No, señora! La recibí de Davison.

ISABEL.- ¿Os la entregó Davison en mi nombre?

BURLEIGH.- ¡No! No lo hizo...

ISABEL.- ¿Y la cumplisteis inmediatamente, sin consultarme? La sentencia era justa, y el mundo no podrá censurarnos; pero no os convenía sobreponeros a la bondad de nuestro corazón... Por tanto, desde ahora estáis desterrado de nuestra presencia. (A Davison) Os aguarda una justicia severa, por haber abusado criminalmente de vuestro cargo y de un depósito sagrado, que se os había confiado... ¡Mi noble Talbot! Sólo vos aparecéis justo entre mis consejeros. Seréis en adelante mi guía y mi amigo...

SHREWSBURY.- No desterréis así a vuestros fieles servidores; no los llevéis a la cárcel, porque por vos obraron, y por vos se callan ahora... Permitidme, gran Reina, que devuelva a vuestras manos el sello, que, por espacio de doce años, me habéis confiado.

ISABEL. (Sorprendida.)-¡No, Shrewsbury! No me abandonaréis ahora, ahora que...

SHREWSBURY.- Perdonad; soy demasiado viejo, y esta mano derecha carece de la flexibilidad necesaria para sellar vuestros últimos actos.

ISABEL.- ¿Quiere dejarme el hombre que me salvó la vida?

SHREWSBURY.- Poco he hecho... No, he podido salvar la parte más noble de vos misma. ¡Vivid; reinad dichosa! Vuestra rival ha muerto. Desde ahora en adelante, nada tenéis ya que temer, nada que respetar. (Vase.)

ISABEL. (Al Conde de Kent que entra.)- ¡Que venga el Conde de Leicester!

KENT.- Ruega a la Reina que lo excuse, porque acaba de embarcarse para Francia. (Ella se contiene, y se muestra tranquila. Cae el telón.)

FIN

Facilitado por www.elaleph.com

Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal** www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**. www.biblioteca.org.ar/comentario